

Holbach

El cristianismo al descubierto

Un aprendiz recibió de un vendedor ambulante llamado Lécuyer —escribe Diderot a su amiga y confidente Sophie Volland—, como pago o por alguna otra razón, dos ejemplares de «El cristianismo al descubierto», y vendió uno de ellos a su maestro. El vendedor, su mujer y el aprendiz fueron arrestados y puestos en la picota, azotados y marcados; el aprendiz, condenado a nueve años de galeras, el vendedor a cinco y la mujer a un asilo para toda la vida.

«El cristianismo al descubierto»,

publicado anónimamente en 1761 en Nancy y en 1767 en Amsterdam (aunque en esa edición se lee Londres, para despistar a las autoridades francesas) fue uno de los libros más buscados y leídos del siglo XVIII, y hoy sigue tan vigente como entonces.



Barón de Holbach

El cristianismo al descubierto

ePub r1.0

Titivillus 04.04.16

Título original: *Le christianisme dévoilé. Examen des principes et des effets de la religion chrétienne*
Barón de Holbach, 1761

Traducción: Joaquín Fortanet & Rosa Martínez González
Ilustración de cubierta: Carlos Patiño
Diseño de cubierta: Serafín Senosiáin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Superstitio error insanus est, amandos timet, quos colit violat: quid enim interest, utrum Deos

neges an infames?
SÉNECA, Ep., XX, 123, 16

[La superstición es un error demencial: teme a quienes debe amar, ultraja a quienes venera. ¿Qué diferencia hay entre negar a los dioses o difamarlos?]

Prefacio

Carta del autor a Monsieur *****

Recibo agradecido, señor, las observaciones que me enviáis sobre mi obra. Si soy sensible a los elogios que os dignáis hacerme es porque amo demasiado la verdad como para que me sorprenda la franqueza con que me exponéis vuestras objeciones, que encuentro lo bastante serias como para

merecer toda mi atención. No sería muy propio de un filósofo carecer del valor necesario para escuchar cómo se contradicen sus opiniones. No somos teólogos, nuestras desavenencias son de las que se resuelven amistosamente; no deberían parecerse en nada a las de los apóstoles de la superstición, que sólo buscan sorprenderse mutuamente por medio de argumentos capciosos y que, a expensas de la buena fe, combaten únicamente para defender la causa de su vanidad y su terquedad. Ambos deseamos el bien del género humano y buscamos la verdad; no podemos, por tanto, dejar de estar de acuerdo.

Comenzáis admitiendo la necesidad

de examinar la religión y someter sus opiniones al tribunal de la razón. Convenís conmigo en que el cristianismo no puede superar este examen, y que ante el sentido común no parece más que una sarta de disparates, fábulas deshilvanadas, dogmas insensatos, ceremonias pueriles e ideas tomadas de prestado a los caldeos, egipcios, fenicios, griegos y romanos. En pocas palabras, confesáis que este sistema religioso no es sino el producto informe de casi todas las antiguas supersticiones alumbradas por el fanatismo oriental y modificadas de diversas maneras por las circunstancias, las épocas, los intereses, los caprichos y los prejuicios de quienes se consideran a sí mismos inspirados,

enviados de Dios e intérpretes de sus nuevas voluntades.

Os estremecen los horrores que el espíritu intolerante de los cristianos les ha hecho cometer siempre que han tenido poder y presentís que una religión fundada sobre un Dios sanguinario sólo puede ser una religión de sangre. Os lamentáis de este frenesí que se apodera desde la infancia del espíritu de príncipes y pueblos y los vuelve igualmente esclavos de la superstición y sus sacerdotes, les impide conocer sus verdaderos intereses, los hace sordos a la razón y los distrae de los grandes objetivos de los que deberían ocuparse. Reconocéis que una religión fundada en el fervor o la impostura no

puede tener principios firmes, debe ser una fuente eterna de disputas y terminar siempre causando problemas, persecuciones y estragos, sobre todo en el momento en que el poder político se creerá inevitablemente obligado a entrar en sus querellas. En definitiva, llegáis incluso a aceptar que un buen cristiano que siga literalmente la conducta que el Evangelio le prescribe como más perfecta no conoce en este mundo ninguna de las relaciones sobre las que está fundada la verdad moral, y no puede ser sino un misántropo inútil, si carece de energía, o un fanático turbulento, si tiene el alma enardecida.

Tras haber admitido lo anterior,

¿como podéis juzgar que mi obra es peligrosa? Me decís que *el sabio debe pensar por sí mismo*, que el pueblo necesita una religión, buena o mala, que es un freno necesario para los espíritus simples y toscos, que sin ella no tendrían motivos para abstenerse del crimen y el vicio. Contempláis la reforma de los prejuicios religiosos como algo imposible y consideráis que los príncipes, los únicos que pueden realizarla, están demasiado interesados en mantener a sus súbditos en una ceguera de la que se aprovechan. Éstas son, si no me equivoco, las objeciones más importantes que me habéis hecho y que voy a tratar de rebatir.

En primer lugar, no creo que un

libro pueda ser peligroso para el pueblo. El pueblo ni lee ni razona; carece del ocio y la capacidad para hacerlo. Por otro lado, no es la religión sino la ley la que contiene al vulgo; y si un insensato le propusiera robar o asesinar, la horca le disuadiría de hacerlo. Además, si por azar se encontrara entre el pueblo a un hombre capaz de leer una obra filosófica, podemos estar seguros de que esa persona no sería, por regla general, un criminal al que temer.

Los libros sólo están hechos para aquella parte de una nación cuyas circunstancias, educación y sentimientos ponen por encima del crimen. Esta parte ilustrada de la sociedad, la que gobierna a

la otra, lee las obras y las juzga. Si contienen máximas falsas o perjudiciales, no tardarán en ser condenadas al olvido o sacrificadas a la execración pública. Si contienen verdades, no correrán ningún peligro. Quienes hacen las revoluciones son los fanáticos, los sacerdotes y los ignorantes; las personas ilustradas, desinteresadas y sensatas son siempre amigas de la tranquilidad.

Vos no sois, señor, de esa clase de pensadores pusilánimes que creen que la verdad es capaz de dañar: sólo daña a quienes engañan a los hombres y es siempre útil al resto del género humano. Todo ello ha debido de convenceros, desde hace tiempo, de que los males que

afligen a nuestra especie sólo proceden de nuestros errores, de nuestros intereses mal comprendidos, de nuestros prejuicios y de las ideas falsas que atribuimos a los objetos.

Efectivamente, a poco que se ahonde, es fácil ver que los prejuicios religiosos son, en particular, los que han corrompido la política y la moral. ¿No fueron las ideas religiosas y sobrenaturales las que condujeron a contemplar a los soberanos como dioses? La religión es, por tanto, lo que hizo surgir a déspotas y tiranos. Éstos hicieron malas leyes[1], su ejemplo corrompió a los poderosos, éstos a los pueblos, y los pueblos viciados se convirtieron en esclavos infelices,

ocupados en perjudicarse para agradar al poder y salir de la miseria. Los reyes fueron llamados *imágenes de Dios*, fueron absolutos como él, crearon lo justo y lo injusto, sus voluntades santificaron a menudo la opresión, la violencia y la rapiña, y el medio para obtener el favor fue la vileza, el vicio y el delito. Así es como las naciones se han llenado de ciudadanos perversos que, sometidos a jefes corrompidos por ideas religiosas, libraron continuamente una guerra, abierta o clandestina, y no tuvieron motivo alguno para practicar la virtud.

¿Qué puede hacer la religión en sociedades constituidas de ese modo? Sus terrores lejanos o sus promesas inefables,

¿han impedido que los hombres se entreguen a sus pasiones o a buscar su felicidad por las vías más fáciles? Esta religión, ¿ha influido en las costumbres de los soberanos que le debían su poder divino? ¿No vemos a príncipes llenos de fe emprender continuamente las guerras más injustas, derramar inútilmente la sangre y los bienes de sus súbditos, arrancar el pan de las manos del pobre para aumentar los tesoros del rico insaciable y permitir e incluso ordenar el robo, la concusión y las injusticias? Esta religión, considerada por tantos soberanos como el principal sostén de su trono, ¿les vuelve acaso más humanos, más ordenados, más moderados, más

castos y más fieles a sus juramentos? Por desgracia, a poco que consultemos la historia, veremos a soberanos ortodoxos, celosos y religiosos hasta el escrúpulo, que son al mismo tiempo perjuros, usurpadores, adúlteros, ladrones, asesinos, hombres, en fin, que actúan como si no temieran a ese Dios al que honran de palabra. Entre los cortesanos que los rodean, veremos una mezcla continua de cristianismo y crimen, devoción e iniquidad, fe y vejación, religión y traiciones. Entre esos sacerdotes de un Dios pobre y crucificado, que basan su existencia en su religión y pretenden que sin ella no puede haber moral, ¿no vemos reinar el orgullo, la avaricia, la lujuria y el

espíritu de dominación y venganza[2]? Sus prédicas continuas y reiteradas desde hace tantos siglos, ¿han influido realmente en las costumbres de las naciones? Las conversiones que sus discursos han logrado, ¿son verdaderamente útiles? ¿Cambian los corazones de los pueblos que les escuchan? Las conversiones son muy raras, según el propio testimonio de esos doctores, que dicen vivir siempre en *la hez de los tiempos*. La perversidad humana aumenta cada día y ellos claman, día tras día, contra los vicios y los crímenes que la costumbre autoriza, el gobierno alienta, la opinión favorece, el poder recompensa, y que a cualquiera interesa cometer so pena de ser

desafortunado.

Así pues, según el testimonio de sus propios ministros, la religión, cuyos preceptos han sido inculcados desde la infancia y se repiten sin descanso, no puede nada contra la depravación de las costumbres. Los hombres siempre dejan de lado la religión en el momento en que se opone a sus deseos, sólo la escuchan cuando favorece a sus pasiones, concuerda con su temperamento y con las ideas que se hacen de la felicidad. El libertino se mofa de ella cuando condena sus desenfrenos, el ambicioso la desprecia cuando pone límites a sus deseos, el avaro no la escucha cuando dice que reparta sus bienes, el cortesano se ríe de su

simplicidad cuando le ordena ser franco y sincero. Por otra parte, el soberano es dócil a sus lecciones cuando la religión le dice que es la imagen de la divinidad, que debe ser absoluto como ella, que es el dueño de la vida y los bienes de sus súbditos y que debe exterminarlos cuando no piensen como él. El bilioso escucha ávidamente los preceptos de su sacerdote cuando le ordena odiar, el vengativo le obedece cuando le permite vengarse con el pretexto de vengar a su Dios. En resumen, la religión no cambia en nada las pasiones de los hombres; sólo la escuchan cuando habla al son de sus deseos; sólo los cambia en el lecho de muerte; entonces su cambio es inútil para

el mundo, y el perdón del cielo prometido al infructuoso arrepentimiento de los moribundos alienta a los vivos a persistir en el desorden hasta el último momento.

La religión predicará en vano la virtud cuando se vuelva contraria a los intereses de los hombres o no los conduzca a nada. No se puede proporcionar moral a una nación cuyo soberano carece de moral y de virtud, cuyos notables consideran esa virtud como una debilidad, cuyos sacerdotes la degradan con su conducta y en la que el hombre del pueblo sabe bien, a pesar de las bellas arengas de sus predicadores, que para alejarse de la miseria debe prestarse a

los vicios de quienes son más poderosos que él. En sociedades así constituidas, la moral no puede ser sino una especulación estéril apropiada para ejercitar el espíritu sin influir en la conducta de nadie, excepto un reducido número de personas cuyo temperamento les ha hecho moderados y conformes con su suerte. Quienes quieran perseguir fortuna o hacer su suerte más llevadera se dejarán arrastrar por el torrente general que les obligará a franquear los obstáculos que la conciencia les pone.

No es, pues, el sacerdote sino el soberano quien puede establecer la moral dentro de un Estado. Debe predicar con su ejemplo, ahuyentar el crimen

mediante castigos, invitar a la virtud mediante recompensas y, sobre todo, velar por la educación pública a fin de sembrar únicamente en los corazones de los súbditos pasiones útiles a la sociedad.

Entre nosotros, la educación casi no preocupa a la política, que muestra la indiferencia más profunda hacia lo más esencial para la felicidad de los Estados. La educación pública se limita en casi todos los pueblos modernos a enseñar lenguas inútiles para la mayor parte de quienes las aprenden. En lugar de moral, se inculcan a los cristianos fábulas fantasiosas y dogmas inconcebibles de una religión muy opuesta a la recta razón. Desde el primer paso que el joven

da en sus estudios, se le enseña que debe renunciar al testimonio de sus sentidos, someter su razón, descrita como un guía infiel, y remitirse ciegamente en la autoridad de sus maestros. Pero ¿quiénes son esos maestros? Son sacerdotes interesados en mantener el universo dentro de opiniones cuyos frutos sólo recogen ellos. Estos pedagogos mercenarios llenos de ignorancia y prejuicios raramente están en sintonía con la sociedad. Sus almas abyectas y estrechas, ¿son capaces de instruir a sus pupilos en cuestiones que ellas mismas ignoran? Pedantes envilecidos incluso a los ojos de quienes les confían sus hijos, ¿tienen capacidad para inspirar a sus

alumnos deseos de gloria, una noble emulación, los sentimientos generosos que son la fuente de todas las cualidades útiles a la república? ¿Les enseñarán a amar el bien público, servir a la patria, conocer los deberes del hombre y el ciudadano, del padre de familia y los hijos, de los señores y los servidores? Desde luego que no. De las manos de estos guías ineptos y despreciables sólo se ve salir a hombres ignorantes y supersticiosos que, si han aprovechado las lecciones que recibieron, no saben nada de las necesidades de la sociedad, de la que van a convertirse en miembros inútiles.

Desde donde quiera que lo miremos,

veremos desatendido el estudio de los asuntos más importantes para el hombre. La moral, bajo la cual incluyo también la política, no se tiene en cuenta en absoluto en la educación europea. La única moral que se enseña a los cristianos es esa moral fervorosa, impracticable, contradictoria e incierta contenida en el Evangelio. Como creo haber demostrado, sólo es apropiada para degradar al espíritu, hacer odiosa la virtud, formar esclavos abyectos y quebrar los resortes del alma. O bien, si está sembrada en espíritus ardientes, sólo crea fanáticos revoltosos capaces de desestabilizar los fundamentos de la sociedad.

A pesar de la inutilidad y la perversidad de la moral que el cristianismo enseña a los hombres, sus partidarios osan decirnos que sin religión no puede haber moralidad. Pero ¿qué es tener moralidad en el lenguaje de los cristianos? Significa rezar sin descanso, frecuentar los templos, hacer penitencia, abstenerse de los placeres y vivir en el recogimiento y el retiro. ¿Qué bien extrae la sociedad de estas prácticas, que pueden observarse sin poseer la más mínima virtud? Si estas prácticas pueden conducir al cielo, son totalmente inútiles en la tierra. Si eso son virtudes, hay que reconocer que sin religión no hay virtudes. Pero, por otro lado, se puede

observar fielmente todo lo que el cristianismo recomienda sin poseer ninguna de las virtudes que la razón nos muestra como necesarias para las sociedades políticas.

Hay que distinguir entre moral *religiosa* y moral *política*: la primera la hacen los santos y la segunda los ciudadanos; una forma hombre inútiles o incluso perjudiciales para el mundo; la otra debe tener como objetivo formar para la sociedad miembros útiles, activos, capaces de servirla, que cumplan con los deberes de esposos, padres, amigos y socios, sean cuales sean sus opiniones metafísicas, que, diga lo que diga la teología, son mucho menos seguras que

las reglas invariables del sentido común.

Efectivamente, es cierto que el hombre es un ser sociable que busca en todo su propia felicidad, que hace el bien cuando halla en ello su propio interés, que si actúa comúnmente con maldad es sólo porque, de lo contrario, estaría obligado a renunciar a su bienestar. Admitido esto, que la educación enseñe a los hombres a conocer las relaciones existentes entre ellos y los deberes que se derivan de estas relaciones; que el gobierno, con la ayuda de leyes, recompensas y penas, confirme las lecciones impartidas por la educación; que la felicidad acompañe a las acciones útiles y virtuosas; que la vergüenza, el

menosprecio y el castigo penen el crimen y el vicio: entonces los hombres tendrán una moral humana fundada en su propia naturaleza, las necesidades de las naciones, el interés de los pueblos y sus gobernantes. Esta moral, independiente de las ideas sublimes de la teología, no tendrá nada que ver con la moral religiosa, pero la sociedad no se echará a perder con ella, pues, como se ha demostrado, la moral religiosa se opone siempre a la felicidad de los Estados, al sosiego de las familias y a la unión de los ciudadanos.

Un soberano a quien la sociedad ha confiado la autoridad suprema tiene en sus manos los grandes móviles que actúan

en los hombres y más poder que los dioses para establecer y reformar la moral. Su presencia, sus recompensas, sus amenazas, qué digo: una sola de sus miradas, pueden más que todos los sermones del clero. Los honores de este mundo, las dignidades y las riquezas influyen mucho más intensamente en los hombres más religiosos que todas las pomposas esperanzas de la religión. El cortesano más devoto teme más a su rey que a su Dios.

Así pues, lo repito, el soberano es quien debe predicar, a él es a quien corresponde reformar la moral. Ésta será positiva cuando el príncipe sea bueno y virtuoso, cuando los ciudadanos reciban

una educación honesta que, inspirándoles bien temprano principios virtuosos, los habitúe a honrar la virtud, detestar el crimen, despreciar el vicio y temer la infamia. Esta educación no será infructuosa si los ejemplos continuos prueban a los ciudadanos que el honor, el bienestar, la distinción, la consideración y el favor se consiguen gracias al talento y la virtud, y que el vicio conduce sólo al menosprecio y la ignominia. Al frente de una nación educada en tales principios, un príncipe ilustrado será realmente grande, poderoso y respetado. Sus prédicas serán más eficaces que las de los sacerdotes, quienes claman inútilmente, desde hace siglos, contra la corrupción

pública[3].

Si los sacerdotes han usurpado al poder soberano el derecho de instruir a los pueblos, que éste recupere sus derechos o, al menos, no consienta que los sacerdotes gocen en exclusiva de la libertad de regular la moral de las naciones y predicarla, y que el monarca reprima a los propios sacerdotes cuando enseñen máximas claramente perjudiciales para el bien de la sociedad. Que enseñen, si quieren, que su Dios se transforma en pan, pero que no se les ocurra enseñar que se debe odiar o destruir a quienes se niegan a creer en ese misterio inefable. Que ningún iluminado tenga en la sociedad la facultad de

sublevar a los súbditos contra la autoridad, sembrar la discordia, romper los lazos que unen a los ciudadanos entre sí y enturbiar la paz pública con opiniones. Cuando lo desee, el soberano podrá contener al clero. El fanatismo se muestra cohibido cuando carece de apoyos; los sacerdotes esperan que el príncipe satisfaga sus deseos y la mayoría de ellos están dispuestos, por lo general, a sacrificarle los supuestos intereses de la religión y la conciencia cuando consideren este sacrificio necesario para su fortuna. Si alguien me dice que los príncipes se creerán siempre interesados en mantener la religión y en tratar con consideración a sus ministros, al menos

por una cuestión política, aunque interiormente estén desengañados de ella, respondo con multitud de ejemplos que es fácil convencer a los soberanos de que la religión cristiana ha sido cien veces perjudicial a sus iguales, que el clero fue y será siempre el rival de la realeza, y que los sacerdotes cristianos son, por su esencia, los súbditos menos sumisos. Respondo que es fácil hacer comprender a todo príncipe ilustrado que su verdadero interés es gobernar sobre pueblos felices, y que su propia seguridad y grandeza dependerán del bienestar que les procure. En suma, que su felicidad está unida a la de su pueblo y que el soberano será más fuerte al frente de una

nación compuesta por ciudadanos honestos y virtuosos que al frente de una tropa de esclavos ignorantes y corruptos, a quienes se verá forzado a engañar para poderlos contener y colmarlos de imposturas para conseguirlo.

No desesperamos, por tanto, de que, algún día, la verdad se abra paso hasta el trono. Si las luces de la razón y la ciencia tienen tantas dificultades para llegar hasta los príncipes es porque los sacerdotes interesados y los cortesanos famélicos tratan de mantenerlos en una infancia perpetua, les muestran el poder y la grandeza en quimeras y los desvían de los objetivos necesarios para su verdadera felicidad. Todo soberano que tenga el

valor de pensar por sí mismo sentirá que su poder será siempre inseguro y precario mientras no tenga más apoyo que los fantasmas de su religión, los errores de los pueblos y los caprichos del clero. Sentirá los inconvenientes derivados de una administración fanática que, hasta el momento, sólo contaba con ignorantes presuntuosos, cristianos testarudos y a menudo revoltosos, ciudadanos incapaces de servir al Estado, pueblos estúpidos dispuestos a recibir las influencias de guías que los extravían. Comprobará los inmensos recursos que pondrían en sus manos los bienes tanto tiempo arrebatados a la nación por hombres inútiles que, con el pretexto de instruirla,

la engañan y devoran[4]. Esas fundaciones religiosas, de las que se avergüenza el sentido común, sólo han servido para recompensar la pereza, alimentar la insolencia y el lujo y favorecer el orgullo sacerdotal, y un príncipe firme y sabio las sustituirá por instituciones útiles al Estado, apropiadas para hacer germinar los talentos, formar a la juventud, recompensar los servicios y las virtudes, aliviar a los pueblos y hacer madurar a los ciudadanos.

Espero, señor, que estas reflexiones me disculpen ante vuestros ojos. No pretendo la aprobación de quienes se crean interesados en los males de sus conciudadanos. No intento convencer a

éstos: nada se puede demostrar a hombres viciosos e irracionales. Tengo la osadía de esperar que dejéis de considerar mi libro como peligroso y mis esperanzas como totalmente quiméricas. Muchos hombres sin moral han atacado la religión porque contrariaba sus inclinaciones, muchos sabios la han despreciado porque les parecía ridícula, muchas personas la han considerado indiferente porque no han sentido sus verdaderos inconvenientes. Como ciudadano, yo la ataco porque me parece perjudicial para el bienestar del Estado, hostil al progreso del espíritu humano y opuesta a la sana moral, de la que los intereses de la política no pueden separarse jamás. Sólo me resta deciros con

un poeta enemigo, como yo, de la superstición:

Si tibi vera videtur,
Dede manus, et si falsa est, accingere contra.

[Si te parece verdadera,
ríndete; pero si te parece falsa, ármate contra ella].

Soy, etc…

París, 4 de mayo de 1758

1

Introducción
Sobre la necesidad de examinar la propia religión y sobre los obstáculos que encontramos en este examen

Un ser razonable debe proponerse en

todas sus acciones su felicidad personal y la de sus semejantes. La religión, que se nos presenta como lo más importante para nuestra felicidad temporal y eterna, sólo tiene ventajas para nosotros en la medida en que hace nuestra existencia feliz en este mundo y nos convence de que cumplirá las halagüeñas promesas hechas para el otro. Nuestros deberes hacia el Dios a quien consideramos señor de nuestros destinos no pueden estar fundados sino en los bienes que esperamos o sobre los males que tememos de su parte. Es necesario, por tanto, que el hombre examine los motivos de sus esperanzas y temores. Para ello debe consultar la experiencia y la razón, únicas

que pueden guiarle aquí abajo. Las ventajas que la religión procura al ser humano en el mundo visible donde habita le permitirán apreciar la realidad de las otras ventajas que la religión le hace esperar en un mundo invisible hacia el que le ordena volver su mirada.

La mayoría de los hombres sólo aman su religión por costumbre. Jamás han examinado seriamente las razones que les ligan a ella, los motivos de su conducta y los fundamentos de sus opiniones. Lo que les parece más importante fue siempre aquello en lo que más temieron profundizar. Siguen los caminos que sus padres les han trazado, creen porque se les ha dicho desde la niñez que se debe

creer, esperan porque sus antepasados han esperado, se estremecen porque sus antecesores se han estremecido, y casi nunca se han dignado cuestionarse los motivos de su creencia. Muy pocos disponen del tiempo libre necesario para examinar, o la capacidad para encarar, los objetos de su veneración habitual, sus lazos poco razonados y sus temores tradicionales. Las naciones son arrastradas siempre por el torrente de la costumbre, el ejemplo y el prejuicio. La educación habitúa al espíritu a las opiniones más monstruosas, así como habitúa al cuerpo a las posturas más penosas. Todo lo que ha durado mucho tiempo parece sagrado a los ojos de los hombres; se sentirían

culpables si dirigieran sus miradas temerarias sobre las cosas marcadas con el sello de la Antigüedad. Prevenidos en favor de la sabiduría de sus padres, les falta audacia para indagar más allá, no ven que el hombre ha sido siempre víctima de sus propios prejuicios, esperanzas y miedos, y que estos motivos le hicieron casi siempre imposible la indagación.

El vulgo, ocupado en los trabajos necesarios para su subsistencia, otorga una confianza ciega a quienes pretenden guiarle. Delega en ellos la tarea de pensar por sí mismo, suscribe sin esfuerzo todo lo que le prescriben y creería que ofende a su Dios si dudase tan sólo un momento

de la buena fe de quienes le hablan en su nombre. Los poderosos, los ricos, los hombres de mundo, incluso cuando son más ilustrados de lo normal, están interesados en adaptarse a los prejuicios heredados, e incluso en mantenerlos, o, abocados a la apatía, la disipación y los placeres, son totalmente incapaces de ocuparse de una religión a la que obligan siempre a ceder ante sus pasiones, sus inclinaciones y su deseo de diversión. En la infancia recibimos todas las impresiones que se nos quieren dar y carecemos de la capacidad, la experiencia y el valor necesarios para dudar de lo que nos enseñan aquellos bajo cuya dependencia permanecemos debido a

nuestra debilidad. En la adolescencia, las pasiones fogosas y el arrebato continuo de nuestros sentidos nos impiden pensar en una religión demasiado espinosa y triste como para ocuparnos de ella gratamente. Si acaso un joven la examina, lo hace sin continuidad o con parcialidad: una mirada superficial le hace aborrecer pronto un objeto tan desagradable. En la madurez, preocupaciones diferentes y nuevas pasiones, las ideas de ambición, grandeza y poder, el deseo de riquezas y las ocupaciones continuas absorben toda la atención del hombre adulto o sólo le dejan escasos momentos para pensar en esa religión en la que nunca ha tenido

tiempo de profundizar. En la vejez, las facultades aletargadas, las costumbres maquinales, los órganos debilitados por la edad y las enfermedades ya no nos permiten remontarnos a la fuente de nuestras arraigadas opiniones. El temor a la muerte, que tenemos ante los ojos, haría muy sospechoso un examen habitualmente presidido por el terror.

De este modo, una vez admitidas, las opiniones religiosas se mantienen a lo largo de los siglos. Así, las naciones se transmiten a través de los tiempos ideas que jamás han examinado y creen que su felicidad está ligada a instituciones que, analizadas de modo más detenido, se revelarían como el origen de la mayor

parte de sus males. La autoridad acude, además, en apoyo de los prejuicios de los hombres, les prohíbe su examen, los fuerza a la ignorancia y está siempre dispuesta a cualquiera que intente desengañarlos.

No nos sorprendamos, pues, si vemos al error casi identificado con la raza humana: todo parece concurrir a eternizar su ceguera y todas las fuerzas se unen para ocultarle la verdad. Los tiranos la detestan y la oprimen porque osa poner en cuestión sus títulos injustos y quiméricos, y el sacerdote la denigra porque anula sus fastuosas pretensiones. La ignorancia, la inercia y las pasiones de los pueblos los vuelven cómplices de

quienes están interesados en ofuscarlos para mantenerlos bajo el yugo y sacar partido de sus desdichas. De este modo, las naciones gimen por doquier bajo males hereditarios y jamás piensan en remediarlos, ya sea porque no conocen su origen o porque el hábito las acostumbra a la desgracia y las priva incluso del deseo de aliviarse.

Si la religión es para nosotros el objeto más importante, si influye necesariamente en toda la conducta de la vida, si sus influencias se extienden no sólo a nuestra existencia en este mundo sino también a la que el hombre se promete para después, no hay nada, sin duda, que requiera un examen más

riguroso por nuestra parte. Sin embargo, de entre todas las cosas, la religión es aquella en la que la mayoría de los hombres muestra mayor credulidad. El mismo hombre que examinará con el máximo rigor la cosa menos importante para su bienestar no tiene el menor interés en cerciorarse de los motivos que le llevan a creer o hacer cosas de las que, según él, depende su felicidad temporal y eterna. Confía ciegamente en quienes el azar le ha dado como guías, delega en ellos la tarea de pensar por sí mismo y llega a convertir en un mérito su propia pereza y credulidad. En materia de religión, los hombres se jactan de permanecer siempre en la infancia y la

barbarie.

Sin embargo, en todos los siglos ha habido hombres que, desengañados de los prejuicios de sus conciudadanos, han osado mostrarles la verdad. Pero ¿qué podía su débil voz contra los errores mamados con la leche materna, confirmados por la costumbre, fundados en el ejemplo y reforzados por una política a menudo cómplice de su propia ruina? Los imponentes gritos de la impostura redujeron pronto al silencio a quienes quisieron protestar en favor de la razón. El filósofo intentó en vano inspirar valor a los hombres, mientras sus sacerdotes y reyes les forzaron a temblar.

El medio más seguro de engañar a los

El medio más seguro de engañar a los hombres y perpetuar sus prejuicios es engañarlos desde la infancia. En casi todos los pueblos modernos, la educación parece tener como único objetivo formar fanáticos, devotos y monjes, es decir, hombres nocivos o inútiles para la sociedad. En ningún lugar se preocupan de formar ciudadanos. Los propios príncipes, víctimas normalmente de la educación supersticiosa recibida, se mantienen toda su vida en la ignorancia más profunda sobre sus deberes y los verdaderos intereses de sus Estados. Imaginan haberlo hecho todo por sus súbditos si les han llenado la cabeza de ideas religiosas, que hacen las veces de buenas leyes y dispensan a sus señores de

buenas leyes y dispensar a sus señores de la penosa tarea de gobernarlos bien. La religión parece pensada exclusivamente para hacer a soberanos y pueblos por igual esclavos de los sacerdotes. Éstos no tienen otro objetivo que levantar continuos obstáculos para la felicidad de las naciones. Donde quiera que reine, el soberano tiene sólo un poder precario, y los súbditos están desprovistos de actividad, ciencia, grandeza de alma e industria, en suma, de las cualidades necesarias para el sostenimiento de la sociedad.

Si en un Estado cristiano observamos alguna actividad, encontramos ciencia y hallamos conductas sociales, es porque, a pesar de sus opiniones religiosas, la

pesar de sus opiniones religiosas, la naturaleza, siempre que puede, conduce a los hombres a la razón y los fuerza a trabajar por su propia felicidad. Si fueran consecuentes con sus principios, todas las naciones cristianas deberían estar sumidas en la más profunda inercia; nuestras tierras estarían habitadas por unos cuantos salvajes piadosos que sólo se encontrarían para hacerse daño. En efecto, ¿para qué ocuparse de un mundo que la religión muestra a sus discípulos como mero lugar de paso? ¿Cuál puede ser la industria de un pueblo al que se le repite todos los días que su Dios quiere que rece, se aflija, viva en el temor y gima sin descanso? ¿Cómo podría subsistir una sociedad compuesta por hombres a

sociedad compuesta por hombres a quienes se convence de que hay que tener celo por la religión y que se debe odiar y destruir a sus semejantes por sus opiniones? En definitiva, ¿cómo esperar humanidad, justicia y virtudes de una masa de fanáticos a quienes se les propone como modelo un Dios cruel, oculto y malvado, que se complace en ver derramar las lágrimas de sus infelices criaturas, que les tiende trampas, las castiga por haber caído en ellas y ordena el robo, el crimen y la masacre?

Éstos son, sin embargo, los rasgos bajo los que el cristianismo nos dibuja al Dios heredado de los judíos. Este Dios fue un sultán, un déspota, un tirano a quien todo le fue permitido. De este Dios

quien todo le fue permitido. De este Dios se hizo, no obstante, el modelo de perfección, en su nombre se cometieron los crímenes más indignantes, y las más grandes fechorías fueron justificadas en tanto se las cometía para sostener su causa o merecer su favor. De este modo, la religión cristiana, que se vanagloria de prestar un apoyo inquebrantable a la moral y ofrecer a los hombres los motivos más poderosos para encaminarlos hacia la virtud, fue para ellos fuente de división, furia y crímenes. Bajo el pretexto de traer la paz, la religión trajo sólo cólera, odio, discordia y guerra, les proporcionó mil medios ingeniosos para atormentarse y derramó sobre ellos plagas desconocidas por sus padres. El cristiano, si fuera

por sus padres. El cristiano, si fuera sensato, habría lamentado mil veces la pérdida de la plácida ignorancia de sus ancestros idólatras.

Si la moralidad de los pueblos no se benefició en nada con la religión cristiana, el poder de los reyes, del que pretende ser sostén, no obtuvo tampoco grandes ventajas. En cada Estado se establecieron dos poderes distintos. El de la religión, fundado sobre Dios mismo, lo arrebata casi siempre al soberano. Éste fue forzado a convertirse en el servidor de los sacerdotes; y cuando rehusó arrodillarse ante ellos, fue proscrito, despojado de sus derechos, exterminado por súbditos a quienes la religión incitaba a la revuelta o por fanáticos en cuyas

a la revuelta o por fanáticos en cuyas manos puso su espada. Antes del cristianismo, el soberano del Estado solía ser el soberano del sacerdote; desde que el mundo es cristiano, el soberano sólo es el primer esclavo del sacerdote, el ejecutor de sus venganzas y decretos.

Concluyamos, por tanto, que la religión cristiana no posee el derecho de vanagloriarse de los beneficios que procura a la moral o la política. Arranquémosle el velo con que se cubre, remontémonos a su origen, analicemos sus principios, sigámosla en su camino y encontraremos que, fundada en la impostura, la ignorancia y la credulidad, no ha sido ni será jamás útil sino para hombres interesados en engañar al

hombres interesados en engañar al género humano; que nunca cesó de causar los peores males a las naciones y que, en lugar de la felicidad prometida, sólo sirvió para embriagarlas de furor, anegarlas en sangre, sumirlas en el delirio y el crimen y hacerles desconocer sus verdaderos intereses y sus deberes más sagrados.

2

Breve historia del pueblo judío

En una pequeña región casi ignorada por otros pueblos habitaba una nación cuyos fundadores, esclavos durante largo tiempo de los egipcios, fueron liberados de su servidumbre por un sacerdote de Heliópolis que, gracias a su genio y sus conocimientos superiores, consiguió tener ascendiente sobre ellos[5]. Este

hombre, conocido bajo el nombre de Moisés, educado en las ciencias de esa región fértil en prodigios y madre de supersticiones, se puso al frente de una tropa de fugitivos a quienes persuadió de que era intérprete de los caprichos de su Dios, conversaba personalmente con él y recibía directamente sus órdenes. Se dice que apoyó su misión con obras que parecieron sobrenaturales a hombres desconocedores de las pautas de la naturaleza y los recursos del arte. La primera de las órdenes que les dio de parte de su Dios fue robar a sus señores. Cuando los hubo enriquecido con los despojos de Egipto y se aseguró su confianza, les condujo a un desierto

confianza, les condujo a un desierto donde, durante cuarenta años, los habituó a la más ciega obediencia. Les enseñó los caprichos del cielo, la fábula maravillosa de sus ancestros, las ceremonias extravagantes a las que el Altísimo vinculaba sus favores. Sobre todo, les inspiró el odio más envenenado hacia los dioses de las otras naciones y la crueldad más refinada contra quienes los adoraban. A fuerza de masacres y severidad, los hizo esclavos dóciles a sus caprichos, dispuestos a secundar sus pasiones y sacrificarse para satisfacer sus ambiciosos proyectos. En suma, hizo de los hebreos unos monstruos de frenesí y ferocidad. Tras haberlos animado así con este espíritu destructor, les mostró las

este espíritu destructor, les mostró las tierras y las posesiones de sus vecinos como la herencia que Dios mismo les había asignado.

Orgullosos de la protección de *Yaveh*[6], los hebreos marcharon hacia la victoria; el cielo les autorizó el engaño y la crueldad, y la religión, unida a la codicia, ahogó en ellos los gritos de la naturaleza. Bajo la dirección de sus jefes inhumanos destruyeron las naciones de Canaán con una barbarie que indigna a cualquier hombre cuya razón no ha sido totalmente aniquilada por la superstición. Su furor, dictado por el mismo cielo, no respetó ni a los niños de pecho ni a los débiles ancianos ni a las mujeres embarazadas de las ciudades a las que

embarazadas de las ciudades a las que estos monstruos llevaron sus armas victoriosas. Bajo las órdenes de Dios o de sus profetas, la buena fe fue violada, la justicia ultrajada y la crueldad ejercida[7].

Los hebreos, salteadores, usurpadores y asesinos, llegaron, finalmente, a establecerse en una tierra poco fértil, pero que, al salir del desierto, hallaron deliciosa. Allí, bajo la autoridad de sus sacerdotes, representantes visibles de su Dios oculto, fundaron un Estado detestado por sus vecinos que fue siempre objeto de su odio o su desprecio. El clero, bajo el nombre de *teocracia*, gobernó mucho tiempo a este pueblo ciego y arisco y lo persuadió de que, al obedecer a

sus sacerdotes, obedecía a su propio Dios.

A pesar de la superstición, obligado por las circunstancias o cansado quizá del yugo de sus sacerdotes, el pueblo hebreo quiso al fin tener reyes siguiendo el ejemplo de otras naciones pero, al elegir a su monarca, se creyó obligado a confiar en un profeta. Así comenzó la monarquía de los hebreos, en los asuntos de cuyos príncipes se inmiscuyeron siempre los sacerdotes, los iluminados y los profetas ambiciosos, que obstaculizaban sin cesar la tarea de los soberanos, a quienes no consideraban lo bastante sometidos a sus caprichos. La historia de los judíos nos muestra únicamente, a lo largo de todas sus épocas, a reyes ciegamente sometidos al clero o perpetuamente en guerra con él

al cielo o perpetuamente en guerra con el

y obligados a perecer bajo sus golpes.

La superstición feroz o ridícula del pueblo judío hizo de él un enemigo nato del género humano y lo convirtió en objeto de su indignación y desprecio. Fue siempre rebelde y maltratado por los conquistadores de su pobre tierra. Esclavo sucesivamente de los egipcios, babilonios y griegos, sufrió incesantemente los tratos más duros y merecidos. Infiel a menudo a su Dios, cuya crueldad, al igual que la tiranía de sus sacerdotes, hastiaba a menudo d, jamás se sometió a sus príncipes; éstos lo aplastaron inútilmente bajo un cetro de hierro pero nunca lograron hacer de él un súbdito fiel. El judío fue siempre víctima de sus

judío fue siempre víctima de sus iluminados, y su terco fanatismo, sus esperanzas insensatas y su credulidad infatigable lo sostuvieron contra los golpes de la fortuna durante sus mayores desgracias. Finalmente, conquistada junto al resto del mundo, Judea sufrió el yugo de los romanos.

Objeto del desprecio de sus nuevos señores, el judío fue tratado duramente y con altivez por hombres a quienes su ley le llevaba a detestar desde el fondo de su corazón. Amargado por el infortunio, se volvió más sedicioso, más fanático, más ciego. La nación judía, orgullosa por las promesas de su Dios, henchida de confianza por los oráculos que constantemente le anunciaban un

constantemente le anunciaban un bienestar que jamás tuvo, envalentonada por los iluminados o impostores que, uno tras otro, se aprovechaban de su credulidad, esperó siempre un *Mesías*, un monarca, un liberador que la desembarazara del yugo bajo el cual gemía y la hiciera reinar sobre todas las naciones del universo.

3

Breve historia del cristianismo

En esta nación tan dispuesta a alimentarse de esperanzas y quimeras fue donde apareció un nuevo iluminado cuyos seguidores han conseguido cambiar la faz de la tierra. Un pobre judío que se pretendía heredero de la sangre real de David[8], largo tiempo ignorado en su propio país, surgió de pronto de la

oscuridad para hacer prosélitos. Los encontró entre el populacho más ignorante. Predicó su doctrina y los convenció de que era el hijo de Dios, el liberador de su nación oprimida, el Mesías anunciado por los profetas. Sus discípulos, impostores o convencidos, dieron un brillante testimonio de su poder y pretendieron que su misión había sido demostrada por innumerables milagros. El único prodigio que no logró realizar fue el de convencer a los judíos, quienes, lejos de dejarse influir por sus obras benéficas y maravillosas, le hicieron morir mediante un infame suplicio. Así, el hijo de Dios murió a la vista de todo Jerusalén, pero sus partidarios aseguraron

Jerusalén, pero sus partidarios aseguraron que había resucitado secretamente tres días después de su muerte. Visible sólo para ellos e invisible para la nación que había venido a instruir y llevar por los caminos de su doctrina, Jesús resucitado conversó durante un tiempo, según dicen, con sus discípulos y después subió al cielo, donde, convertido en Dios como su padre, comparte las adoraciones y homenajes de los seguidores de su ley. Éstos, a fuerza de acumular supersticiones, imaginar imposturas, forjar dogmas y amontonar misterios, han formado poco a poco un sistema religioso informe y deshilvanado que fue llamado el *cristianismo*, por el nombre de *Cristo*, su fundador.

Cristo, su fundador.

Las diversas naciones a las que los judíos estuvieron sometidos les habían infectado con una multitud de dogmas extraídos del paganismo. Así, la religión judaica, egipcia en su origen, adoptó los ritos, los conceptos y una parte de las ideas de los pueblos con los que habían tratado los judíos. No hay que extrañarse si vemos a los judíos y a los cristianos que los sucedieron imbuidos de nociones tomadas de los fenicios, magos o persas, griegos y romanos. En materia de religión, los errores de los hombres poseen una similitud general; sólo parecen diferentes por sus combinaciones. El trato de los judíos y

cristianos con los griegos les hizo conocer, ante todo, la filosofía de Platón, tan análoga al espíritu novelesco de los orientales y tan conforme al genio de una religión que se impuso el deber de hacerse inaccesible a la razón[9]. Pablo, el más ambicioso y entusiasta de los discípulos de Jesús, llevó su doctrina, aliñada con lo sublime y maravilloso, a los pueblos de Grecia y Asia e incluso a los habitantes de Roma. Tuvo seguidores porque cualquiera que habla a la imaginación de hombres toscos despertará su interés, y este activo apóstol puede pasar justamente por el fundador de una religión que sin él no hubiera podido extenderse debido a la falta de luces de sus ignorantes

condiscípulos, de los que no tardó en separarse para ser el jefe de su secta[10].

Sea como fuere, el cristianismo en sus comienzos se vio obligado a limitarse a la gente del pueblo, y sólo fue abrazado por los judíos y paganos más miserables. Lo maravilloso suele arraigar en hombres de esta especie[11]. Un Dios desafortunado, víctima inocente de la maldad, enemigo de los ricos y los poderosos, debió resultar consolador para los desdichados. Las costumbres austeras, el menosprecio de las riquezas, los cuidados aparentemente desinteresados de los primeros predicadores del Evangelio, cuya ambición se limitaba a gobernar las almas, la igualdad que la religión

establecía entre los hombres, la comunidad de bienes, las mutuas ayudas que se prestaban los miembros de esta secta, fueron elementos muy apropiados para provocar los deseos de los pobres y multiplicar los cristianos. La unión, la concordia y el afecto recíproco, recomendados continuamente a los primeros cristianos, debieron de seducir a las almas honradas. La sumisión a los poderes, la paciencia en el sufrimiento, la indigencia y la oscuridad hicieron que la secta fuera considerada poco peligrosa en un gobierno acostumbrado a tolerarlas de todas clases. Así, los fundadores del cristianismo tuvieron muchos adeptos

entre el pueblo y sus únicos enemigos fueron ciertos sacerdotes idólatras o judíos interesados en mantener las religiones establecidas. Poco a poco, el nuevo culto, cubierto por la oscuridad de sus adeptos y las sombras del misterio, arraigó profundamente y se extendió demasiado como para ser suprimido. El gobierno romano percibió demasiado tarde el progreso de esta asociación despreciada. Los cristianos, ya numerosos, osaron desafiar a los dioses del paganismo incluso en sus propios templos. Los emperadores y magistrados, inquietos, quisieron anular una secta que les hacía sombra. Persiguieron a hombres que no podían recuperar por medios amables y

cuyo fanatismo los hacía tercos. Sus suplicios redundaron en su favor: la persecución no hizo más que multiplicar el número de sus partidarios. En fin, su entereza ante los tormentos pareció sobrenatural y divina a quienes la presenciaron. El fervor se transmitió a otros y la tiranía sólo consiguió generar nuevos partidarios de la secta que se quería aplastar.

Que se deje de pregonar, por tanto, los maravillosos progresos del cristianismo. Fue la religión del pobre, anunciaba un Dios pobre, y fue predicada por pobres a pobres ignorantes, a quienes consoló de su estado. Sus ideas lúgubres fueron análogas a la disposición

de los desgraciados e indigentes. La unión y concordia que tanto se admira en los primeros cristianos no es tan maravillosa: una secta naciente y oprimida permanece unida y teme escindirse por su propio interés. Sus sacerdotes, perseguidos y tratados como *perturbadores*, ¿cómo habrían osado predicar en estos primeros tiempos la intolerancia y la persecución? Finalmente, los rigores ejercidos contra los primeros cristianos no pudieron hacerles cambiar de sentimientos porque la tiranía irrita y el espíritu del hombre es indomable cuando se trata de opiniones de las que cree depende su salvación. Tal es el efecto inevitable de la persecución. Sin embargo, los cristianos, a quienes el

ejemplo de su propia secta hubiera debido desengañar, no han podido curarse hasta hoy del furor persecutorio.

Los emperadores romanos, convertidos al cristianismo, es decir, llevados por la corriente general que les forzó a servirse de la ayuda de una secta cada vez más poderosa, entronizaron la religión, protegieron a la Iglesia y sus ministros, quisieron que sus cortesanos adoptasen sus ideas y desconfiaron de quienes permanecían vinculados a la antigua religión. Poco a poco llegaron incluso a proscribir su profesión, y acabó por ser prohibida bajo pena de muerte. Se persiguió sin tregua a quienes practicaban el culto de sus padres. Así, los

cristianos devolvieron con creces a los paganos todos los males que habían recibido. El imperio romano se llenó de sediciones causadas por el celo desenfrenado de los soberanos y de los pacíficos sacerdotes que, poco antes, no aspiraban sino a la bondad y la indulgencia. Los emperadores, políticos o supersticiosos, colmaron al clero de dones y favores que este infravaloró a menudo; establecieron su autoridad y después acataron como divino el poder creado por ellos mismos. Se eximió a los sacerdotes de todas las funciones civiles para que nada los desviase de su ministerio sagrado[12]. Así, los pontífices de una secta antaño servil y oprimida se

hicieron independientes. Finalmente, convertidos en más poderosos que los propios reyes, se arrogaron pronto el derecho a someterlos a sí mismos. Estos sacerdotes de un Dios de paz, casi siempre en discordia entre ellos, comunicaron sus pasiones y furores a los pueblos, y el universo, asombrado, vio nacer bajo *la ley de la gracia* luchas y desgracias que jamás se habían experimentado bajo las apacibles divinidades que, en otro tiempo, habían compartido sin disputa alguna las alabanzas de los mortales.

Éste fue el camino de una superstición inocente en su origen pero que, después, lejos de procurar la felicidad

a los hombres, fue para ellos una manzana de discordia y germen fecundo de sus calamidades.

Paz en la tierra y buena voluntad a los hombres. Así es como se anuncia este Evangelio que ha costado al género humano más sangre que todas las demás religiones del mundo juntas. *Amad a vuestro Dios con todas vuestras fuerzas y a vuestro prójimo como a vosotros mismos*. He aquí, según el legislador y el Dios de los cristianos, el compendio de sus deberes. Sin embargo, observamos a los cristianos sumidos en la imposibilidad de amar a ese Dios feroz, severo y caprichoso que adoran y, por otro lado, los vemos eternamente ocupados en

atormentar, perseguir y destruir a su prójimo y a sus hermanos. ¿Por qué inversión una religión que sólo aspira a la templanza, la concordia, la humildad, el perdón de las injurias y la sumisión a los soberanos se ha convertido mil veces en signo de discordia, furor, revuelta y guerra y de los crímenes más terribles? ¿Cómo han podido los sacerdotes del Dios de paz servirse de su nombre como pretexto para confundir a la sociedad, desterrar de ella la humanidad, autorizar los crímenes más inauditos, enfrentar a los ciudadanos entre sí y asesinar a los soberanos?

Para explicar todas estas contradicciones basta echar una mirada

sobre el Dios que los cristianos han heredado de los judíos. No contentos con los horribles rasgos con que lo dibujó Moisés, los cristianos han desfigurado más aún su imagen. Los castigos pasajeros de esta vida son los únicos de los que habla el legislador hebreo; el cristiano ve a su bárbaro Dios vengándose con rabia y sin medida por toda la eternidad. En suma, el fanatismo de los cristianos se nutre de la indignante idea de un infierno en el que su Dios, convertido en verdugo tan injusto como implacable, beberá las lágrimas de sus criaturas desafortunadas y perpetuará su existencia para continuar haciéndola eternamente desgraciada. Allí, ocupado en su

venganza, disfrutará de los tormentos del pecador y escuchará con placer los alaridos inútiles con los que éste hará retumbar su abrasador calabozo. La esperanza de ver el final de sus penas no dará ninguna tregua a sus suplicios.

En fin, al adoptar al terrible Dios de los judíos, el cristianismo llegó a superar su crueldad: lo representa como el tirano más insensato, bellaco y cruel que pueda concebir el espíritu humano, y supone que trata a sus súbditos con una injusticia y una barbarie verdaderamente dignas de un demonio. Para convencernos de esta verdad, expongamos el retrato de la mitología judaica, adoptada y hecha aún más extravagante por los cristianos.

4

Sobre la mitología cristiana, o las ideas que nos da el cristianismo acerca de Dios y su conducta

Dios hace surgir el universo de la nada mediante un acto inconcebible de su omnipotencia[13]. Crea el mundo para

que sea la morada del hombre, a quien ha hecho a su imagen. Apenas ha visto la luz este hombre, único objetivo de las obras de su Dios, su creador le tiende una trampa en la cual sabía, sin duda, que iba a caer. Una serpiente que habla seduce a una mujer que no se sorprende de este fenómeno. Persuadida por la serpiente, pide a su marido que coma un fruto prohibido por el mismo Dios. Debido a esta falta ligera, *Adán*, el padre del género humano, atrae sobre sí y su inocente posteridad una multitud de males a los que sigue la muerte, sin, no obstante, ponerle fin. Por la ofensa de un solo hombre, toda la raza humana se convierte en objeto de la cólera celeste y es

condenada por una ceguera involuntaria con un diluvio universal. Dios se arrepiente de haber poblado el mundo y encuentra más fácil ahogar y destruir la especie humana que cambiar su corazón.

Sin embargo, un pequeño número de justos escapa a esta catástrofe, pero ni la tierra sumergida ni el género humano aniquilado son suficientes para su venganza implacable. Una raza nueva aparece; aunque surgida de los amigos de Dios, que ha salvado del naufragio del mundo, esta raza empieza de nuevo a irritarlo con nuevos crímenes. El Todopoderoso nunca llega a modelar a su criatura tal como la desea y una nueva corrupción se apodera de las naciones:

nueva cólera por parte de *Yaveh*.

Finalmente, parcial en su ternura y preferencias, pone los ojos sobre un asirio idólatra, se alía con él y le promete que su raza, multiplicada como las estrellas del cielo o los granos de la arena del mar, gozará siempre del favor de su Dios. Es a esta raza elegida a la que revela sus caprichos; por ella cambia cien veces el orden que había establecido en la naturaleza, por ella es injusto y destruye naciones enteras. Sin embargo, esta raza favorecida no es más feliz ni está más unida a su Dios; siempre recurre a dioses extranjeros, de los que espera las ayudas que el suyo le niega, y ultraja a este Dios que puede exterminarla. Dios tan pronto

la castiga como la consuela, tan pronto la odia sin motivos como la ama sin razón alguna. En fin, sumido en la imposibilidad de atraer hacia sí a un pueblo perverso, que ama con terquedad, le envía a su propio hijo. Este hijo no es escuchado. ¿Qué digo? Ese hijo querido igual a Dios, su padre, es asesinado por el pueblo objeto de la ternura obstinada de aquel padre, quien no puede salvar al género humano sin sacrificar a su propio hijo. Así, un Dios inocente se convierte en la víctima de un Dios justo que lo ama. Ambos consienten en este extraño sacrificio, juzgado necesario por un Dios que sabe que será inútil para una nación endurecida, que no cambiará en nada. La

muerte de un Dios, inútil para Israel, ¿servirá entonces al menos para expiar los pecados del género humano? A pesar de la eternidad de la alianza que el Altísimo juró solemnemente, tantas veces renovada con sus descendientes, la nación favorecida fue finalmente abandonada por su Dios, quien no pudo reconducirla hacia sí. Los méritos de los sufrimientos y la muerte de su hijo son aplicados a naciones antaño excluidas de sus favores; éstas son reconciliadas con el cielo, que a partir de ese momento se muestra más justo con ellas. El género humano vuelve a estar en gracia. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de la divinidad, sus favores son inútiles: los hombres continúan

pecando, no cesan de provocar la cólera celeste y de hacerse dignos de los castigos eternos destinados a la mayoría.

Ésta es la fiel historia del Dios sobre el que se funda el cristianismo. Con una conducta tan extravagante, tan cruel y tan opuesta a toda razón, ¿es sorprendente ver que los adoradores de este Dios no tienen ninguna idea de sus deberes, que desconocen la justicia, aplastan a la humanidad y hacen esfuerzos, en su delirio, por asimilarse a la divinidad bárbara que adoran y se proponen como modelo? ¿Qué indulgencia puede esperar el hombre de un Dios que ni siquiera ha evitado el sufrimiento de su propio hijo? ¿Qué

indulgencia tendrá con sus semejantes el hombre cristiano convencido de esta fábula? ¿No debe imaginar que el medio más seguro de complacer a su Dios consiste en ser tan feroz como Él[14]?

Es evidente, al menos, que los seguidores de semejante Dios deben de tener una moral incierta, cuyos principios carecerán de estabilidad; efectivamente, este Dios no es siempre injusto y cruel, su conducta varía. Tan pronto crea la naturaleza entera para el hombre, como parece no haber creado a éste más que para lanzar sobre él sus furores arbitrarios; unas veces lo ama a pesar de sus faltas, otras condena a la raza humana a la desgracia por culpa de una manzana.

En fin, este Dios inmutable está agitado alternativamente por el amor y la cólera, por la venganza y la piedad, por la benevolencia y el arrepentimiento. Nunca hay en su conducta esa uniformidad que caracteriza a la sabiduría. Parcial en su afecto por una nación despreciable y cruel sin razón con el resto del género humano, ordena el fraude, el robo y el asesinato, e impone a su amado pueblo el deber de cometer sin vacilar los crímenes más atroces, violar la buena fe y despreciar el derecho de gentes. En otras ocasiones le vemos prohibir estos mismos crímenes, ordenar la justicia y prescribir a los hombres abstenerse de todo aquello que turbe el

orden y la sociedad. Este Dios que se llama a la vez Dios de las *venganzas*, Dios de las *misericordias*, Dios de los *ejércitos* y Dios de la *paz*, juega siempre con dos barajas; en consecuencia, deja a cada uno de sus adoradores como señor de su propia conducta, y por ello su moral resulta arbitraria. ¿Es, pues, sorprendente, después de todo esto, que los cristianos no hayan podido ponerse nunca de acuerdo sobre si era más conforme a los ojos de su Dios mostrar indulgencia hacia los hombres o exterminarlos por sus opiniones? En suma, para ellos constituye un problema saber si es conveniente degollar y asesinar a quienes no comparten sus ideas o dejarlos vivir en

paz y mostrarles su humanidad.

Los cristianos no dejan de justificar a su Dios por la conducta caprichosa y con frecuencia inicua que vemos en él según los libros sagrados. Dicen que este Dios, señor absoluto de las criaturas, puede disponer de ellas a su gusto sin que se le pueda acusar por ello de injusticia ni pedirle cuentas de sus acciones: su justicia no es la del hombre y éste no tiene derecho a censurarlo. Es fácil apreciar la insuficiencia de esta respuesta. Efectivamente, los hombres, al atribuir la justicia a su Dios, no pueden tener idea de esta virtud más que suponiendo que, por sus efectos, se parece a la de sus semejantes. Si Dios no es justo como los

hombres, no sabemos cómo lo es y le atribuimos una cualidad de la que no tenemos idea alguna. Si se nos ha dicho que Dios nada debe a sus criaturas, se le supone un tirano que no tiene más regla que su capricho, que no puede ser, por tanto, el modelo de nuestra justicia, y ha dejado de tener relaciones con nosotros, pues toda relación debe ser recíproca. Si Dios no debe nada a sus criaturas, ¿cómo pueden éstas deberle algo? Si, como se nos repite continuamente, los hombres son respecto a Dios como *la arcilla en manos del alfarero*, no puede haber relaciones morales entre ellos. Sin embargo, toda religión se funda en estas relaciones. Así, decir que Dios no debe

nada a sus criaturas y que su justicia no es la misma que la justicia humana es minar los fundamentos de toda justicia y de toda religión, que supone que Dios debe recompensar a los hombres por el bien y castigarlos por el mal que hacen.

Se nos dirá que es en otra vida donde se mostrará la justicia de Dios. Aceptado esto, *no podemos llamarle justo en ésta*, en la que vemos con tanta frecuencia la virtud oprimida y el vicio recompensado. Mientras las cosas continúen en este estado, estará fuera de nuestro alcance atribuir justicia a un Dios que se permite, al menos durante esta vida —la única que podemos apreciar— injusticias pasajeras que se supone está dispuesto a reparar

algún día. Pero esta suposición, ¿no es gratuita? Y si este Dios ha podido consentir ser injusto un solo momento, ¿por qué pensamos que no lo volverá a ser de nuevo? ¿Cómo conciliar con la inmutabilidad de este Dios una justicia que se desmiente a cada momento?

Lo dicho anteriormente sobre la justicia divina puede atribuirse también a la bondad que se le supone, y en la que los hombres fundan sus deberes. En efecto, si este Dios es todopoderoso, si es el autor de todas las cosas, si todo se hace por su voluntad, ¿cómo atribuirle bondad en un mundo donde sus criaturas se encuentran expuestas a males continuos, crueles enfermedades, trastornos físicos y

morales y, en fin, a la muerte? Los hombres pueden únicamente atribuir bondad a Dios por los bienes que reciben; desde el momento en que experimentan el mal, su Dios deja de ser bondadoso. Los teólogos ponen a cubierto la bondad de su Dios negando que sea autor del mal, que atribuyen a un genio malhechor tomado de las doctrinas de los magos, perpetuamente ocupado en perjudicar al género humano y en frustrar las favorables intenciones de la providencia divina. Esos doctores nos dicen que Dios no es el autor del mal; que solamente lo permite. ¿Acaso no ven que permitir el mal es lo mismo que cometerlo en el caso de un agente

todopoderoso que podría impedirlo? De hecho, si la bondad de Dios ha podido ser negada en alguna ocasión, ¿qué nos asegura que no lo será más veces? En fin, ¿cómo conciliar en el sistema cristiano la conducta frecuentemente bárbara y las órdenes sanguinarias que los libros sagrados atribuyen a Dios con su bondad o con su sabiduría? ¿Cómo puede un cristiano atribuir bondad a un Dios que ha creado a la mayoría de los hombres sólo para condenarlos eternamente?

Se nos dirá, sin duda, que la conducta de Dios es para nosotros un misterio impenetrable que no tenemos derecho a examinar, que nuestra débil razón se perdería al querer sondear las

profundidades de la sabiduría divina, que es necesario adorarle en silencio y someternos, temiendo los oráculos de un Dios que ha dado a conocer su voluntad: se nos cierra la boca diciéndonos que la divinidad se ha revelado a los hombres.

5
Sobre la revelación

¿Cómo saber, sin la ayuda de la razón, si es verdad que ha hablado la divinidad? Por otra parte, ¿acaso la religión cristiana no proscribe la razón? ¿No prohíbe su uso en el examen de los prodigiosos dogmas que nos presenta? ¿No clama sin cesar contra una *razón profana* a la que acusa de insuficiencia y que contempla a menudo como una rebelión contra el

cielo? Antes de poder examinar la revelación divina, habría que tener una idea justa de la divinidad. Pero ¿de dónde sacar esta idea si no es de la revelación misma, ya que nuestra razón es demasiado débil para elevarse hasta el conocimiento del Ser supremo? De este modo, la propia revelación nos demostrará la autoridad de la revelación. A pesar de este círculo vicioso, abramos los libros que deben iluminarnos y a los que debemos someter nuestra razón. ¿Encontramos ideas precisas sobre ese Dios cuyos oráculos se nos revelan? ¿Sabremos a qué atenernos respecto a sus atributos? ¿No es un amasijo de cualidades contradictorias que

constituyen un enigma inexplicable? Si, como se supone, esta revelación es emanada por el propio Dios, ¿cómo confiar en el Dios de los cristianos, al cual se pinta como alguien injusto, falso y disimulador, que tiende trampas a los hombres, se complace en seducirlos, cegarlos y endurecerlos, les hace signos para engañarlos y derrama sobre ellos el espíritu del extravío y el error[15]? Así, desde los primeros pasos, el hombre que quiere cerciorarse de la religión cristiana es arrojado a la desconfianza y la perplejidad, y no sabe si el Dios que le ha hablado tiene el propósito de engañarlo, como ha engañado a tantos según su propio testimonio. Además, ¿acaso no

está forzado a pensarlo, a la vista de las disputas interminables entre sus guías sagrados, que jamás se han podido poner de acuerdo sobre la forma de entender los oráculos precisos de una divinidad?

Las incertidumbres y los temores de quien examina de buena fe la revelación adoptada por los cristianos, ¿no deberían aumentar al ver que su Dios no ha pretendido darse a conocer más que a algunos seres favorecidos, mientras ha querido permanecer oculto para el resto de los mortales, a quienes, sin embargo, esta revelación les era igualmente necesaria? ¿Cómo sabrá si no es uno de aquéllos a quienes su Dios partidista no ha querido darse a conocer? ¿No debería

turbarse su corazón a la vista de un Dios que no consiente en mostrarse y hacer anunciar sus decretos más que a un número muy poco considerable de hombres, si lo comparamos con toda la especie humana? ¿No sentirá la tentación de acusar a este Dios de oscura malicia, viendo que, por no haberse manifestado a muchas naciones, ha causado, durante muchos siglos, su necesaria pérdida? ¿Qué idea puede formarse de un Dios que castiga a millones de hombres por haber ignorado leyes secretas que él mismo ha dado a conocer a escondidas en un oscuro e ignorado rincón de Asia?

Así, cuando el cristiano consulta incluso los libros revelados, todo debe

concurrir para ponerlo en guardia contra el Dios que le habla, todo le inspira desconfianza sobre su carácter moral, todo se vuelve incertidumbre para él. Su Dios, de común acuerdo con los intérpretes de sus pretendidas voluntades, parece haber concebido el proyecto de aumentar las tinieblas de su ignorancia. En efecto, para asentar sus dudas, se le dice que las voluntades reveladas son *misterios*, es decir, cosas inaccesibles al espíritu humano. En ese caso, ¿qué necesidad tenía de hablar? ¿No debería un Dios manifestarse a los hombres sólo para no ser comprendido? ¿No es esta conducta tan ridícula como insensata? Decir que Dios se ha revelado sólo para

anunciar misterios equivale a decir que Dios se ha revelado sólo para permanecer desconocido, ocultarnos sus caminos, desviar nuestro espíritu y aumentar nuestra ignorancia y nuestra incertidumbre.

Una revelación que fuese verdadera, viniese de un Dios justo y bueno, y fuese necesaria para todos los hombres, debería ser lo bastante clara como para ser entendida por todo el género humano. ¿Es de este tipo la revelación en la que se fundan el judaísmo y el cristianismo? Los *Elementos* de Euclides son inteligibles para todos aquellos que los quieran entender; esta obra no provoca ninguna disputa entre los geómetras. ¿Es tan clara

la Biblia? Sus verdades reveladas, ¿no ocasionan disputas entre los teólogos que las anuncian? ¿A qué fatalidad se debe que las Escrituras, reveladas por la propia divinidad, tengan además necesidad de comentarios y requieran la iluminación de lo alto para ser creídas y entendidas? ¿No es asombroso que lo que debería servir como guía para todos los hombres no sea comprendido por ninguno de ellos? ¿No es cruel que lo más importante para ellos les sea lo menos conocido? Todo son misterios, tinieblas, incertidumbres, objeto de disputas en una religión anunciada por el Altísimo para iluminar al género humano. El Antiguo y el Nuevo Testamento encierran las

verdades esenciales para los hombres pero nadie las puede comprender, cada uno las entiende de forma diferente y los teólogos jamás se han puesto de acuerdo sobre la manera de interpretarlas. Poco satisfechos con los misterios contenidos en los libros sagrados, los sacerdotes del cristianismo han inventado otros, siglo tras siglo, que sus discípulos están obligados a creer, aunque su fundador y su Dios no haya hablado jamás sobre ellos. Ningún cristiano puede dudar de los misterios de la Trinidad y la Encarnación, como tampoco de la eficacia de los sacramentos; sin embargo Jesucristo jamás se manifestó sobre estas cuestiones. En la religión cristiana todo

parece abandonado a la imaginación, los caprichos y las decisiones arbitrarias de sus ministros, que se arrogan el derecho a forjar misterios y artículos de fe según lo exigen sus intereses. Así, esta revelación se perpetúa por medio de la Iglesia, que se pretende inspirada por la divinidad y que, lejos de iluminar el espíritu de sus hijos, no hace más que confundirlos y sumirlos en un mar de incertidumbres.

Tales son los efectos de esta revelación que sirve de base al cristianismo y de cuya realidad no está permitido dudar. Se nos dice que Dios ha hablado a los hombres, pero ¿cuándo ha hablado? Habló hace miles de años a unos elegidos a quienes convirtió en sus

portavoces, pero ¿cómo asegurarse de que es cierto que este Dios haya hablado sino remitiéndose al testimonio de los mismos que dicen haber recibido sus órdenes? Estos intérpretes de los caprichos divinos son, pues, hombres; pero ¿acaso los hombres no son propensos a engañarse a sí mismos y a engañar a otros? ¿Cómo saber entonces si se puede confiar en los testimonios de esos portavoces del cielo? ¿Cómo saber si no han sido víctimas de una imaginación demasiado viva o de alguna ilusión? ¿Cómo demostrar, hoy en día, si es verdad que ese Moisés conversó con su Dios y recibió de él la ley del pueblo judío hace varios miles de años? ¿Cuál era el temperamento de aquel

Moisés? ¿Era flemático o apasionado, sincero o canalla, ambicioso o desinteresado, veraz o mentiroso? ¿Se puede confiar en el testimonio de un hombre que, después de haber hecho tantos milagros, nunca pudo desengañar a su pueblo de su idolatría y que, habiendo hecho pasar a cuchillo a 47 000 israelitas, tuvo la desfachatez de declarar que era *el más tierno de los hombres*? Los libros atribuidos a este Moisés, que narran tantos hechos posteriores a él, ¿son auténticos? En definitiva, ¿qué prueba tenemos de su misión, salvo el testimonio de 600 000 israelitas toscos y supersticiosos, ignorantes y crédulos que acaso fueron las víctimas de un legislador

feroz dispuesto siempre a exterminarlos, o que jamás tuvieron conocimiento de lo que se debía escribir luego sobre este famoso legislador?

¿Qué prueba nos proporciona la religión cristiana de la misión de Jesucristo? ¿Conocemos su carácter y temperamento? ¿Qué crédito podemos otorgar al testimonio de sus discípulos, quienes, según su propia confesión, fueron hombres toscos y no instruidos, susceptibles, por tanto, de dejarse deslumbrar por los artificios de un hábil impostor? ¿No habría tenido más peso para nosotros el testimonio de las personas más instruidas de Jerusalén que el de unos ignorantes, que son

ordinariamente víctimas de quien quiera

engañarlos? Esto nos lleva ahora al examen de las pruebas sobre las que se funda el cristianismo.

6

Sobre las pruebas de la religión cristiana, los milagros, las profecías y los mártires

En los capítulos anteriores hemos visto los motivos legítimos que tenemos para dudar de la revelación hecha a judíos y cristianos. Por lo demás, el cristianismo

no dispone de ninguna ventaja sobre el resto de religiones del mundo, las cuales, a pesar de su discordancia, se dicen todas emanadas de la divinidad y pretenden poseer un derecho exclusivo a sus favores. El indio asegura que el propio *Brahma* es el autor de su culto, el escandinavo tomaba el suyo del temible *Odín*, el judío y el cristiano han recibido el suyo de *Yaveh* a través del ministerio de Moisés y Jesús, el mahometano asegura que recibió el suyo por medio de su profeta, inspirado por el mismo Dios. Todas las religiones se consideran emanadas del cielo, todas prohíben el uso de la razón para examinar sus derechos sagrados, todas pretenden ser verdaderas con

exclusión de las demás, todas amenazan con la cólera divina a quienes rehusen someterse a su autoridad. En definitiva, todas poseen la característica de la falsedad por las contradicciones palpables de las que están llenas, por las ideas informes, oscuras y con frecuencia odiosas que proporcionan acerca de la divinidad, por las leyes extravagantes que le atribuyen y por las disputas que suscitan entre sus seguidores. En fin, todas las religiones que vemos sobre la tierra no nos muestran otra cosa que un amasijo de imposturas y fantasías que sublevan la razón. Así pues, por lo que atañe a las pretensiones, la religión cristiana no posee ninguna ventaja sobre

las demás supersticiones que infectan el universo, y su origen celeste es cuestionado por todas las demás con tanta razón como ella cuestiona el suyo.

¿Cómo, pues, decidirse a su favor? ¿Por qué medio probar la verdad de sus pretensiones? ¿Posee algún carácter distintivo que la haga merecedora de que se le otorgue preferencia? ¿Cuál? ¿Nos hace conocer mejor que las demás la esencia y naturaleza de la divinidad? Por desagracia, sólo logra volverla más inconcebible, no nos muestra más que a un caprichoso tirano cuyas fantasías tan pronto son favorables como, la mayoría de las veces, perjudiciales para la especie humana. ¿Hace mejores a los hombres?

Desafortundamente, vemos que en todas partes los divide, los enfrenta, los vuelve intolerantes y los fuerza a ser los verdugos de sus propios hermanos. ¿Hace a los imperios florecientes y poderosos? Allí donde reina, ¿no vemos a pueblos esclavizados, desprovistos de vigor, energía y actividad, sumirse en un vergonzoso letargo y carecer de cualquier noción de la verdadera moral? ¿Cuáles son, por tanto, los signos por los que se quiere que reconozcamos la superioridad del cristianismo sobre las otras religiones? Se nos dice que sus milagros, sus profecías y sus mártires. Pero yo veo milagros, profecías y mártires en todas las religiones del mundo. Observo por doquier a

hombres más astutos e instruidos que el vulgo, al que engañan mediante encantamientos y deslumbran con obras que cree sobrenaturales, pues ignora los secretos de la naturaleza y los recursos del arte.

Si el judío me cita los milagros de Moisés, veo esas supuestas maravillas ejecutadas ante los ojos del pueblo más ignorante, estúpido, abyecto y crédulo, cuyo testimonio no tiene ningún peso para mí. Además, puedo sospechar que esos milagros han sido insertados en los libros sagrados de los hebreos mucho tiempo después de la muerte de quien habría podido desmentirlos. Si el cristiano me cita Jerusalén y el testimonio

cristiano me cita Jerusalén y el testimonio de Galilea para probarme los milagros de Jesucristo, no veo sino a un pueblo ignorante como el único que puede atestiguarlo. Me pregunto cómo fue posible que un pueblo entero, testigo de los milagros del Mesías, consintiera su muerte e incluso la pidiese con celo. ¿Consentiría el pueblo de Londres o París que se asesinara ante sus ojos a un hombre que hubiese resucitado a los muertos, devuelto la vista a los ciegos, enderezado a los cojos y sanado a los paralíticos? Si los judíos pidieron la muerte de Jesús, sus milagros quedan en nada a los ojos de cualquier hombre imparcial.

Por otra parte, ¿no podemos oponer

Por otra parte, ¿no podemos oponer a los milagros de Moisés, así como a los de Jesús, los que Mahoma realizó a los ojos de todos los pueblos de La Meca y Arabia juntas? Los milagros de Mahoma tuvieron, al menos, como efecto convencer a los árabes de que era un hombre divino. Los milagros de Jesús no convencieron a nadie de su misión. El propio San Pablo, que se convirtió en el más ardiente de sus discípulos, tampoco fue convencido por los milagros, que en su tiempo contaban con tantos testimonios: le hizo falta un nuevo milagro para convencerlo. ¿Con qué derecho se nos quiere hacer creer hoy maravillas que no eran convincentes en los tiempos de los apóstoles, es decir,

los tiempos de los apóstoles, es decir, poco después de realizadas?

Que no se nos diga que los milagros de Jesucristo están atestiguados como algunos hechos de la historia profana y que pretender dudar de ellos es tan ridículo como dudar de la existencia de Escipión o César, en quienes creemos sólo por las referencias de los historiadores que nos han hablado de ellos. La existencia de un hombre, de un general del ejército, de un héroe, no es increíble: no es un milagro[16]. Damos crédito a los hechos verosímiles narrados por Tito Livio, al tiempo que rechazamos con desprecio los milagros que nos cuenta. Un hombre aúna a menudo la credulidad más estúpida y los talentos

credulidad más estúpida y los talentos más brillantes; el mismo cristianismo nos proporciona innumerables ejemplos. En materia de religión, todos los testimonios son sospechosos; el hombre más ilustrado ve muy mal cuando se halla embargado por el fervor, ebrio de fanatismo o seducido por su imaginación. Un milagro es una cosa imposible; Dios no sería inmutable si cambiara el orden de la naturaleza.

Se nos dirá tal vez que, sin cambiar el orden de las cosas, Dios o sus predilectos pueden encontrar en la naturaleza recursos desconocidos por los demás hombres, pero entonces sus obras no serán sobrenaturales y no tendrán nada de maravilloso. Un milagro es un efecto

de maravilloso. Un milagro es un efecto contrario a las leyes constantes de la naturaleza; en consecuencia, Dios mismo no es capaz de hacer milagros sin ofender su sabiduría. Un hombre sabio que viera un milagro tendría derecho a dudar de si había visto bien. Debería examinar si el efecto extraordinario que no comprende responde a alguna causa natural cuyo modo de actuar ignora.

Pero concedamos por un instante que los milagros son posibles y que los de Jesús fueron verdaderos, o que al menos no han sido insertados en los Evangelios mucho tiempo después de su realización. Los testigos que los han transmitido, los apóstoles que los han visto, ¿son dignos de fe, es aceptable su testimonio? ¿Eran

de fe, es aceptable su testimonio? ¿Eran instruidos aquellos testigos? Según confesión de los mismos cristianos, se trataba de hombres sin luces, salidos de lo más bajo del pueblo, y por tanto crédulos e incapaces de discriminar. ¿Eran desinteresados esos testigos? No; tenían, sin duda, grandísimo interés en afirmar hechos maravillosos que probasen la divinidad de su maestro y la verdad de la religión que querían establecer. Esos mismos hechos, ¿han sido confirmados por los historiadores contemporáneos? Ninguno se ha referido a ellos, y en una ciudad tan supersticiosa como Jerusalén no se ha hallado ni un solo judío o pagano que oyera hablar de los hechos más extraordinarios y difundidos que la

más extraordinarios y difundidos que la historia haya contado jamás. Sólo los cristianos atestiguan los milagros de Cristo. Se quiere que creamos que, a la muerte del hijo de Dios, la Tierra tembló, el Sol se eclipsó y los muertos salieron de sus tumbas. ¿Cómo es posible que acontecimientos tan extraordinarios fueran observados sólo por algunos cristianos? ¿Fueron los únicos que se dieron cuenta? Se pretende que creamos que Cristo resucitó y se nos cita como testigos a apóstoles, mujeres y discípulos. Pero una aparición solemne, en una plaza pública, ¿no habría sido más decisiva que todas esas apariciones clandestinas hechas a hombres interesados en formar una nueva secta? La fe cristiana está fundada,

nueva secta. La fe cristiana está fundada, según san Pablo, en la resurrección de Jesucristo: por tanto, este hecho debía ser demostrado a las naciones de la forma más clara e indudable[17]. ¿No se podría acusar de malicia al Salvador del mundo por no haberse mostrado más que a sus discípulos y predilectos? ¿No quería que todo el mundo creyera en él? Se me dirá que los judíos, al asesinar a Cristo, merecían permanecer ciegos. Pero, en ese caso, ¿por qué los apóstoles predicaban el Evangelio? ¿Podían esperar que se concediese más crédito a su relato que a sus propios ojos?

Por lo demás, los milagros sólo parecen inventados para suplir los buenos

razonamientos. La verdad y la evidencia no tienen necesidad de milagros para hacerse adoptar. ¿No es sorprendente que la divinidad encuentre más fácil perturbar el orden de la naturaleza que enseñar a los hombres verdades claras, apropiadas para convencerlos y capaces de arrancarles su asentimiento? Los milagros han sido inventados únicamente para enseñar a los hombres cosas imposibles de creer: si se hablara con sentido común, no habría necesidad de milagros. Así pues, son cosas increíbles las que sirven de prueba para otras cosas increíbles. Casi todos los impostores que han llevado religiones a los pueblos les han anunciado cosas improbables; después han hecho milagros para obligarles a creer en las

milagros para obligarles a creer en las cosas que les anunciaban. *No podéis comprender lo que os digo, dijeron, pero os demuestro que digo la verdad haciendo ante vuestros ojos cosas que no podéis comprender.* Los pueblos se contentaron con estas razones, la pasión por lo maravilloso les impidió siempre razonar y no vieron que los milagros no podían probar cosas imposibles ni cambiar la esencia de la verdad. Las maravillas que pueda hacer un hombre o, si se quiere, Dios, jamás probarán que dos más dos no son cuatro y que tres sólo es uno, que un ser inmaterial y desprovisto de órganos haya podido hablar a los hombres o que un ser sabio, justo y bueno, haya podido ordenar locuras, injusticias, crueldades,

ordenar locuras, injusticias, crueldades, etc… De donde se sigue que los milagros no prueban nada, salvo el ingenio y la impostura de quienes pretenden engañar a los hombres para confirmar las mentiras que les han anunciado y la credulidad estúpida de aquellos a quienes estos impostores seducen. Estos últimos siempre han empezado por mentir, por dar ideas falsas sobre la divinidad, por pretender tener una relación íntima con ella, y, para probar estas maravillas increíbles, realizaban obras increíbles que atribuían a la omnipotencia del ser que les enviaba. Todo hombre que hace milagros no pretende demostrar verdades sino mentiras. La verdad es simple y clara, lo maravilloso anuncia siempre la

clara, lo maravilloso anuncia siempre la falsedad. La naturaleza es siempre verdadera, se comporta según leyes que no se desdicen jamás. Decir que Dios hace milagros es decir que se contradice a sí mismo, que se desdice de las leyes que él mismo ha prescrito a la naturaleza y que vuelve inútil la razón humana, de la que es autor. Sólo los impostores pueden decirnos que renunciemos a la experiencia y rechacemos la razón.

De esta manera, los pretendidos milagros que el cristianismo nos relata tienen únicamente como base, como los de todas las demás religiones, la credulidad de los pueblos, su fervor, su ignorancia y la astucia de los impostores. Lo mismo podemos decir de las profecías.

Lo mismo podemos decir de las profecías. Los hombres tuvieron siempre curiosidad por conocer el futuro y encontraron, por tanto, hombres dispuestos a servirlos. En todas las naciones del mundo vemos encantadores, adivinos y profetas. En este aspecto, los judíos no fueron más favorecidos que los tártaros, los negros, los salvajes y todos los demás pueblos de la Tierra, que tuvieron impostores dispuestos a engañarlos a cambio de obsequios. Esos hombres maravillosos debieron de comprender rápidamente que sus oráculos debían ser vagos y ambiguos para no ser desmentidos por los hechos. No hay que sorprenderse, pues, si las profecías judías son oscuras y de tal naturaleza que uno encuentra en ellas

naturaleza que uno encuentra en ellas todo lo que quiere buscar. Las que los cristianos atribuían a Jesucristo no son vistas del mismo modo por los judíos, que todavía esperan a ese Mesías que los primeros creen llegado hace 18 siglos. Los profetas del judaísmo han anunciado desde siempre a una nación inquieta y descontenta de su suerte un liberador, que fue asimismo esperado por los romanos y por casi todas las naciones del mundo. Por una inclinación natural, todos los hombres esperan el fin de sus desgracias y creen que la providencia no puede dejar de hacerles más afortunados. Los judíos, más supersticiosos que el resto de los pueblos, basándose en la promesa de su Dios, han debido esperar siempre a

de su Dios, han debido esperar siempre a un conquistador o monarca que hiciera cambiar su suerte y los librara del oprobio. ¿Cómo se puede ver a este libertador en la figura de Jesús, el destructor y no el restaurador de la nación hebrea, que ni siquiera tuvo el favor de su Dios?

No faltará quien diga que la destrucción del pueblo judío y la diáspora fueron predichas y proporcionaron una prueba convincente de las profecías de los cristianos. Respondo que era fácil predecir la diáspora y la destrucción de un pueblo siempre inquieto, tumultuoso y rebelde con sus señores, desgarrado siempre por divisiones internas. Además, ese pueblo fue a menudo conquistado y

ese pueblo fue a menudo conquistado y dispersado, el templo destruido por Tito ya había sido destruido por Nabucodonosor, quien llevó a las tribus cautivas a Asiria y las repartió por sus Estados. Nos damos cuenta de la diáspora de los judíos y no de la de otras naciones conquistadas porque éstas, al cabo de cierto tiempo, se han fusionado con la nación conquistadora mientras que los judíos no se mezclan con las naciones entre las que habitan y permanecen siempre segregados. ¿No ocurre lo mismo con los seguidores de Zoroastro o los parsis de Persia y del Indostán, así como con los armenios que viven en países mahometanos? Los judíos siguen dispersos porque son insociables e

dispersos porque son insociables e intolerantes y están ciegamente ligados a sus supersticiones[18].

Así pues, los cristianos no tienen razón alguna para jactarse de las profecías contenidas en los mismos libros de los hebreos ni para utilizarlas contra éstos, a quienes contemplan como poseedores de títulos de una religión que aborrecen. Judea estuvo siempre sometida a los sacerdotes, que tuvieron gran influencia en los asuntos de Estado y se ocuparon de la política y de predecir los acontecimientos felices o infelices. Ningún país alberga mayor número de iluminados. Vemos que los profetas poseían escuelas públicas donde iniciaban

en los misterios de su arte a quienes consideraban dignos o querían, engañando a un pueblo crédulo, obtener respeto y procurarse un medio de subsistencia a sus expensas[19].

El arte de profetizar fue, por tanto, un verdadero oficio o, si se quiere, una rama del comercio muy útil y lucrativa en una nación miserable, convencida de que su Dios se ocupaba únicamente de ella. Las grandes ventajas resultantes de ese tráfico de imposturas debieron provocar divisiones entre los profetas judíos. Vemos también que se denigraban unos a otros, que cada uno trataba a su rival de *falso profeta* y pretendía que estaba inspirado por un espíritu maligno.

Siempre hubo querellas entre los impostores para saber a quién correspondería el privilegio de engañar a sus conciudadanos.

En efecto, si examinamos la conducta de esos profetas tan alabados del Antiguo Testamento, no encontraremos en ellos nada virtuoso. Vemos a sacerdotes arrogantes, eternamente ocupados en los asuntos de Estado, ligados siempre a los de la religión. Vemos en ellos a súbditos sediciosos, que maquinaban continuamente contra los soberanos que no eran lo bastante sumisos, obstaculizando sus proyectos, sublevando a los pueblos en su contra y llegando a menudo a destruirlos, haciendo cumplir así las funestas predicciones hechas contra

así las funestas predicciones hechas contra ellos. En definitiva, en la mayor parte de los profetas que tuvieron un papel destacado en la historia de los judíos, vemos a rebeldes ocupados sin descanso en perturbar el Estado, crear problemas y combatir la autoridad civil, de la que los sacerdotes fueron siempre enemigos cuando no les pareció lo bastante complaciente y sometida a sus intereses[20]. En cualquier caso, la oscuridad calculada de las profecías permite aplicar las que tenían por objeto al Mesías o liberador de Israel a cualquier hombre singular, iluminado o profeta aparecido en Jerusalén o Judea. Los

cristianos, cuyo espíritu estaba enardecido

con la idea de su Cristo, han creído verlo por todas partes y lo han percibido claramente en los pasajes más oscuros del ntiguo Testamento. A fuerza de alegorías, sutilezas, comentarios e interpretaciones forzadas, han llegado a engañarse a sí mismos y encontrar predicciones precisas en las fantasías deshilvanadas, los oráculos vagos y los insólitos fárragos de los profetas[21].

Los hombres no se cuestionan las cosas que concuerdan con sus puntos de vista. Cuando encaremos sin prejuicios las profecías de los hebreos no veremos más que rapsodias informes que son sólo obra del fanatismo y el delirio; las consideraremos oscuras y enigmáticas

como los oráculos de los paganos. En definitiva, todo nos probará que estos pretendidos oráculos divinos no eran sino los delirios e imposturas de algunos hombres acostumbrados a sacar provecho de la credulidad de un pueblo supersticioso que daba crédito a los ensueños, las visiones, las apariciones y los sortilegios y recibía ávidamente todas las fantasías que se les quisiera suministrar siempre y cuando estuviesen adornadas con lo maravilloso. Dondequiera que haya hombres ignorantes habrá profetas iluminados y hacedores de milagros. Estos dos modos de comportamiento sólo disminuirán siempre en la misma proporción en que las naciones se ilustren.

ilustren.

En definitiva, el cristianismo cuenta entre las pruebas de la verdad de sus dogmas a un gran número de *mártires* que han sellado con su sangre la verdad de las opiniones religiosas que habían abrazado. No hay religión sobre la tierra que no haya contado con ardientes defensores dispuestos a sacrificar su vida por las ideas a las que, según se les había convencido, estaba ligada su felicidad eterna. El hombre supersticioso e ignorante es tenaz en sus prejuicios, su credulidad le impide sospechar que sus guías espirituales le hayan podido engañar alguna vez, y su vanidad le hace creer que no ha podido dejarse engañar. En suma,

si tiene una imaginación suficientemente poderosa como para ver los cielos abiertos y la divinidad presta a recompensar su valor, no habrá suplicio que no arrostre y soporte. En su ebriedad, menospreciará los tormentos breves, se reirá en medio de los verdugos y su espíritu alienado le hará incluso insensible al dolor. La piedad ablandará entonces el corazón de los espectadores, que admirarán la maravillosa firmeza del mártir. Su delirio los conquista, creen su causa justa y su coraje, que les parece sobrenatural y divino, se convierte en prueba indudable de la verdad de sus opiniones. Así es como, por una especie de contagio, se comunica el fervor. El hombre se interesa siempre por quien muestra más firmeza

siempre por quien muestra más firmeza, y la tiranía gana partidarios para todos aquellos que persigue. De ese modo, por un efecto natural, la constancia de los primeros cristianos debió de crearle prosélitos; los mártires sólo demuestran la fuerza del fervor, la ceguera, la tenacidad que la superstición puede producir y la cruel demencia de quienes persiguen a sus semejantes por sus opiniones religiosas.

Todas las pasiones fuertes tienen sus mártires. El orgullo, la vanidad, los prejuicios, el amor, el fervor por el bien público, e incluso el crimen, crean todos los días mártires; o, por lo menos, hacen que quienes están embriagados por esas pasiones cierren los ojos a los peligros. ¿Es

sorprendente, entonces, que el fervor y el fanatismo, las dos pasiones más fuertes de

los hombres, hayan llevado con tanta frecuencia a afrontar la muerte a quienes han embriagado con las esperanzas que otorgan? Por otra parte, si el cristianismo tiene sus mártires, de los que se vanagloria, ¿no tiene los suyos el judaísmo? Los desgraciados judíos que fueron condenados a la hoguera por la Inquisición, ¿no son mártires de su religión, cuya constancia prueba tanto en su favor como la de los mártires cristianos puede demostrar en favor del cristianismo? Si los mártires prueban la verdad de una religión, no hay religión o secta que no pueda ser considerada como

verdadera.

En suma, entre el número, tal vez exagerado, de los mártires de que se jacta el cristianismo, hay algunos que más bien fueron víctimas de un celo desmedido, un humor turbulento y un espíritu sedicioso que de un espíritu religioso. La propia Iglesia no se atreve ya a justificar a quienes su fogosa imprudencia ha llevado hasta perturbar el orden público, romper los ídolos y derribar los templos del paganismo. Si los hombres de esta especie fueran considerados mártires, todos los sediciosos y perturbadores de la sociedad tendrían derecho a ese título cuando se les castiga.

7

Sobre los misterios de la religión cristiana

Revelar algo a alguien es descubrirle secretos que antes ignoraba[22]. Si se les pregunta a los cristianos cuáles son los secretos importantes que exigían que Dios mismo se tomara la molestia de revelar, nos dirán que el más grande de estos secretos, y el más necesario para el

estos secretos, y el más necesario para el género humano, es el de la unidad de la

divinidad, secreto que, según ellos, los hombres hubieran sido incapaces de descubrir por sí mismos. Pero ¿no tenemos derecho a preguntarles si esta afirmación es cierta? No puede dudarse de que Moisés anunciara un Dios único a los hebreos y que no hiciera todos sus esfuerzos para convertirlos en enemigos de la idolatría y el politeísmo de otras naciones, cuyos cultos y creencias les presentó como abominables a los ojos del monarca celeste que los había sacado de Egipto. Pero muchos sabios paganos, ¿no han descubierto también, sin la ayuda de la revelación judaica, un Dios supremo,

señor del resto de dioses? Además, el destino al cual todos los demás dioses del

paganismo estaban subordinados, ¿no era un Dios único cuya ley soberana experimentaría la naturaleza entera? En cuanto a los rasgos con los que Moisés dibujó a la divinidad, ni judíos ni cristianos tienen motivo para enorgullecerse. En ella vemos sólo a un déspota extravagante, colérico, lleno de crueldad, injusticia, parcialidad y malignidad, cuya conducta debe conducir a todo hombre que medite en ello a la más terrible perplejidad. ¿Qué ocurrirá si se le añaden los atributos inconcebibles que la teología cristiana se esfuerza en atribuirle? Conocer la divinidad, ¿es decir

de ella que es un *espíritu*, un ser *inmaterial* que no se parece en nada a lo

que los sentidos nos enseñan? El espíritu humano, ¿no ha sido confundido por los atributos negativos de *infinidad, inmensidad, eternidad, omnipotencia, omnisciencia*, etc., con los que se ha adornado a este Dios tan sólo para hacerlo más inconcebible? ¿Cómo conciliar la sabiduría, bondad, justicia y las otras cualidades morales que se atribuyen a este Dios con la conducta extravagante y muchas veces atroz que los libros de los cristianos y hebreos le atribuyen en cada página? ¿No hubiera valido más la pena dejar al hombre en la total ignorancia de la divinidad, en lugar

de revelarle un Dios lleno de contradicciones, dispuesto siempre a la disputa y que le sirve de pretexto para perturbar su reposo? Revelar un Dios semejante consiste en descubrir a los seres humanos tan sólo el proyecto de arrojarlos a la mayor confusión e incitarles a pelearse, dañarse y volverse desgraciados.

En cualquier caso, ¿es cierto que el cristianismo no admite más que un solo Dios, el de Moisés? ¿No vemos a los cristianos adorar a una divinidad triple bajo el nombre de *Trinidad*? El Dios Supremo genera desde toda la eternidad un hijo igual a sí, de uno y otro de estos dioses procede un tercero igual a los dos

primeros. No obstante, estos tres dioses iguales en divinidad, perfección y poder no forman más que un solo Dios. ¿No basta con exponer este sistema para mostrar su absurdo? ¿Sólo para revelar parejos misterios se ha tomado la divinidad la molestia de instruir al género humano? Las naciones más ignorantes y salvajes, ¿han alumbrado opiniones más monstruosas y propicias al desvarío de la razón[23]? Sin embargo, los escritos de Moisés no contienen nada que haya podido dar lugar a este sistema tan fantástico. Se pretende encontrar el dogma de la Trinidad en la Biblia sólo mediante explicaciones forzadas. En

cuanto a los judíos, contentos con el Dios único anunciado por su legislador, jamás han pensado en triplicarlo.

El segundo de estos tres dioses o, siguiendo el lenguaje de los cristianos, *la segunda persona de la Trinidad*, se revistió de naturaleza humana, se encarnó en el seno de una virgen y, renunciando a su divinidad, se sometió a las debilidades características de nuestra especie e incluso a sufrir una muerte ignominiosa para expiar los pecados de la Tierra. Esto es lo que el cristianismo llama *el misterio de la Encarnación*. ¿Quién no ve que estas ideas absurdas están tomadas de los egipcios, los indios y los griegos, cuyas ridículas mitologías suponían dioses revestidos de forma humana y sujetos a las debilidades, [24]

al igual que los hombres[24]?

De este modo, el cristianismo nos ordena creer que un Dios hecho hombre ha podido sufrir, morir y ofrecerse en sacrificio sin perjuicio de su divinidad, y no ha podido eximirse de una conducta tan insólita para calmar su propia cólera. Esto es lo que los cristianos llaman el misterio de *la redención* del género humano.

Es cierto que este Dios muerto es resucitado: de modo semejante en esto al Adonis de Fenicia, al Osiris de Egipto y al Atis de Frigia, que fueron antaño símbolos de una naturaleza que periódicamente muere y renace, el Dios de los cristianos renace de sus propias

cenizas y sale triunfante de su tumba.

Tales son los secretos maravillosos o misterios sublimes que la religión cristiana descubre a sus discípulos; tales son, unas veces grandes y otras abyectas pero siempre inconcebibles, las ideas que se nos dan de la divinidad. ¡He ahí las luces que la revelación proporciona a nuestro espíritu! Parece que la adoptada por los cristianos sólo se haya propuesto para aumentar las sombras que velan la esencia divina a ojos de los hombres. Se nos dice que Dios ha querido hacerse ridículo para confundir la curiosidad de aquellos a quienes, sin embargo, se asegura que quería iluminar con una gracia especial. ¿Qué idea puede uno

formarse de una revelación que, lejos de enseñar algo, se complace en confundir las nociones más claras?

No obstante, a pesar de la revelación, tan ensalzada por los cristianos, su espíritu no arroja ninguna luz sobre el ser que sirve de base a toda religión. Al contrario, esa famosa revelación sólo sirve para oscurecer cualquier idea que nos pudiéramos formar acerca de él. Las sagradas escrituras lo llaman *un Dios oculto*. David nos dice que *emplaza su retiro en las tinieblas, que las aguas tumultuosas y las nubes forman la tienda que le cubre*. En suma, los cristianos, iluminados por Dios mismo, sólo tienen de él ideas contradictorias, nociones

incompatibles que hacen su existencia dudosa, o incluso imposible, a los ojos de cualquier hombre que consulte su razón[25].

En efecto, ¿cómo concebir a un Dios que, no habiendo creado el mundo sino para la felicidad del hombre, permite que la mayor parte de la raza humana sea desgraciada en este mundo y en el otro? ¿Cómo puede ofenderse por los actos de sus criaturas un Dios que goza de la suprema felicidad? Este Dios es, pues, capaz de sentir dolor, y su ser puede turbarse; es, por tanto, dependiente del hombre, que puede alegrarle o afligirle a voluntad. ¿Cómo un Dios poderoso

permite a sus criaturas una libertad funesta de la que pueden abusar para ofenderle y perderse ellas mismas? ¿Cómo puede un Dios hacerse hombre, y cómo puede morir el propio autor de la vida y la naturaleza? ¿Cómo puede un Dios único llegar a ser triple sin perjuicio de su unidad? Se nos responde que todas estas cosas son misterios, pero estos misterios destruyen la existencia misma de Dios. ¿No sería más razonable admitir en la naturaleza, con Zoroastro o Manes, dos principios o dos fuerzas opuestas, que admitir, con el cristianismo, a un Dios todopoderoso que no posee el poder de impedir el mal, justo pero parcial, clemente pero implacable, que castigará por toda la eternidad los crímenes de un

instante, un Dios simple que se triplica, un Dios, principio de todos los seres, que

se deja morir sin satisfacer de otro modo su justicia divina? Si los contrarios no pueden existir al mismo tiempo en un mismo sujeto, la existencia del Dios de los judíos y los cristianos es, sin duda, imposible; por lo que es forzoso concluir que los doctores del cristianismo, con los atributos que han utilizado para adornar, o más bien desfigurar, la divinidad, en lugar de darla a conocer la han destruido o, al menos, la han vuelto irreconocible. De este modo, a fuerza de fábulas y misterios, la revelación no ha hecho sino enturbiar la razón de los hombres y volver inciertas las ideas simples que

pueden formarse acerca del ser necesario que gobierna la naturaleza por medio de leyes inmutables. Si no se puede negar la existencia de un Dios, es cierto al menos que no es posible admitir el que los cristianos adoran y cuya religión pretende revelarles su conducta, órdenes y cualidades. Si ser *ateo* es no tener idea alguna de la divinidad, la teología cristiana sólo puede ser considerada como un proyecto para aniquilar la existencia del Ser supremo[26].

8
Otros misterios y dogmas del cristianismo

Poco contentos con las misteriosas sombras que el cristianismo ha extendido sobre la divinidad y con las fábulas judaicas que adoptaron al respecto, los doctores cristianos parecen únicamente

dedicados a multiplicar los misterios y confundir más y más la razón de sus

discípulos. La religión, destinada a iluminar a las naciones, sólo es un tejido de enigmas, un laberinto del que es imposible salir cuerdo. Lo que las antiguas supersticiones creyeron más inconcebible tuvo que hallar necesariamente un lugar en un sistema religioso que ponía como principio imponer un silencio eterno a la razón. En manos de los sacerdotes cristianos, el fatalismo de los griegos se convirtió en *predestinación*. Siguiendo este tiránico dogma, el Dios de la misericordia destina a la mayor parte de los desdichados mortales a los tormentos eternos. Los

pone por un tiempo en este mundo sólo para que abusen de sus facultades y su

libertad a fin de hacerse dignos de la cólera implacable de su creador. Un Dios, lleno de previsión y bondad, proporciona al hombre un *libre albedrío* del que ese Dios sabe bien que hará un uso lo bastante perverso como para merecer la condenación eterna. Así, la divinidad no pone en el mundo a la mayoría de los hombres, no les proporciona las inclinaciones necesarias para su felicidad ni les permite actuar más que para tener el placer de hundirlos en el infierno. Nada más espantoso que el cuadro que nos presenta el cristianismo

de esta morada destinada a la mayor parte de la raza humana. El Dios misericordioso se saciará durante toda la

eternidad de las lágrimas de los desdichados a los que sólo ha hecho nacer para ser desgraciados. El pecador, encerrado en tenebrosos calabozos, será entregado para siempre a las llamas voraces, las bóvedas de esa prisión retumbarán con el rechinar de dientes y los alaridos, los tormentos que se padecerán; al cabo de millones de siglos estarán sólo en el comienzo y no habrá esperanza consoladora de ver acabadas las penas algún día. En suma, Dios, por un acto de su omnipotencia, hará al hombre capaz de sufrir ininterrumpidamente y sin medida, y su justicia le permitirá

castigar crímenes finitos, cuyos efectos son limitados en el tiempo, con suplicios infinitos por toda la eternidad. Ésta es la idea que el cristiano se forma del Dios que exige su amor. Ese tirano no lo crea más que para hacerlo desgraciado, le da la razón sólo para engañarlo, inclinaciones sólo para extraviarlo, y libertad sólo para determinarlo a hacer lo que ha de perderle para siempre. En definitiva, no le da ventajas sobre los animales más que para tener la oportunidad de exponerlo a tormentos de los que los animales, al igual que las substancias inanimadas, están exentos. El dogma de la predestinación hace que la suerte del

hombre sea mucho más terrible que la de las piedras o los animales[27].

Es verdad que el cristianismo promete una estancia deliciosa a quienes la divinidad haya escogido para ser objeto de su amor, pero ese lugar sólo está reservado a unos pocos elegidos que, sin ningún mérito por su parte, tendrán, sin embargo, derecho a la bondad de su Dios, parcial con ellos y cruel con el resto de la humanidad.

De este modo, el *Tártaro* y los *Campos Elíseos* de la mitología pagana, inventados por impostores que querían hacer temblar a los hombres o seducirlos, han hallado un lugar en el sistema religioso de los cristianos, quienes

cambiaron el nombre de estas moradas
por *paraíso* e *infierno*. Se nos repetirá que el dogma de las recompensas y penas de la otra vida es útil y necesario para los hombres, que de no ser por esto se abandonarían sin temor a los mayores excesos. Respondo que el legislador de los judíos les había ocultado cuidadosamente ese supuesto misterio y que el dogma de la vida futura formaba parte del secreto que en los misterios griegos se revelaba a los iniciados. Este dogma fue ignorado por el vulgo, y la sociedad no dejó de subsistir. Además, lo que contiene a los hombres no son los terrores lejanos, que las pasiones presentes menosprecian siempre o al menos vuelven

problemáticos, sino las buenas leyes, una
educación razonable y unos principios honestos. Si los soberanos gobernasen

con sabiduría y equidad, no tendrían ninguna necesidad del dogma de las recompensas y las penas futuras para contener a los pueblos. Los hombres serán más sensibles a las ventajas presentes y los padecimientos visibles que a los placeres y suplicios que se les anuncian en la otra vida. El temor al infierno no reprimirá a los criminales, a quienes el temor al menosprecio, la infamia o la horca no son capaces de reprimir. Las naciones cristianas, ¿no están llenas de malhechores que desafían continuamente un infierno de cuya existencia nunca han

dudado?

En cualquier caso, el dogma de la vida futura supone que el hombre se sobrevivirá a sí mismo o, al menos, que después de su muerte será objeto de las recompensas y penas previstas por la religión. Según el cristianismo, los muertos recobrarán un día sus cuerpos y, por un milagro de la omnipotencia, las moléculas disueltas y dispersas que componían sus cuerpos se unirán y combinarán de nuevo con sus almas inmortales: éstas son las ideas maravillosas que ofrece el dogma de la *resurrección*. Los judíos, cuyo legislador nunca habló de este extraño fenómeno, parecen haber tomado esta doctrina de los magos

durante su cautividad en Babilonia; sin embargo, no fue admitida universalmente entre ellos. Los fariseos admitían la resurrección de los muertos y los saduceos la rechazaban; hoy día es uno de los puntos fundamentales de la religión cristiana[28]. Sus seguidores creen firmemente que resucitarán algún día, y que su resurrección será seguida por el juicio universal y el fin del mundo. Según ellos, Dios, que lo sabe todo y conoce hasta los pensamientos más secretos de los hombres, vendrá sobre nubes para pedirles cuenta exacta de su conducta. Los juzgará con la mayor solemnidad y, después del juicio, su suerte estará irrevocablemente echada: los

buenos serán admitidos en la morada placentera reservada por la divinidad para sus elegidos y los ángeles, y los malvados serán arrojados a las llamas destinadas a los demonios, enemigos de Dios y de los hombres.

En efecto, el cristianismo admite seres invisibles de una naturaleza diferente a la del hombre; unos que ejecutan los deseos del Altísimo, y otros ocupados perpetuamente en tratar de malograr sus designios. Los primeros son conocidos con el nombre de *ángeles* o mensajeros subordinados a Dios. Se supone que Dios se sirve de ellos para velar por la administración del universo y, sobre todo, por la conservación del hombre.

Según los cristianos, estos seres bienhechores son *espíritus puros*, pero tienen el poder de hacerse sensibles tomando forma humana. Los libros sagrados de los judíos y cristianos están llenos de apariciones de estos seres maravillosos, que la divinidad enviaba a los hombres a quienes quería favorecer, con el fin de que se convirtieran en sus guías, protectores y dioses tutelares. De esto se deduce que los ángeles buenos son, en la imaginación de los cristianos, lo que las ninfas, lares y penates eran para la imaginación de los paganos, y lo que eran las *hadas* para nuestros novelistas.

Los seres desconocidos de la segunda especie fueron designados con el nombre

de *demonios, diablos o espíritus malignos*.

Se les ha considerado enemigos del género humano, tentadores de los hombres y seductores ocupados eternamente en hacerles caer en el pecado. Los cristianos les atribuyen un poder extraordinario: la facultad de hacer milagros semejantes a los del Altísimo y, sobre todo, un poder que compite con el suyo y llega a hacer inútiles todos sus proyectos. Así pues, aunque la religión cristiana no otorgue formalmente al demonio el mismo poder que a Dios, supone, sin embargo, que ese espíritu malhechor impide a los hombres llegar a la felicidad que la Divinidad bienhechora les destina, y conduce a la mayoría de

ellos a la perdición. En pocas palabras, según las ideas del cristianismo, el imperio del diablo es mucho más extenso que el del Ser supremo. Éste último apenas consigue salvar a unos pocos elegidos, mientras que el otro lleva a la condenación a la multitud inmensa de quienes no poseen la fuerza para resistir sus peligrosas tentaciones. ¿Quién no ve que *Satanás*, el demonio objeto de terror entre los cristianos, está tomado del dogma de los dos principios, admitido antaño en Egipto y en todo el Oriente? El Osiris y el Tifón de los egipcios y el Orosmades y el Ahrimán de persas y caldeos han dado lugar, indudablemente, a la guerra continua existente entre el

Dios de los cristianos y su temible adversario. Gracias a este sistema, los hombres han creído tomar conciencia de los bienes y males que les ocurren. Un diablo todopoderoso sirve para justificar a la divinidad por las desgracias inevitables y poco merecidas que afligen al género humano.

Éstos son los espantosos y misteriosos dogmas sobre los que los cristianos están de acuerdo; hay muchos otros que son propios de sectas particulares. Una secta numerosa del cristianismo admite un lugar intermedio con el nombre de *purgatorio*, donde las almas menos criminales que las que han merecido el infierno ingresan por un tiempo a fin de

expiar, por medio de rigurosos suplicios, las faltas cometidas en esta vida; después son admitidas en la morada de la eterna felicidad. Este dogma, extraído evidentemente de las fantasías de Platón, es, en manos de los sacerdotes de la Iglesia romana, una fuente inagotable de riquezas ya que se han arrogado el poder de abrir las puertas del purgatorio y pretenden que sus poderosas plegarias son capaces de moderar el rigor de los decretos divinos y acortar los tormentos de las almas que un Dios justo ha condenado a esa desdichada morada.[29]

Todo lo anterior nos demuestra que la religión cristiana no ha dejado que a sus seguidores les falten objetos de temor

y terror. Si se consigue hacer temblar a los hombres, se logrará hacerlos sumisos y confundir su razón[30].

9
Sobre los ritos, las ceremonias misteriosas o teurgia de los cristianos[31]

Si los dogmas enseñados por la religión cristiana son misterios inaccesibles para la razón y el Dios que anuncia es un Dios

inconcebible, no debe sorprendernos observar que, en sus ritos y ceremonias,

conserva un carácter ininteligible y misterioso. Bajo un Dios que sólo se ha revelado para confundir a la razón humana, todo debe ser incomprensible y todo debe atentar contra el sentido común.

La ceremonia más importante del cristianismo, sin la que ningún hombre puede ser salvado, se llama *bautismo* y consiste en derramar agua sobre la cabeza de un niño o adulto al tiempo que se invoca a la Trinidad. Por la virtud misteriosa de esa agua y esas palabras que la acompañan, el hombre es *regenerado*

espiritualmente y se le lavan las manchas transmitidas de generación en generación desde el primer padre del género humano. En definitiva, se convierte en un hijo de Dios, apto para entrar en su gloria cuando salga de este mundo. Sin embargo, según los cristianos, el hombre muere únicamente debido al pecado de Adán y si, por el bautismo, se borra ese pecado, ¿cómo es posible que los cristianos sigan sujetos a la muerte? Tal vez se nos diga que Jesucristo ha liberado a los hombres de la muerte espiritual y no de la corporal, pero esta muerte espiritual no es otra cosa que el pecado, y en ese caso, ¿cómo es posible que los cristianos continúen pecando como si no hubiesen

sido rescatados y liberados del pecado? De ello se deduce que el bautismo es un misterio impenetrable para la razón, cuya eficacia queda desmentida por la experiencia[32].

En algunas sectas cristianas, un obispo o un pontífice, al pronunciar las palabras y aplicar un poco de aceite sobre la frente, hace descender el Espíritu Santo sobre un adolescente o un niño. Mediante esta ceremonia, el cristiano es *confirmado* en su fe y recibe de modo invisible una multitud de gracias del Altísimo.

Aquellos cristianos que, gracias a la renuncia más absoluta a su razón, entran de lleno en el espíritu de su inconcebible

religión, no contentos con los misterios comunes a otras sectas admiten sobre todo uno que causa la mayor sorpresa, el de la *transubstanciación*. Al son de la temible voz de un sacerdote, el Dios del universo es obligado a descender de la morada de su gloria para convertirse en pan, y este pan transformado en Dios es objeto de las adoraciones de un pueblo que se jacta de detestar la idolatría.[33]

En las pueriles ceremonias, tan valoradas por el fervor de los cristianos, no se pueden dejar de observar vestigios muy notables de la *teurgia* practicada en los pueblos orientales. La divinidad, obligada por el poder mágico de ciertas palabras acompañadas de ceremonias,

obedece a la voz de sus sacerdotes o de quienes conocen el secreto y, a sus órdenes, realiza maravillas. Esta especie de *magia* es ejercida perpetuamente por los sacerdotes del cristianismo: convencen a sus discípulos de que ciertas fórmulas transmitidas por tradición, actos arbitrarios y movimientos del cuerpo son capaces de obligar al Dios de la naturaleza a suspender sus leyes, plegarse a sus deseos y prodigar sus gracias. Así, en esta religión, el sacerdote adquiere el derecho a controlar al propio Dios, y sobre este dominio ejercido sobre su Dios, sobre esta verdadera teurgia o misterioso comercio entre la tierra y el cielo, están fundadas las pueriles y ridículas

ceremonias que los cristianos denominan *sacramentos*. Hemos visto ya esta teurgia en el bautismo, la confirmación y la eucaristía; la encontramos también en la *penitencia*, es decir, en el poder que se arrogan los sacerdotes de algunas sectas para perdonar, en nombre del cielo, los pecados que se les han confesado. La misma teurgia se da en la ordenación, es decir, en las ceremonias que imprimen a algunos hombres un carácter sagrado que los distingue de los profanos. La misma teurgia en las funciones y ritos que importunan los últimos momentos de vida de los moribundos. La misma teurgia en el *matrimonio*, con el que el cristiano supone que esta unión natural

no podría ser aprobada por el cielo si las ceremonias de un sacerdote no la validaran y le procuraran la aprobación del Todopoderoso[34].

En suma, vemos esta magia blanca o teurgia en las *oraciones*, las fórmulas, la liturgia y en todas las ceremonias de los cristianos. La encontramos en su opinión de que las palabras, dispuestas de un modo determinado, pueden alterar la voluntad de su Dios y obligarlo a cambiar sus decretos inmutables. Muestra su eficacia en los *exorcismos*, es decir, las ceremonias por las que, gracias a la ayuda de un agua mágica y de ciertas palabras, se cree expulsar a los espíritus malignos que infestan el género humano. El *agua*

bendita, que en los cristianos ha tomado el lugar del *agua lustral* de los romanos, posee, según ellos, las virtudes más asombrosas: vuelve sagrados los lugares y las cosas que antes eran profanos. Finalmente, la teurgia cristiana, empleada por un pontífice en la coronación de los reyes, contribuye a hacer a los jefes de las naciones más respetables a los ojos de los pueblos y les imprime un carácter divino.

De este modo, todo es misterio, todo es magia, todo es incomprensible en los dogmas, al igual que en el culto de una religión, revelada por la divinidad, que quería liberar al género humano de su ceguera.

10
Sobre los libros sagrados de los cristianos

Para mostrarnos su origen celeste, la religión cristiana basa sus derechos en libros que considera sagrados e inspirados por el mismo Dios. Veamos, por tanto, si sus pretensiones están fundadas, y

examinemos si esas obras poseen realmente la impronta de la sabiduría, la omnisciencia y la perfección que atribuimos a la divinidad.

La Biblia, objeto de veneración de los cristianos, en la que no se halla una sola palabra que no haya sido inspirada, está formada por la mezcla, poco compatible, de los libros sagrados de los hebreos, conocidos por el nombre de *Antiguo Testamento*, combinados con obras más recientes inspiradas de igual modo a los fundadores del cristianismo y conocidas por el nombre de *Nuevo Testamento*. Al comienzo de esta colección, que sirve de fundamento y código a la religión

cristiana, se encuentran cinco libros atribuidos a Moisés, quien al escribirlos no fue, según se dice, sino el secretario de

la divinidad. Moisés se remonta en ellos al origen de las cosas y quiere iniciarnos en el misterio de la creación del mundo, cuando él mismo no tiene más que ideas tan vagas y confusas que a cada instante delatan una profunda ignorancia de las leyes de la física. Dios crea el Sol, que es la fuente de luz de nuestro sistema planetario, varios días después de crear la luz. Dios, que no puede ser representado por imagen alguna, crea al hombre a su imagen, lo crea *macho y hembra* y, olvidando inmediatamente lo que acaba de hacer, crea a la mujer de una costilla

del hombre. En suma, desde el comienzo
no vemos en la Biblia más que ignorancia y contradicciones[35]. Todo prueba que la

cosmogonía de los hebreos sólo es un tejido de fábulas y alegorías incapaz de proporcionarnos idea alguna sobre las cosas, dirigida únicamente a contentar a un pueblo salvaje, ignorante y tosco, ajeno a las ciencias y al razonamiento.

En el resto de libros atribuidos a Moisés hallaremos una multitud de historias improbables y fantásticas, y un amasijo de leyes ridículas y arbitrarias. Finalmente, el autor concluye relatando su propia muerte. Los libros posteriores a Moisés no están menos llenos de ignorancia; Josué detiene el Sol, que no

gira: Sansón, el Hércules de los judíos, posee fuerza suficiente para derribar un templo… No acabaríamos nunca si quisiéramos señalar todas las sandeces y fábulas que aparecen en cada uno de los pasajes de una obra que tienen la desfachatez de atribuir al Espíritu Santo. Toda la historia de los hebreos no es más que un amasijo de cuentos indignos de la seriedad de la historia y la majestad de la divinidad. Ridícula para el sentido común, parece haberse inventado únicamente para entretener la credulidad de un pueblo infantil y estúpido.

Esta recopilación informe aparece trufada de oráculos oscuros y deshilvanados de diversos iluminados o

profetas, que, uno tras otro, han saciado la superstición de los judíos. En resumen, en el Antiguo Testamento todo respira fervor, fanatismo y delirio, decorados a menudo con un lenguaje pomposo. Allí se encuentra de todo excepto sentido común, lógica y razón, que parecen haber sido concienzudamente excluidos del libro que sirve de guía a hebreos y cristianos.

Hemos considerado ya las ideas despreciables y a menudo absurdas que este libro nos proporciona acerca de la divinidad. Esta se muestra ridícula en todo su comportamiento, juega a dos barajas, se contradice a cada instante, obra con imprudencia, se arrepiente de lo

que ha hecho, construye con una mano para destruir con la otra y se desdice por boca de un profeta de lo que ha dicho por boca de otro. Mientras castiga con la muerte a toda la raza humana por el pecado de un solo hombre, anuncia a través de Ezequiel que es justa y que no hace responsables a los hijos de la iniquidad de sus padres. Por boca de Moisés, ordena a los israelitas que roben a los egipcios; y en el decálogo, publicado como ley de Moisés, les prohíbe el robo y el asesinato. En pocas palabras, Yaveh, siempre en contradicción consigo mismo, en el libro inspirado por su espíritu, cambia con las circunstancias, no mantiene jamás una conducta uniforme y

se pinta como un tirano que avergonzaría a los malvados más empedernidos.

Del mismo modo, si echamos una mirada al Nuevo Testamento, no veremos nada que proclame ese espíritu de verdad que dictó, supuestamente, aquella obra. Cuatro historiadores o fabulistas escribieron la historia maravillosa del Mesías y, poco concordantes sobre las circunstancias de su vida, se contradicen a menudo del modo más evidente. La genealogía de Cristo proporcionada por san Mateo no le parece en nada a la que nos ofrece san Lucas; uno de los evangelios le hace viajar a Egipto, otro no dice nada de esa fuga; uno hace durar su misión tres años, el

otro la supone sólo de tres meses.
Tampoco concuerdan sobre las circunstancias de los hechos que relatan.

San Marcos dice que Jesús murió en la hora tercera, es decir, a las nueve de la mañana, y san Juan dice que murió en la sexta, es decir, a mediodía. Según san Mateo y san Marcos, las mujeres que después de la muerte de Jesús fueron a su sepulcro no vieron más que a un ángel; según san Lucas y san Juan, vieron dos. Según unos, estos ángeles estaban situados fuera de la tumba; según otros,

dentro. Varios milagros de Jesús son
narrados también de forma diferente por estos evangelistas, testigos o iluminados. Lo mismo ocurre con sus apariciones tras

la resurrección. Todo esto, ¿no nos debe hacer dudar de la infalibilidad de los evangelistas y de la realidad de sus inspiraciones divinas? ¿Qué diremos acerca de las profecías falsas e inexistentes atribuidas a Jesús en el Evangelio? San Mateo pretende que Jeremías predijo que Cristo *sería traicionado por treinta monedas de plata*, pero esta profecía no se encuentra en Jeremías. Nada más extraño que la manera en que los doctores cristianos se zafan de estas dificultades. Sus soluciones sólo están hechas para contentar a personas que consideran un deber permanecer en la ceguera[36]. Cualquier hombre razonable observará que ni siquiera todo el aparato de

sofismas podrá reconciliar jamás contradicciones tan palpables, y los esfuerzos de los intérpretes no probarán

sino la debilidad de su causa. ¿Se puede servir a la divinidad mediante subterfugios, sutilezas y mentiras?

Las mismas contradicciones y los mismos errores encontramos en el pomposo galimatías atribuido a san Pablo. Este hombre, inspirado por el espíritu de Dios, no muestra en sus discursos y epístolas sino el fervor de un loco. Los análisis más detallados no

pueden alcanzar a comprender ni conciliar las contradicciones, los enigmas y las ideas deshilvanadas que abundan en sus obras, ni las incertidumbres de su

conducta, tan pronto favorable como opuesta al judaísmo[37]. No más claridad se podrá sacar de las otras obras atribuidas a los apóstoles. Parece como si estos personajes inspirados por la divinidad hubieran venido a la tierra únicamente para impedir que sus discípulos comprendieran algo de la doctrina que les querían enseñar.

En fin, el mosaico que compone el Nuevo Testamento termina con el libro místico conocido con el nombre de *Apocalipsis de san Juan*, obra ininteligible en la que el autor ha querido insistir en todas las ideas lúgubres y funestas contenidas en la Biblia. Muestra al género humano afligido la perspectiva de

la inminente desaparición del mundo, llena la imaginación de los cristianos de ideas espantosas adecuadas para hacerles estremecer, quitarles las ganas de una vida perecedera y volverlos inútiles o perjudiciales para la sociedad. Así, el fanatismo pone dignamente fin a una recopilación reverenciada por los cristianos pero ridícula y despreciable para el hombre sensato, indigna de un Dios pleno de sabiduría y bondad; una recopilación detestable para cualquiera que considere los males que ha hecho a la tierra.

En definitiva, habiendo tomado los cristianos como regla de su conducta y opiniones un libro como la Biblia, es

decir una obra repleta de fábulas espantosas, ideas terribles sobre la divinidad y contradicciones

sorprendentes, jamás han podido saber a qué atenerse, jamás se han puesto de acuerdo sobre la manera de entender la voluntad de un Dios cambiante y caprichoso, y jamás han sabido de forma precisa lo que este Dios les exigía. Este libro oscuro fue para los cristianos una manzana de la discordia, una fuente inagotable de querellas, un arsenal en el que los partidos más enfrentados se

procuraban por igual las armas. Los geómetras no tienen disputa alguna acerca de los principios fundamentales de su ciencia. ¿Por qué fatalidad el libro

revelado de los cristianos, que encierra los fundamentos de su religión divina, de lo que depende su felicidad eterna, es

ininteligible y motivo de discusiones que han ensangrentado la tierra con tanta frecuencia? A juzgar por sus efectos, un libro semejante, ¿no debería ser visto más bien como la obra de un genio maligno, con disposición al engaño y las tinieblas, y no como el de un Dios que se interesa por la conservación y bondad de los hombres, a los que quiere iluminar?

11
Sobre la moral cristiana

Si nos atuviéramos a los doctores de los cristianos, parecería que, antes de la venida del fundador de su secta, no hubo verdadera moral sobre la Tierra pues nos describen el mundo entero sumido en las tinieblas y el crimen. Sin embargo, la

moral fue siempre necesaria para los hombres; una sociedad sin moral no puede existir. Antes de Jesucristo hallamos naciones florecientes y filósofos instruidos que han recordado incesantemente sus deberes a los hombres. En pocas palabras, en Sócrates, Confucio y los gimnosofistas indios encontramos máximas que no desmerecen en nada de las del Mesías de los cristianos. En el paganismo descubrimos ejemplos de equidad, humanidad, patriotismo, templanza, desinterés, paciencia y sosiego que desmienten por completo las pretensiones del cristianismo y prueban

que antes de su fundador existían virtudes mucho más reales que las que vino a enseñarnos.

¿Era necesaria una revelación sobrenatural para enseñar a los hombres que la justicia es necesaria para mantener la sociedad y que la injusticia no les reportará sino enemigos dispuestos a perjudicarlos? ¿Hacía falta que hablara un Dios para mostrarles que los seres que viven juntos tienen necesidad de amarse y prestarse auxilio mutuo? ¿Era necesaria la ayuda de lo alto para descubrir que la venganza es un mal y un ultraje a las leyes del país propio, que, cuando son justas, se encargan de vengar a los ciudadanos? El perdón de las injurias, ¿no es una

consecuencia de este principio? ¿No se eternizan acaso los odios cuando se quiere ejercer una venganza implacable?

Perdonar a los enemigos, ¿no es la consecuencia de una grandeza de alma que nos da ventajas sobre quien nos ofende? Hacer el bien a nuestros enemigos, ¿no nos da superioridad sobre ellos? Esta conducta, ¿no es la adecuada para hacer amigos? Todo hombre que quiera salvaguardarse, ¿no siente que los vicios, los excesos y la voluptuosidad ponen en peligro su vida? En definitiva,

¿no ha demostrado la experiencia a todo ser pensante que el crimen es objeto de odio entre sus semejantes, que el vicio es perjudicial para quienes están infectados

por él, que la virtud atrae la estima y el amor a quienes la cultivan? A poco que los hombres reflexionen sobre lo que son, sobre sus verdaderos intereses y sobre los fines de la sociedad, sentirán que se deben los unos a los otros. Las buenas leyes los forzarán a ser buenos y no tendrán necesidad de que se hagan bajar del cielo las reglas necesarias para su conservación y bienestar. La razón es suficiente para enseñarnos nuestros deberes hacia los seres de nuestra especie. ¿Qué auxilio puede obtener de la religión, que la contradice sin cesar y la degrada?

Se nos dirá sin duda que la religión, lejos de contradecir a la moral, le sirve de apoyo y hace sus obligaciones más

sagradas, otorgándoles la sanción de la divinidad. Respondo que la religión cristiana, lejos de apoyar la moral, la vuelve titubeante e incierta. Es imposible fundar sólidamente la moral sobre las querencias de un Dios cambiante, parcial, caprichoso, que ordena del mismo modo la justicia y la injusticia, la concordia y la masacre, la tolerancia y la persecución. firmo que es imposible seguir los preceptos de una moral razonable bajo el dominio de una religión que hace un mérito del celo, el fervor y el fanatismo más destructor. Afirmo que una religión que nos ordena imitar a un déspota que se place en tender trampas a sus súbditos, es implacable en sus venganzas y quiere

que todos cuantos tienen la desgracia de disgustarle sean exterminados es incompatible con cualquier moral. Los crímenes con los que el cristianismo se ha manchado más que todas las otras religiones sólo han tenido como pretexto complacer al Dios feroz recibido de los judíos. El carácter moral de este Dios debe regular, necesariamente, la conducta [38] de quienes lo adoran. Si este Dios es cambiante, sus adoradores cambiarán, su moral será fluctuante y su conducta arbitraria seguirá a su temperamento.

Todo esto puede indicarnos el origen de la incertidumbre en que se encuentran los cristianos cuando se trata de examinar si es más conforme al espíritu de su

religión *tolerar* que *perseguir* a quienes difieren de sus opiniones. Ambas actitudes encuentran igualmente en la Biblia órdenes precisas de la divinidad que autorizan conductas tan opuestas. En cierto momento, Yaveh declara que odia a los pueblos idólatras y que deben ser exterminados y, luego, Moisés prohíbe *maldecir a los dioses de las naciones*, mientras que el hijo de Dios condena la persecución tras haber dicho él mismo que hay que forzar a los hombres a *entrar en su reino*. Sin embargo, la idea de un Dios severo y cruel causa en el espíritu una impresión más fuerte y profunda que la de un Dios bonachón. Por ello, los verdaderos cristianos se han creído casi

siempre obligados a mostrar gran celo contra aquellos a quienes han supuesto enemigos de su Dios. Se han imaginado

que no podían ofenderle poniendo un ardor excesivo en su causa. Cualesquiera que fuesen sus órdenes desde el más allá, casi siempre han creído más seguro para ellos perseguir, atormentar y exterminar a quienes veían como objetivos de la cólera celeste. La tolerancia sólo fue admitida por los cristianos descuidados y poco celosos, de un temperamento poco análogo al Dios a quien servían.

Un verdadero cristiano ¿no debe sentir la obligación de ser feroz y sanguinario cuando se le ponen como ejemplo los santos y héroes del Antiguo

Testamento? ¿No halla motivos para ser cruel en la conducta de Moisés, el legislador que hizo derramar por dos veces la sangre de los israelitas e hizo inmolar a su Dios a más de 40 000 víctimas? ¿No encuentra en la crueldad pérfida de Fines, Jael y Judit razones para justificar la suya? ¿No ve en David, ese modelo cumplido de reyes, un monstruo de barbarie, infamias, adulterios y sublevaciones que no le impiden, sin embargo, ser un hombre que responde a los deseos de Dios? En suma, todo en la Biblia parece anunciar al cristiano que sólo se puede agradar a la divinidad por medio de un celo furioso, y que ese celo es suficiente para justificar a sus ojos

todos los crímenes.

No nos sorprendamos entonces al ver a los cristianos persiguiéndose unos a otros sin descanso. Si mostraron tolerancia, sólo lo hicieron cuando ellos mismos fueron perseguidos o demasiado débiles para perseguir a otros: desde el momento en que tuvieron poder lo hicieron sentir a quienes no mantenían las mismas opiniones que ellos sobre todos los puntos de su religión. Desde la fundación del cristianismo vemos enfrentarse a diferentes sectas, vemos a los cristianos odiarse, dividirse, perjudicarse y tratarse recíprocamente con la crueldad más refinada. Vemos a soberanos imitadores de David prestarse a

los furores de sus sacerdotes en discordia y servir a la divinidad a sangre y fuego. Vemos incluso a los reyes convertirse en las víctimas de un fanatismo religioso que nada respeta cuando cree obedecer a su Dios.

En resumidas cuentas, la religión, que presumía de traer la concordia y la paz, desde hace 18 siglos ha causado más estragos y ha hecho derramar más sangre que todas las supersticiones del paganismo. Se levantó un muro de división entre ciudadanos de igual condición, la unión y el afecto fueron desterrados de las familias y la injusticia y la inhumanidad se convirtieron en un deber. Todo el mundo resulta inicuo bajo

un Dios lo bastante inicuo como para ofenderse por los errores de los hombres. Bajo un Dios celoso y vengativo, todo el mundo se cree obligado a entrar en sus querellas y vengar sus injurias. Bajo un Dios sanguinario, se convirtió en un mérito derramar sangre humana.

Éstos son los importantes servicios que la religión cristiana ha prestado a la moral. Que no se nos diga que estos horrores han ocurrido a causa de un vergonzoso abuso de esa religión: el espíritu de persecución y la intolerancia son propios de una religión que se cree emanada de un Dios celoso de su poder y que ha ordenado formalmente el asesinato, cuyos partidarios han sido

perseguidores inhumanos, y que, en el colmo de su cólera, no ha ahorrado la muerte ni a su propio hijo. Cuando se sirve a un Dios de tan horrible carácter, se puede estar seguro de que se le agradará más exterminando a sus enemigos que dejándolos ofender en paz a su creador. Semejante divinidad tiene que servir de pretexto a los excesos más dañinos, y el celo de su gloria será un velo que cubrirá las pasiones de todos los impostores o fanáticos que pretendan ser los intérpretes de la voluntad del cielo. Un soberano creerá poder entregarse a los más grandes crímenes si cree lavarlos con la sangre de los enemigos de su Dios.

Como consecuencia natural de estos

mismos principios, una religión intolerante solo puede mostrarse condicionalmente sumisa a la autoridad de los soberanos temporales. Un judío o un cristiano no pueden obedecer a los jefes de la sociedad excepto cuando las órdenes de éstos se ajusten a la voluntad arbitraria y a menudo insensata de ese Dios. Pero ¿quién decidirá si las órdenes de los soberanos más favorables a la sociedad se ajustan a la voluntad de dicho Dios? Los ministros de la divinidad serán, sin duda, los intérpretes de sus oráculos y los confidentes de sus secretos. Así pues, en un Estado cristiano los súbditos deben ser más sumisos a los sacerdotes que a los soberanos[39]. Más aún, si el soberano

ofende al Señor, si descuida su culto, si rechaza sus dogmas o no es sumiso a sus sacerdotes, debe perder el derecho de gobernar a un pueblo, cuya religión pone en peligro. ¿Qué digo? Si la vida de un soberano semejante es un obstáculo para la salvación de sus súbditos, el reino de Dios y la prosperidad de la Iglesia, debe ser eliminado de entre los vivos en el momento en que los sacerdotes lo ordenen. Multitud de ejemplos nos prueban que los cristianos han seguido frecuentemente estas máximas detestables. El fanatismo ha puesto cien veces armas en las manos de los súbditos contra su legítimo soberano y ha llevado la confusión a la sociedad. Bajo el

cristianismo, los sacerdotes fueron siempre los árbitros de la suerte de los reyes; importó muy poco a los sacerdotes que todo fuera trastornado en la Tierra con tal que la religión fuese respetada. Los pueblos fueron rebeldes a sus soberanos todas las veces que se les convenció de que los soberanos eran rebeldes a su Dios. La sedición y el regicidio se cometen porque parecen legítimos a los cristianos celosos, que deben obedecer a su Dios más que a los hombres y que no pueden dudar entre el monarca eterno y los reyes de la Tierra sin arriesgar su salvación eterna[40].

Según estas máximas funestas, que derivan de los principios del cristianismo,

no hay que sorprenderse si, desde su establecimiento en Europa, vemos con tanta frecuencia a pueblos rebeldes, a soberanos tan vergonzosamente envilecidos bajo la autoridad sacerdotal, a monarcas despuestos por los sacerdotes, a fanáticos armados contra el poder temporal y a príncipes degollados. ¿No han visto, acaso, los sacerdotes cristianos que sus discursos sediciosos quedaban autorizados por los ejemplos del Antiguo Testamento? Quienes se rebelaban contra sus reyes, ¿no estaban justificados por el ejemplo de David? Las usurpaciones, violencias, perfidias y violaciones más manifiestas del derecho natural y de gentes, ¿no están legitimadas por el

ejemplo del pueblo de Dios y sus jefes?

Así pues, éste es el sostén que proporciona a la moral una religión cuyo primer principio es admitir el Dios de los judíos, es decir, un tirano cuyos lunáticos caprichos aniquilan a cada instante las reglas necesarias para el mantenimiento de las sociedades. Este Dios crea lo justo y lo injusto, su voluntad suprema cambia el mal en bien y el crimen en virtud, su capricho trastoca las leyes que él mismo ha dado a la naturaleza, destruye cuando le place las relaciones existentes entre los hombres, dispensado él mismo de todo deber hacia sus criaturas, a las que parece autorizar a no seguir ninguna ley, salvo las que prescribe en diferentes

circunstancias por boca de sus intérpretes e iluminados. Estos, cuando son señores, sólo predican la sumisión, y cuando se creen perjudicados sólo predican la revuelta. ¿Son demasiado débiles? Entonces predican la tolerancia, la paciencia y el sosiego. ¿Son más fuertes? Entonces predican la persecución, la venganza, la rapiña y la crueldad.

Encuentran continuamente en sus libros sagrados elementos con los que autorizar las máximas contradictorias que propalan, y en los oráculos de un Dios poco moral y cambiante, órdenes claramente opuestas unas a otras. Fundar la moral en semejante Dios, o en libros que contienen al mismo tiempo leyes tan

contradictorias, es darle una base incierta, basarla en el capricho de quienes hablan en nombre de Dios, asentarla sobre el temperamento de cada uno de sus adoradores.

La moral debe estar basada en reglas invariables; un Dios que destruye estas reglas, destruye su propia obra. Si este Dios es el creador del hombre, si desea la felicidad de sus criaturas, si se interesa por la conservación de nuestra especie, querrá que el hombre sea justo, humano y bienhechor, y jamás habrá podido querer que fuera injusto, fanático y cruel.

Todo lo anterior puede indicarnos qué debemos pensar de esos doctores que pretenden que sin la religión cristiana

ningún hombre puede tener moral ni virtud. La proposición contraria sería, desde luego, más verdadera, y se podría adelantar que todo cristiano que se proponga imitar a su Dios y poner en práctica las órdenes, con frecuencia injustas y destructoras, emanadas de su boca debe ser necesariamente un malvado. Si se nos dice que estas órdenes no son siempre injustas, y que a menudo los libros sagrados reflejan bondad, unión y equidad, yo diría que el cristiano debe poseer una moral inconstante, que tan pronto será bueno como malvado, según sus intereses y disposiciones particulares. De lo que se deduce que el cristiano consecuente con sus ideas religiosas no

puede tener una verdadera moral o debe fluctuar sin cesar entre el crimen y la virtud.

Por otro lado, ¿no es peligroso unir la moral y la religión? En lugar de apuntalar la moral, ¿no es darle un apoyo débil y ruinoso querer fundarla en la religión? Efectivamente, la religión no resiste el examen, y todo hombre que haya descubierto su debilidad, o la falsedad de las pruebas sobre las que está establecida la religión, en la cual se le dice que está fundada la moral, se sentirá tentado a creer que esta moral es una quimera, al igual que la religión que le sirve de base. De ahí que veamos con frecuencia a hombres perversos entregarse al

desenfreno, los excesos y el crimen tras haberse sacudido el yugo de la religión. Al salir de la esclavitud de la superstición, caen en una completa anarquía y creen que todo les está permitido, pues han descubierto que la religión no era sino una fábula. De ahí que las palabras *incrédulo* y *libertino* se hayan convertido, por desgracia, en sinónimos. No nos enfrentaríamos a estas dificultades si en lugar de una moral teológica, se enseñara una moral natural. En lugar de prohibir el desenfreno, los delitos y los vicios porque Dios y la religión prohíben esas faltas, se debería decir que todo exceso perjudica a la conservación del hombre, a quien vuelve despreciable a los ojos de la

sociedad, y es prohibido por la razón, que quiere que el hombre se conserve, y también por la naturaleza, que quiere que trabaje por su felicidad duradera. En suma, sea cual sea la voluntad de Dios, independientemente de las recompensas y castigos que la religión anuncia para la otra vida, es fácil demostrar a cualquiera que su interés en este mundo es cuidar su salud, respetar las costumbres, ganarse la estima de sus semejantes y, en definitiva, ser juicioso, moderado y virtuoso. Aquellos a quienes sus pasiones les impidan escuchar estos principios tan claros fundados en la razón no serán más dóciles a las órdenes de una religión, en la que dejarán de creer tan pronto como se

oponga a sus inclinaciones desenfrenadas.

Que dejen, pues, de alabarnos las supuestas ventajas que la religión cristiana procura a la moral. Los principios que extrae de sus libros sagrados tienden a destruirla, y su alianza con ella sólo la debilita. Por otra parte, la experiencia nos muestra que las naciones cristianas tienen frecuentemente costumbres mas corruptas que aquellas a las que califican de infieles y salvajes. Como mínimo, las primeras están más sujetas al fanatismo religioso, pasión muy proclive a desterrar de las sociedades la justicia y las virtudes sociales. Por cada mortal crédulo que la religión cristiana modera, empuja a miles al crimen; por cada hombre que vuelve

juicioso; hace cien fanáticos, cien perseguidores, cien intolerantes mucho más dañinos para la sociedad que los disolutos más impúdicos, que sólo se perjudican a sí mismos. Al menos es cierto que las naciones más cristianas de Europa no son aquellas en las que la moral verdadera es más conocida y mejor observada. En España, Portugal e Italia, donde ha fijado su morada la secta más supersticiosa del cristianismo, los pueblos viven en la ignorancia más vergonzosa de sus deberes; el robo, el asesinato, la persecución y el desenfreno se llevan a su apogeo y todo está lleno de supersticiosos. Encontramos allí muy pocos hombres virtuosos, y la misma religión, cómplice

del crimen, proporciona asilo a los criminales procurándoles medios fáciles para reconciliarse con la divinidad. Las oraciones, las prácticas y las ceremonias parecen dispensar a los hombres de mostrar sus virtudes. En los países donde se jactan de poseer un cristianismo en toda su pureza, la religión ha absorbido tan completamente la atención de sus seguidores, que éstos desconocen por entero la moral y creen haber cumplido todos sus deberes desde el momento en que muestran un apego escrupuloso a las minucias religiosas, totalmente ajenas al bienestar de la sociedad.

12

Sobre las virtudes cristianas

Lo dicho más arriba nos indica ya qué debemos pensar sobre la moral cristiana.

Si examinamos las virtudes recomendadas por el cristianismo, encontraremos en ellas la huella del fervor y veremos que son poco adecuadas para el hombre, se

elevan más allá de su esfera, son inútiles para la sociedad y tienen a menudo las más peligrosas consecuencias. En definitiva, en los preceptos o consejos que Jesucristo vino a darnos, no hallaremos sino máximas exageradas, cuya práctica es imposible, y reglas que, seguidas al pie de la letra, perjudicarían a la sociedad. En aquellos preceptos que pueden llevarse a la práctica no encontraremos nada que no fuese ya mejor conocido por los sabios de la Antigüedad sin la ayuda de la revelación.

Según el Mesías, toda su fe consiste en *amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo*. ¿Es posible

este precepto? ¡Amar a un Dios colérico, caprichoso e injusto, amar al Dios de los judíos! ¡Amar a un Dios injusto, implacable, lo bastante cruel como para condenar eternamente a sus criaturas! ¡Amar al objeto más temible que el espíritu humano haya podido alumbrar jamás! ¿Está hecho un objeto semejante para suscitar en el corazón del hombre un sentimiento de amor? ¡Cómo amar lo que se teme? ¿Cómo adorar a un Dios que nos obliga a estremecernos bajo su látigo? ¿No es un autoengaño persuadirse de que se ama a un Dios tan terrible y tan apropiado para provocar indignación[41]?

¿Es posible amar al prójimo como a uno mismo? Todo hombre, debido a su

naturaleza, se ama a sí mismo por encima de los demás, ama a los otros sólo en cuanto contribuyen a su propia felicidad, es virtuoso cuando hace el bien a su prójimo y generoso cuando sacrifica su amor propio, pero lo ama sólo por las cualidades útiles que encuentra en él; sólo puede amarlo cuando lo conoce y su amor es forzado a regularse según las ventajas que recibe.

Amar a los enemigos es, por tanto, un precepto imposible. Uno puede abstenerse de hacer el mal a quien nos perjudica, pero el amor es un movimiento del corazón que no se estimula más que al contemplar algo que juzgamos favorable para nosotros. Las

leyes justas de los pueblos civilizados han prohibido siempre vengarse o hacer justicia uno mismo. Un sentimiento de generosidad, grandeza de alma o valor puede llevarnos a hacer el bien a quien nos ofende; entonces nos volvemos más grandes que él e incluso podemos cambiar la disposición de su corazón. De este modo, sin recurrir a una moral sobrenatural, sentimos que nuestro propio interés exige que acallemos la venganza en nuestros corazones. Que los cristianos dejen, pues, de ponderarnos el perdón de las injurias como un precepto que sólo un Dios puede ofrecer y que demuestra la divinidad de su moral. Mucho tiempo antes que el Mesías,

Pitágoras dijo: *Sólo hay que vengarse de los enemigos procurando hacer amigos.* Sócrates dice en Critón: *A un hombre que ha recibido una injuria no le está permitido vengarse por medio de otra injuria.*

Jesús olvidaba que hablaba a hombres cuando, para conducirles a la perfección, les habló de abandonar sus posesiones a la codicia del primer ladrón, poner la otra mejilla para recibir un nuevo ultraje, soportar la violencia más injusta, renunciar a las riquezas perecederas de este mundo, abandonar el hogar, los bienes, los parientes y los amigos para seguirle y rechazar los placeres, incluso los más inocentes. ¿Quién no ve en estos

sublimes consejos el lenguaje del fervor y la hipérbole? Estos maravillosos consejos, ¿no están hechos para descorazonar al hombre y sumirlo en la desesperación? La práctica literal de todo esto, ¿no sería destructiva para la sociedad?

¿Qué diremos de esta moral que ordena que el corazón se desprenda de los objetos que la razón le ordena amar? Rechazar el bienestar que la naturaleza nos ofrece, ¿no es desdeñar los favores de la divinidad? ¿Qué bien real puede resultar para la sociedad de estas virtudes feroces y melancólicas que los cristianos consideran como perfecciones? ¿Resulta útil un hombre para la sociedad cuando su espíritu se halla turbado

perpetuamente por terrores imaginarios, ideas lúgubres y negras inquietudes que le impiden consagrarse a lo que debe a su familia, a su país y a quienes lo rodean? Si es consecuente con estos tristes principios, ¿no debe resultar tan insoportable para sí mismo como para los demás?

En general, se puede afirmar que el fanatismo y el entusiasmo son la base de la moral de Cristo. Las virtudes que recomienda tienden a aislar a los hombres, sumirlos en un humor sombrío y convertirlos a menudo en dañinos para sus semejantes. Aquí abajo hacen falta virtudes humanas; el cristiano sólo ve las suyas más allá de lo real; la sociedad

necesita virtudes reales que la mantengan y le proporcionen energía y actividad; las familias requieren vigilancia, afecto y trabajo; a todos los seres de la especie humana les es necesario el deseo de procurarse placeres legítimos y aumentar su felicidad. El cristianismo está ocupado perennemente en degradar a los hombres mediante terrores abrumadores o en embriagarlos mediante esperanzas frívolas, sentimientos igualmente apropiados para desviarlos de sus verdaderos deberes. Si el cristiano sigue al pie de la letra los principios de su legislador, será siempre un miembro inútil o perjudicial para la sociedad[42].

En efecto, ¿qué ventajas puede extraer

el género humano de estas virtudes ideales que los cristianos llaman *evangélicas, divinas* y *teologales* y prefieren a las virtudes sociales, humanas y reales, y sin las que suponen que no se puede agradar a Dios ni entrar en su gloria? Examinemos con detalle esas virtudes tan alabadas, veamos qué utilidad tienen para la sociedad y si merecen realmente la preferencia que se les da sobre las que nos inspira la razón como necesarias para el bienestar del género humano.

La primera de las virtudes cristianas, que sirve de base al resto, es la *fe*, consistente en una convicción imposible en dogmas revelados y fábulas absurdas que el cristianismo ordena creer a sus

discípulos. De aquí se deduce que esta virtud exige una renuncia total al sentido común, un asentimiento imposible a hechos improbables y una sumisión ciega a la autoridad de los sacerdotes, únicos garantes de la verdad de los dogmas y de las maravillas que todo cristiano debe creer so pena de ser condenado.

Esta virtud, aunque necesaria para todos los hombres, es, sin embargo, un don del cielo y el efecto de una gracia especial. La fe prohíbe la duda y el examen, priva al hombre de la facultad de ejercer su razón y de la libertad de pensar, y lo reduce al embrutecimiento de las bestias en materias que son, supuestamente, las más importantes para

la felicidad eterna. Por todo ello, se ve que la fe es una virtud inventada por hombres que temían las luces de la razón, que quisieron engañar a sus semejantes para someterlos a su propia autoridad y que trataron de degradarlos con el fin de ejercer su poder sobre ellos[43]. Si la fe es una virtud, es útil, sin duda, sólo para los guías espirituales de los cristianos, los únicos que recogen sus frutos. Esta virtud no puede sino resultar funesta para el resto de los hombres, a quienes enseña a menospreciar la razón, que los distingue de los animales, y es la única que puede guiarlos de manera certera en este mundo. En efecto, el cristianismo nos describe esta razón como pervertida,

como una guía infiel, con lo que parece confesar no estar hecho para seres razonables.

Sin embargo, ¿no cabría preguntar a los doctores cristianos hasta dónde debe llegar esta renuncia a la razón? Ellos mismos, en ciertos casos, ¿no recurren a ella? ¿No apelan a la razón cuando se trata de probar la existencia de Dios? Si la razón está pervertida, ¿por qué remitirse a ella en una materia tan importante como la existencia de ese Dios?

En cualquier caso, decir que se cree lo que no se concibe es mentir de manera evidente; creer sin darse cuenta de lo que se cree constituye un absurdo. Hay que sopesar los motivos de la creencia. Pero

¿cuáles son los motivos de los cristianos? La confianza que tienen en los guías que los instruyen. ¿En qué está fundada esta confianza? En la revelación. ¿Y sobre qué está fundada la revelación? Sobre la autoridad de los guías espirituales. Así razonan los cristianos. Sus argumentos en favor de la fe se reducen a decir: *para creer en la religión hay que tener fe y para tener fe hay que creer en la religión*. O bien: hay que tener ya fe para creer en la necesidad de la fe[44].

La fe desaparece en el momento en que se razona. Esta virtud jamás soporta un examen sereno. He ahí lo que hace a los sacerdotes del cristianismo tan enemigos de la ciencia. El propio

fundador de esta religión declaró que su fe sólo estaba hecha para los simples y los niños. La fe es el efecto de una gracia que Dios casi nunca concede a las personas ilustradas y acostumbradas a tener presente el sentido común. Está hecha únicamente para hombres incapaces de reflexión o para almas ebrias de fervor o seres presos ineluctablemente en los prejuicios de la infancia. La ciencia fue y será siempre objeto del odio de los doctores cristianos, que serían enemigos de sí mismos si apreciaran a los científicos.

Una segunda virtud cristiana, que se deduce de la primera, es la *esperanza*. Fundada en las halagüeñas promesas que

hace el cristianismo a quienes son desdichados en esta vida, la esperanza alimenta su fervor, les hace perder de vista la felicidad presente, los convierte en inútiles para la sociedad y les hace creer firmemente que Dios recompensará en el cielo su inutilidad, su carácter atrabiliario, su odio a los placeres, sus mortificaciones insensatas, sus oraciones y su ociosidad.

¿Cómo un hombre ebrio de pomposas esperanzas se ocupará de la felicidad actual de quienes le rodean mientras permanece indiferente a la suya propia?

¿No sabe acaso que hacerse miserable en este mundo es el único modo que puede esperar de agradar a su Dios? En efecto, por halagüeñas que sean las ideas que el

cristiano se hace del futuro, su religión las envenena mediante los terrores de un Dios celoso que quiere que se opere su salvación *con temor y temblor*, que castigaría su presunción y le condenaría despiadadamente si hubiera tenido la debilidad de ser hombre un instante de su vida.

La tercera de las virtudes cristianas es la *caridad*, consistente en amar a Dios y al prójimo. Ya hemos visto lo difícil, por no decir imposible, que resulta tener sentimientos de ternura hacia un ser a quien se teme. Se dirá, sin duda, que el temor de los cristianos es un *temor filial*, pero las palabras no cambian en nada la esencia de las cosas: el temor es una

pasión totalmente opuesta al amor. Un hijo que tema a su padre, que desconfíe de su cólera y que recele de sus caprichos, nunca lo amará sinceramente. El amor de un cristiano por su Dios jamás podrá ser, por tanto, verdadero. En vano tratará de sentir ternura hacia un maestro inclemente que debe asustar su corazón; no lo amará sino como a un tirano al que su boca rinde un culto que su corazón le niega. El devoto no actúa de buena fe consigo mismo cuando pretende amar a su Dios, su ternura es una alabanza simulada semejante a la que se cree obligado a rendir a esos déspotas inhumanos que, incluso causando la infelicidad de sus súbditos, exigen signos

exteriores de su apego. Si algunas almas tiernas llegan a dejarse entusiasmar por el amor divino a fuerza de ilusiones, se trata de una pasión mística y novelesca producida por un temperamento ardiente y una imaginación encendida, que hace que no contemplen a su Dios sino del lado más amable y cierren los ojos a sus verdaderos defectos[45]. El amor a Dios no es el misterio menos inconcebible de nuestra religión.

La caridad, considerada como el amor hacia nuestros semejantes, es una disposición virtuosa y necesaria. No es sino la humanidad sensible que nos lleva a interesarnos por los seres de nuestra especie, nos predispone a prestarles ayuda

y nos liga a ellos. Pero ¿cómo conciliar este apego a las criaturas con las órdenes de un Dios celoso que quiere que sólo se le ame a él y que ha venido a separar al hijo de su padre y al amigo del amigo? Según las máximas del Evangelio, sería un crimen ofrecer a Dios un corazón compartido con alguna otra cosa terrestre, y una idolatría hacer competir a la criatura y al creador. Por otro lado, ¿cómo amar a seres que ofenden continuamente a la divinidad o que son para nosotros una ocasión continua de ofenderla? ¿Cómo amar a los pecadores? La experiencia nos enseña también que los devotos, obligados por principio a odiarse a sí mismos, están muy poco

dispuestos a tratar mejor al prójimo, hacerle la vida agradable y mostrarle indulgecia. Quienes lo hacen así, no alcanzan la perfección del amor divino. En suma, vemos que quienes pasan por amar más ardientemente al Creador no son los que muestran más afecto por sus pobres criaturas; al contrario, los vemos sembrar la amargura en todo lo que los rodea, acentuar con acritud los defectos de sus semejantes y considerar un crimen las muestras de indulgencia hacia la fragilidad humana[46].

En efecto, un amor sincero a la divinidad debe ir acompañado por el celo. Un verdadero cristiano debe irritarse al ver cómo se ofende a su Dios,

armarse de una justa y santa crueldad para reprimir a los culpables y tener un ardiente deseo de hacer reinar su religión.

Este celo, derivado del amor divino, es el origen de las persecuciones y los furores de los que el cristianismo ha sido tantas veces culpable. Este es el celo que produce tanto verdugos como mártires, el celo que hace que el intolerante arranque el rayo de manos del Altísimo bajo el pretexto de vengar sus injurias, el que hace que los miembros de una misma familia y los ciudadanos de un mismo Estado se detesten, se atormenten por sus opiniones y a menudo por ceremonias pueriles que el celo lleva a considerar como cosas de la mayor importancia.

Este celo alumbró mil veces en nuestra Europa las guerras de religión, tan notables por su atrocidad. En definitiva, este celo por la religión es lo que justificó la calumnia, la traición, las masacres y los desórdenes más funestos para las sociedades. Desde el momento en que se trató de apoyar la causa de Dios[47], se permitió la astucia, la mentira y el engaño. Los hombres más biliosos, coléricos y corrompidos son por lo general los más celosos y esperan que, en pago de su celo, el cielo les perdonará la depravación de sus costumbres y el resto de sus desórdenes.

Por ese mismo celo, vemos a cristianos enfervorizados recorrer tierras y

mares para extender el imperio de su Dios, hacer prosélitos y conseguirle nuevos súbditos. Por celo también los misioneros se creen obligados a ir a perturbar la tranquilidad de los Estados que consideran infieles, mientras que les resultaría muy extraño que vinieran misioneros a su país para anunciarles una ley distinta[48]. Cuando estos propagadores de la fe tuvieron poder, impulsaron en sus conquistas las revueltas más espantosas o ejercieron sobre los pueblos sometidos violencias adecuadas sólo para hacer odioso a su Dios. Creyeron, sin duda, que hombres para quienes su Dios había sido tanto tiempo desconocido no podían ser otra cosa que

animales sobre los que estaba permitido ejercer las mayores crueldades. Para un cristiano, un infiel siempre fue un perro.

Las naciones cristianas usurparon las posesiones de los habitantes del Nuevo Mundo siguiendo, al parecer, las ideas judaicas. Los castellanos y portugueses tenían, supuestamente, los mismo derechos para apoderarse de América y África que los hebreos habían tenido para adueñarse de las tierras de los cananeos, exterminar a sus habitantes o someterlos a la esclavitud. Un papa del Dios de la justicia y la paz, ¿no se arrogó el derecho a distribuir imperios lejanos entre los monarcas europeos a quienes quería favorecer? Estas violaciones manifiestas

del derecho natural y de gentes parecieron legítimas a los príncipes cristianos en favor de los cuales la religión santificaba la avaricia, la crueldad y la usurpación[49].

Por último, el cristianismo considera la *humildad* como una virtud sublime a la que adjudica el mayor valor. No eran necesarias, desde luego, luces divinas y sobrenaturales para pensar que el orgullo daña a los hombres y vuelve desagradables a quienes lo muestran a los demás. A poco que uno reflexione, se convencerá de que la arrogancia, la presunción y la vanidad son cualidades deplorables y despreciables, pero la humildad del cristiano debe ir aún más

lejos: tiene que renunciar a su razón, desconfiar de sus virtudes, rehusar hacer justicia a sus buenas acciones y perder la autoestima más merecida, lo que muestra que esta pretendida virtud es apropiada sólo para degradar al hombre, envilecerlo a sus propios ojos y aplastar en él toda energía y todo deseo de ser útil a la sociedad. Prohibir a los hombres estimarse a sí mismos y merecer la estima de los demás es romper el resorte más poderoso que los lleva a las grandes acciones, al estudio y la industria. Al parecer, el cristianismo sólo se propone formar esclavos abyectos, inútiles al mundo, para quienes la sumisión ciega a sus sacerdotes ocupe el lugar de toda

virtud.

No nos sorprendamos: una religión que se jacta de ser sobrenatural debe intentar desnaturalizar al hombre. En efecto, en el delirio de su fervor, le prohíbe amarse a sí mismo, le ordena odiar los placeres y amar el dolor y hace meritorios los males voluntarios que se procura. De ahí esas austeridades, esas penitencias destructivas de la salud, esas mortificaciones extravagantes, esas privaciones crueles, esas prácticas insensatas, en fin, esos suicidios lentos gracias a los cuales los cristianos más fanáticos creen merecer el cielo. Es cierto que no todos los cristianos se sienten capaces de esas perfecciones maravillosas,

pero todos, para salvarse, se creen más o menos obligados a mortificar sus sentidos y renunciar a los favores que un buen Dios les ofrece, porque suponen que ese Dios se irritaría si hicieran uso de estos bienes, y se los ofrece sólo para que se abstengan de utilizarlos. ¿Cómo podría aprobar la razón esas virtudes destructivas para nosotros mismos? ¿Cómo podría el sentido común admitir un Dios que pretende que se sea desgraciado y que se complace contemplando los tormentos que se infligen sus criaturas? ¿Qué fruto puede recoger la sociedad de esas virtudes que vuelven al hombre sombrío, miserable e incapaz de ser útil a la patria? La razón y la experiencia, sin la ayuda de

la superstición, ¿no bastan para probarnos que las pasiones y los placeres, llevados al exceso, se vuelven contra uno mismo, y que el abuso de las mejores cosas se convierte en un verdadero mal? Nuestra naturaleza, ¿no nos lleva a la templanza y a evitar todo aquello que nos pueda perjudicar? En suma, un ser que desee conservarse, ¿no debe moderar sus inclinaciones y huir de lo que le conduce a la destrucción[50]? Es evidente que el cristianismo autoriza, al menos indirectamente, el suicidio.

Como resultado de estas fanáticas ideas, sobre todo en los primeros tiempos del cristianismo, los desiertos y bosques se poblaron de cristianos perfectos que,

alejándose del mundo, privaron a su familia de sustento y a sus patrias de ciudadanos, para entregarse a una vida ociosa y contemplativa. De ahí estas legiones de monjes y anacoretas que, bajo los estandartes de diferentes iluminados, se enrolaron en una milicia inútil o dañina para el Estado. Creyeron merecer el cielo sepultando los talentos necesarios para sus conciudadanos y consagrándose a la inacción y al celibato. De ese modo, en los países donde los cristianos son más fieles a su religión, una multitud de hombres se obligan por piedad a seguir siendo durante toda su vida inútiles y miserables. ¡Qué corazón puede ser tan bárbaro que no vierta lágrimas por la

suerte de estas víctimas, privadas de un sexo encantador que la naturaleza destinó para felicidad del nuestro! Víctimas desafortunadas del fervor de la juventud u obligadas por las opiniones interesadas de una familia autoritaria son desterradas para siempre del mundo. Temerarios juramentos los unen para siempre al tedio, la soledad, la esclavitud y la miseria. Compromisos contrarios a la naturaleza los fuerzan a la virginidad. En vano un carácter más maduro los reclama, pronto o tarde, y les hace lamentarse de esos votos imprudentes, la sociedad los castiga por el olvido de su inutilidad y su esterilidad voluntaria. Desvinculadas de sus familias, pasan,

entre el tedio, la amargura y las lágrimas, una vida perpetuamente turbada por carceleros molestos y despóticos. Al fin, aisladas, sin ayudas y sin lazos, no les queda más que el espantoso consuelo de seducir a otras víctimas que comparten con ellas las amarguras de su soledad y su suplicio ya irremediable.

En suma, el cristianismo parece haber asumido como tarea combatir en todo la naturaleza y la razón. Si admite algunas virtudes aprobadas por el sentido común, pretende siempre extremarlas y jamás conserva ese justo medio que es el punto de la perfección. La voluptuosidad, la disolución y el adulterio, en definitiva, los placeres ilícitos y vergonzosos, son,

evidentemente, cosas a las que debe resistirse todo hombre celoso de conservarse y merecer la estima de sus conciudadanos. Los paganos han sentido y enseñado esta verdad, a pesar del desenfreno en las costumbres que el cristianismo les reprocha[51]. La religión cristiana, poco contenta con estas máximas razonables, recomienda el celibato como un estado de perfección, pues el lazo tan legítimo del matrimonio es, a sus ojos, una imperfección. El Padre del Dios de los cristianos había dicho en el Génesis: *No es bueno que el hombre esté solo*. Había ordenado formalmente a todos los seres *crecer y multiplicarse*. En el Evangelio, su hijo anula estas leyes y

pretende que para ser perfecto hay que privarse del matrimonio, resistirse a una de las mayores y más apremiantes necesidades que la naturaleza inspira en el hombre, morir sin descendencia y negar ciudadanos al Estado y apoyos en su vejez.

Si consultamos la razón, hallaremos que los placeres del amor nos perjudican cuando los tomamos en exceso y constituyen crímenes cuando dañan a otros; sentiremos que corromper a una muchacha es condenarla a la vergüenza y la infamia y eliminar para ella las ventajas de la sociedad; y veremos que el adulterio es una invasión de los derechos de otro, que destruye la unión de los esposos y

que, al menos, separa unos corazones que estaban hechos para amarse. Concluiremos de todo ello que el matrimonio, al ser el único medio de satisfacer honesta y legítimamente la necesidad de la naturaleza de poblar la sociedad y procurarse apoyos, es un estado mucho más respetable y sagrado que el celibato destructor, esa castración voluntaria que el cristianismo tiene la desfachatez de transformar en virtud. La naturaleza, o el creador de la naturaleza, invita a los hombres a multiplicarse mediante el atractivo del placer y declaró abiertamente que la mujer era necesaria para el hombre. La experiencia ha hecho saber que deben formar una sociedad no

sólo para gozar de los placeres pasajeros, sino también para ayudarse a soportar las amarguras de la vida, criar a los niños, formar ciudadanos y hallar en ellos apoyos en su vejez. Al dar al hombre fuerzas superiores a las de su compañera, la naturaleza quiso que trabajara para sostener a su familia. Al dar a esta compañera órganos más débiles, la destinó a trabajos menos penosos pero no menos necesarios. Al darle un alma más sensible y dulce, quiso que un sentimiento de ternura la uniese de manera más especial a sus débiles niños. Estos son los lazos felices que el cristianismo querría evitar que se formaran[52]; y los caminos que el

formarán”, y los caminos que el cristianismo se esfuerza en atajar, proponiendo como un estado de perfección un celibato que despuebla la sociedad, contradice la naturaleza, invita al desenfreno, aísla a los hombres y no puede ser ventajoso sino para la política celosa de los sacerdotes de algunas sectas cristianas, que se toman como un deber separarse de sus conciudadanos para formar una corporación fatal que se eternice sin posteridad. *Gens æterna in qua nemo nascitur* [Una raza eterna en la que nadie nace][53].

Si el cristianismo tuvo la indulgencia de permitir el matrimonio a aquellos de sus seguidores que no osaron o no pudieron entregarse a la perfección,

pudieron entregarse a la perfección, parece que los ha castigado mediante las incómodas trabas puestas a esta unión. Así vemos que el divorcio está prohibido por la religión cristiana. Las uniones peor avenidas son indisolubles, las personas una vez casadas están obligadas a lamentar por siempre su imprudencia; incluso cuando el matrimonio, que sólo puede tener como objetivo y base el bienestar, la ternura y el afecto, se convierte para éstas en una fuente de discordia, amarguras y penas. De este modo, la ley, de acuerdo con esta religión cruel, consiente en impedir que los infelices rompan sus cadenas. Parece que el cristianismo ha hecho todo lo posible para disuadir del matrimonio y

anteponerle un celibato que conduce necesariamente al desenfreno, el adulterio y la disolución[54]. Sin embargo, el Dios de los judíos había permitido el divorcio y no vemos con qué derecho su hijo, que venía a cumplir la ley de Moisés, revocó un permiso tan sensato.

No hablaremos aquí de las otras trabas que, desde su fundación, la Iglesia ha puesto al matrimonio[55]. Al prohibir los matrimonios entre parientes, ¿no parece haber prohibido que los que querían unirse se conociesen bien y amasen con demasiada ternura?

Éstas son las perfecciones que el cristianismo propone a sus hijos, éstas son las virtudes que prefiere a las que llama

las virtudes que prefiere a las que llama, con desprecio, *virtudes humanas*. Además, rechaza y desaprueba estas últimas; las llama falsas e ilegítimas porque quienes las poseían no tenían fe. ¡Vaya! ¡Estas virtudes tan estimables, tan heroicas, de Grecia y Roma, no eran virtudes! Si la equidad, la humanidad, la generosidad, la templanza, la paciencia de un pagano no son virtudes, ¿a qué puede darse este nombre? ¿No es confundir todas las ideas de la moral pretender que la justicia de un pagano no es justicia, que su bondad no es bondad y que su beneficiencia es un crimen? Las virtudes reales de Sócrates, Catón, Epicteto y Antonino, ¿no son preferibles al celo de los Cirilos, la testarudez de los Atanasios, las revueltas

de los Crisóstomos, la ferocidad de los Domingos y la bajeza de alma de los Franciscos[56]?

Todas las virtudes que el cristianismo admira, o son extremadas y fanáticas o no pretenden otra cosa que volver al hombre tímido, abyecto e infeliz. Si le proporcionan valor, el cristiano se hace pronto pertinaz, altanero, cruel y perjudicial para la sociedad. Así debe ser para responder a las opiniones de una religión que desdeña la tierra y no duda en llevar a ésta la confusión con tal de que su celoso Dios triunfe sobre sus enemigos. Ninguna moral verdadera puede ser compatible con semejante religión.

religión.

13

Sobre las prácticas y deberes de la religión cristiana

Si las virtudes del cristianismo no tienen nada de sólido y real o no producen ningún efecto que la razón pueda aceptar, ésta no verá tampoco nada

estimable, en las numerosas prácticas fastidiosas, inútiles y, con frecuencia, peligrosas que aquel impone como deberes a sus devotos seguidores, a quienes los presenta como medios seguros de aplacar a la divinidad, obtener sus gracias y merecer sus recompensas inefables.

El primero y más esencial de los deberes del cristiano es *rezar*. El cristianismo vincula la felicidad a la oración continua. Su Dios, al que se supone lleno de bondad, quiere ser solicitado para repartir sus gracias, que concede sólo si es importunado. Sensible a los halagos, al igual que los reyes de la tierra, exige etiqueta y no escucha

tierra, exige etiqueta y no escucha favorablemente sino a quienes se presentan siguiendo un determinado protocolo. ¿Qué diríamos de un padre que, conocedor de las necesidades de sus hijos, no consintiera en darles la comida necesaria a menos que se la arrancaran con súplicas fervientes y a menudo inútiles? Por otro lado, ¿no es desconfiar de la sabiduría de Dios prescribir reglas a su conducta? ¿No es poner en duda su inmutabilidad creer que sus criaturas pueden obligarlo a cambiar sus decretos? Si lo sabe todo, ¿por qué necesita ser advertido continuamente de las disposiciones del corazón y los deseos de sus súbditos? Si es todopoderoso, ¿cómo puede ser halagado por sus homenajes, sus

puede ser halagado por sus homenajes, sus sumisiones reiteradas y el anonadamiento de quienes se postran a sus pies?

En suma, la oración supone un Dios caprichoso, falto de memoria, sensible al halago, que se vanagloria de ver a sus súbditos humillados ante él y está ansioso por recibir a cada instante muestras continuas de sumisión.

Estas ideas, tomadas de los príncipes de la tierra, ¿pueden aplicarse a un Ser todopoderoso que ha creado el universo únicamente para el hombre y desea sólo su felicidad? ¿Puede creerse que un Ser todopoderoso, sin igual y sin rival, esté sediento de gloria? ¿Existe una gloria para un Ser que no puede ser comparado con nada? ¿No ven los cristianos que, al

nada. ¿No ven los cristianos que, al querer exaltar y honrar a su Dios no hacen, en realidad, otra cosa que rebajarlo y envilecerlo?

En el sistema de la religión cristiana ocurre también que las oraciones de unos pueden ser aplicables a otros. Su Dios, parcial con sus favoritos, recibe sólo las peticiones de éstos y sólo escucha a su pueblo cuando sus votos le llegan a través de sus ministros. De este modo, Dios se convierte en un sultán accesible únicamente a sus ministros, sus visires, sus eunucos y las mujeres de su harén. De ahí esa multitud innumerable de sacerdotes, anacoretas, monjes y religiosas, cuya exclusiva función es elevar sus manos ociosas al cielo y rogar día y noche con el

ociosas al cielo y rogar día y noche con el fin de obtener sus favores para la sociedad. Las naciones pagan caro estos importantes servicios, y los piadosos holgazanes viven en el esplendor mientras el mérito real, el trabajo y la industria languidecen en la miseria [57].

Con el pretexto de ocuparse de las oraciones y ceremonias de su culto, el cristiano, sobre todo en algunas sectas más supersticiosas, está obligado a permanecer ocioso y con los brazos cruzados durante gran parte del año; se le convence de que honra a su Dios mediante su inutilidad. Las fiestas, multiplicadas por el interés de los sacerdotes y la credulidad de los pueblos, suspenden los trabajos necesarios de

suspenden los trabajos necesarios de millones de brazos. El hombre del pueblo va a rezar a un templo en lugar de cultivar su campo y allí llena sus ojos con ceremonias pueriles y sus oídos con fábulas y dogmas que no puede comprender. Una religión tiránica convierte en delincuente al artesano o al labrador que, en esas jornadas consagradas al ocio, osa ocuparse de la subsistencia de una familia numerosa e indigente. De acuerdo con la religión, el gobierno castigará a quienes tengan la audacia de ganarse el pan en lugar de rezar o cruzarse de brazos[58].

¿Puede la razón estar de acuerdo con esa extraña obligación de abstenerse de carne y otros alimentos que imponen

carne y otros alimentos, que imponen ciertas sectas cristianas? A causa de esa ley, el pueblo que vive de su trabajo está obligado a contentarse durante largos períodos con una comida cara, malsana y poco propicia para reparar las fuerzas.

¿Qué ideas abyectas y ridículas deben de tener acerca de su Dios los insensatos que creen que se irrita por los alimentos que entran en el estómago de sus criaturas? Pero el cielo se muestra más complaciente a cambio de dinero. Los sacerdotes de los cristianos han estado continuamente ocupados en molestar a sus crédulos seguidores a fin de obligarlos a que transgredan sus leyes para así tener ocasión de hacerles expiar caro sus pretendidas transgresiones. En el

pretendidas transgresiones. En el cristianismo, todo, hasta los pecados, redunda en beneficio del sacerdote[59].

Ningún culto sumió nunca a sus seguidores en una dependencia más completa y continua de sus sacerdotes que el cristianismo. Éstos jamás perdieron de vista su botín y tomaron las medidas más adecuadas para esclavizar a los hombres y obligarlos a contribuir a su poder, riquezas e imperio. Mediadores entre el monarca celeste y sus súbditos, estos sacerdotes fueron considerados como cortesanos acreditados, como ministros encargados de ejercer el poder en su nombre, como favoritos a quienes la divinidad nada podía negar. De este modo los ministros del Altísimo se

modo, los ministros del Altísimo se convirtieron en amos absolutos de la suerte de los cristianos, se apoderaron de por vida de los esclavos suministrados por el miedo y los prejuicios, y se hicieron necesarios a éstos mediante una multitud de prácticas y deberes tan pueriles como caprichosos, que procuraron que se consideraran indispensablemente necesarios para la salvación. De la omisión de estos deberes hicieron crímenes mucho más graves que la violación manifiesta de las reglas de la moral y la razón.

No nos extrañemos, por tanto, si en las sectas más cristianas, es decir, en las más supersticiosas, vemos al hombre perpetuamente infestado por los

perpetuamente infestado por los sacerdotes. Apenas sale del vientre de su madre, su sacerdote lo bautiza por dinero bajo el pretexto de lavar una supuesta *mancha original*, le reconcilia con un Dios al que todavía no ha podido ofender y, con la ayuda de palabras y encantamientos, lo arranca del dominio del demonio. Desde su más tierna infancia, su educación es confiada habitualmente a sacerdotes cuyo principal objetivo es inculcarle, desde bien temprano, los prejuicios necesarios para sus designios. Le inspiran terrores que se multiplicarán a lo largo de su vida, lo instruyen en las fábulas de una religión maravillosa, en sus dogmas insensatos y en sus misterios incomprensibles. En

en sus misterios incomprensibles. En suma, forman un cristiano supersticioso, nunca hacen de él un ciudadano útil o un hombre ilustrado[60]. Se le enseña que sólo una cosa es necesaria: ser devotamente sumiso a la religión. Sé devoto, se le dice, sé ciego, desprecia tu razón, ocúpate del cielo y desatiende la tierra; eso es todo lo que Dios te pide para conducirte hasta la felicidad.

Para mantener al cristiano en las ideas abyectas y fanáticas de las que fue imbuido en su juventud, sus sacerdotes lo obligan en algunas sectas a deponer en su seno sus faltas más escondidas, sus acciones más ignoradas y sus pensamientos más secretos y lo fuerzan a acudir a humillarse a sus pies y rendir

acudir a humillarse a sus pies y rendir homenaje a su poder. Asustan al culpable y, si les parece que lo merece, lo reconcilian con la divinidad quien, por orden de su ministro, lo absuelve de los pecados con los que se había manchado.

Las sectas cristianas que admiten esta práctica la elogian como un freno muy útil a las costumbres y apropiada para contener las pasiones de los hombres, pero la experiencia nos muestra que, en los países donde es más fielmente observada, lejos de tener costumbres más puras que en el resto, las tienen más disolutas. Estas expiaciones tan fáciles no hacen otra cosa que alentar el delito. La vida de los cristianos es un círculo de desenfrenos y *confesiones* periódicas. El

desenfrenos y *confesiones* periódicas. El clero es el único que saca beneficio de esta práctica, que le permite ejercer un gobierno absoluto sobre las conciencias de los hombres. ¡Cómo debe de ser el poder de una clase de hombres que abren y cierran las puertas del cielo a su capricho, poseen los secretos de las familias y pueden encender el fanatismo en los espíritus según su voluntad!

Sin el consentimiento del clero, el cristiano no puede participar en sus sagrados misterios y los sacerdotes tienen derecho a excluirlo. Podría consolarse de esa supuesta privación, pero los anatemas o *excomuniones* de los sacerdotes producen a los hombres un daño real. Las penas espirituales tienen efectos

penas espirituales tienen efectos temporales, y todo ciudadano que se exponga a la ira de la Iglesia corre peligro de sufrir la del gobierno y se convierte en un elemento odioso para sus conciudadanos. Hemos visto ya que los ministros de la religión se inmiscuyen en los asuntos del matrimonio. Sin su permiso, un cristiano no puede convertirse en padre: debe someterse a las caprichosas formas de la religión. De no hacerlo, la política, de acuerdo con la religión, excluiría a sus hijos del rango de ciudadanos[61].

El cristiano es obligado durante toda su vida a asistir a las ceremonias de su culto y someterse a las instrucciones de

sus sacerdotes so pena de incurrir en culpa. Una vez que cumple fielmente este importante deber, se cree favorecido por su Dios y se convence de que no debe nada más a la sociedad. Así, estas prácticas inútiles ocupan el lugar de la moral, que se halla subordinada por doquier a la religión sobre la que debería mandar.

Cuando se aproxima el final de su vida y se halla postrado en su lecho, el cristiano es acosado todavía por los sacerdotes en sus últimos momentos. En algunas sectas cristianas, la religión parece estar pensada para hacer que la muerte del hombre sea mil veces más amarga. Un sacerdote impasible viene a traer la alarma al lecho de muerte del moribundo y, con el pretexto de reconciliarlo con su

y, con el pretexto de reconciliarlo con su Dios, le hace saborear el espectáculo de su fin[62]. Si esta práctica es destructiva para los ciudadanos, es muy útil, sin embargo, para el clero, que debe gran parte de sus riquezas a los terrores que inspira deliberadamente en los cristianos ricos y moribundos. La moral no obtiene los mismos frutos: la experiencia nos enseña que la mayor parte de los cristianos que vivían con seguridad en el desenfreno o el crimen postergan hasta la muerte la preocupación de reconciliarse con su Dios. Gracias a la ayuda de un arrepentimiento tardío y a la generosidad con el clero expían sus faltas y se les permite esperar que el cielo olvide sus rapiñas, injusticias y delitos cometidos a

rapiñas, injusticias y delitos cometidos a lo largo de toda una vida dedicada a perjudicar a sus semejantes.

Ni siquiera la muerte termina con el imperio del clero sobre los cristianos de algunas sectas: los sacerdotes sacan provecho de sus cadáveres. A precio de oro se adquiere el derecho de que los despojos mortales sean depositados en un templo y siembren las ciudades de infecciones y enfermedades. ¿Qué digo? El poder sacerdotal se extiende incluso más allá de los límites del fallecimiento. Las oraciones de la Iglesia para librar a las almas de los muertos de los suplicios purificadores que, al parecer, les estaban destinados en el otro mundo, se compran muy caras. ¡Bienaventurados los ricos en

muy caras. ¡Bienaventurados los ricos en una religión en la que, con ayuda del dinero, se puede interceder para que los favoritos de Dios recen para que condone las penas con las que su justicia inmutable los había castigado[63]!

Éstos son los deberes principales que el cristianismo predica como necesarios y de cuya observancia hace depender la salvación. Éstas son las prácticas arbitrarias, ridículas y dañinas con las que a menudo se sustituyen los deberes hacia la sociedad. No combatiremos diversas prácticas supersticiosas, admitidas respetuosamente por algunas sectas y rechazadas por otras, como los honores dedicados a la memoria de esos piadosos

fanáticos, esos héroes del arrebato y oscuros contemplativos a los que el pontífice romano incluye en el número de los santos[64]. No hablaremos de esos peregrinajes a los que la superstición de los pueblos hace tanto caso, ni de esas indulgencias con la ayuda de las cuales se perdonan los pecados. Nos contentaremos con decir que estas cosas son, en general, más respetadas por el pueblo que las admite que las reglas de la moral, que a menudo se ignoran totalmente. A los hombres les cuesta menos acomodarse a esos ritos, ceremonias y prácticas que ser virtuosos. Un buen cristiano es un hombre que se

somete exactamente a lo que los sacerdotes le exigen. Éstos sólo le piden, como única virtud, ser ciego, generoso y sumiso.

14

Sobre los efectos políticos de la religión cristiana

Tras haber visto la inutilidad, e incluso el peligro, de las perfecciones, virtudes y deberes que la religión cristiana nos propone, veamos si tiene más afortunadas

propone, veamos si tiene más afortunadas influencias sobre la política o si procura un bienestar real a las naciones donde se halla establecida y es fielmente observada.

Por de pronto, vemos que allí donde el cristianismo es aceptado se establecen dos legislaciones opuestas entre sí que se combaten una a otra. La política está hecha para mantener la unión y la concordia entre los ciudadanos. La religión cristiana, aunque les predique el amor y la paz, aniquila pronto ese precepto por las divisiones inevitables que deben surgir entre sus seguidores, forzados a comprender de maneras distintas los oráculos ambiguos que los libros santos les anuncian. Desde el comienzo del cristianismo observamos

comienzo del cristianismo, observamos disputas muy intensas entre sus doctores[65]. Desde ese momento, sólo hallamos a lo largo de los siglos cismas, herejías seguidas de persecuciones y combates tan adecuados para destruir esa concordia tan alabada, que se hace imposible en una religión en la que todo es oscuridad. En todas las disputas religiosas, las dos partes creen tener a Dios de su lado y, por tanto, están obcecadas. ¿Cómo no lo iban a estar si confunden *la causa de Dios* con la de su vanidad? Así, al estar poco dispuestas a ceder tanto por una parte como por otra, combaten, se atormentan y se desgarran hasta que la fuerza decide en batallas que

nunca son de incumbencia del sentido común. Efectivamente, la autoridad política siempre se ha visto obligada a intervenir en todas las disputas surgidas entre los cristianos. Los soberanos tomaron partido en las frívolas disputas de los sacerdotes, consideradas por éstos asuntos de la mayor importancia. En una religión establecida por Dios mismo, no existen las minucias. En consecuencia, los príncipes se armaron contra una parte de sus súbditos, el modo de pensar de la corte decidió sobre la creencia y la fe de los súbditos, las opiniones que apoyó fueron las únicas verdaderas; los satélites se convirtieron en guardianes de la *ortodoxia* y los demás en herejes y

rebeldes a quienes los primeros consideraron un deber exterminar[66].

Los prejuicios de los príncipes o su errónea política les hicieron considerar siempre malos ciudadanos, peligrosos para el Estado y enemigos de su poder, a los súbditos con opiniones sobre la religión distintas a las suyas. Si hubieran dejado a los sacerdotes la tarea de solventar sus disputas impertinentes y no las hubiesen perseguido dándoles relevancia, estas disputas se habrían diluido o no habrían afectado a la tranquilidad pública. Si esos reyes hubiesen recompensado imparcialmente a los buenos y castigado a los malos sin tener en cuenta sus especulaciones, su

culto o sus ceremonias, no habrían forzado a gran número de sus súbditos a convertirse en enemigos del poder que los oprimía. Los príncipes cristianos han intentado siempre acallar a los herejes a fuerza de injusticias, violencias y persecuciones. El sentido común les hubiera debido enseñar que esta conducta sólo conducía a crear hipócritas y enemigos escondidos, o incluso a producir rebeliones[67].

Pero estas reflexiones no están hechas para los príncipes, a quienes el cristianismo educa desde la infancia para llenarlos de fanatismo y prejuicios. Como únicas virtudes, les inspira un apego tenaz a estas frivolidades, un ardor impetuoso

por dogmas ajenos al bien del Estado y una cólera arrebatada contra quienes no se pliegan a sus despóticas opiniones. Desde entonces, los soberanos encuentran más expeditivo destruir que atraer con suavidad, y su altanero despotismo no se presta a razones. La religión los convence de que la tiranía es legítima y la crueldad meritoria cuando se trata de la causa del cielo.

Así pues, el cristianismo transformó siempre en déspotas y tiranos a los soberanos que lo favorecieron, los representó como divinidades sobre la tierra, hizo respetar sus caprichos como si fueran voluntad del mismo cielo, y les entregó los pueblos como rebaños de

esclavos de los que podían disponer a su gusto. Como contrapartida a su celo por la religión, el cristianismo perdonó frecuentemente a los monarcas más perversos las injusticias, violencias y crímenes y pidió a las naciones soportar en silencio los golpes de su ira, en lugar de protegerlas, so pena de irritar al Altísimo. No nos sorprendamos entonces si, desde que se estableció la religión cristiana, vemos a tantas naciones soportar a tiranos devotos sin otro mérito que una ciega sumisión a la religión y que, por lo demás, se permitieron los crímenes más indignantes, la tiranía más espantosa, los excesos más vergonzosos y las licencias más desenfrenadas.

Cualesquiera que fuesen las injusticias, opresiones y rapiñas de los soberanos religiosos o hipócritas, los sacerdotes se preocuparon de contener a sus súbditos.

No nos asombremos tampoco al ver a tantos príncipes incapaces o malvados sostener, a su vez, los intereses de una religión de la que su desviada política tenía necesidad para que apoyara su autoridad. Los reyes no habrían necesitado en absoluto la superstición para gobernar a sus pueblos, si se hubieran conducido con equidad, luces y virtudes, si hubieran conocido y practicado sus verdaderos deberes y si se hubieran ocupado realmente del bienestar de sus súbditos. Pero, como es

más fácil someterse a los ritos que tener talento o practicar la virtud, el cristianismo encontró en los príncipes con demasiada frecuencia apoyos decididos a sostenerlo, e incluso verdugos dispuestos a servirlo.

Los ministros de la religión no fueron tan complacientes con los soberanos que se negaron a hacer causa común con ellos, abrazar sus disputas o servir a sus pasiones. Se sublevaron contra aquellos que quisieron resistirse a su influencia, castigarlos por sus excesos, conducirlos hacia la razón, moderar sus ambiciosas pretensiones y cuestionar su *inmunidad*. Los sacerdotes gritaron entonces que eso era *impiedad* y *sacrilegio* y pretendieron

que el soberano *metía la mano en el incensario* y usurpaba los derechos otorgados por Dios mismo. En suma, los ministros intentaron sublevar a los pueblos contra la autoridad más legítima y armaron a los fanáticos contra los soberanos, desfigurados como tiranos por no haberse sometido a la Iglesia. El cielo siempre estuvo dispuesto a vengar las injusticias hechas a sus ministros; éstos sólo se sometieron y predicaron la sumisión a otros cuando se les permitió compartir la autoridad o fueron demasiado débiles para oponerse. Ésta es la razón de que en el nacimiento del cristianismo veamos a sus apóstoles, carentes de poder, predicar la

subordinación; pero desde el momento en que se vio apoyado, predicó la persecución; y desde el momento en que se vio poderoso, predicó la revuelta, depuso reyes y los hizo degollar.

En todas las sociedades civilizadas en las que se ha establecido el cristianismo existen dos fuerzas rivales que luchan continuamente entre sí y cuyo combate suele desgarrar al Estado. Los súbditos se dividen, unos combaten por su soberano y otros luchan, o creen luchar, por su Dios. Mientras a los sacerdotes les esté permitido envenenar el espíritu de los pueblos con fanatismo y prejuicios, quienes combaten por su Dios seguirán venciendo. Si se ilustra a los súbditos, se

evitará que se entreguen al fanatismo, y si se los libera poco a poco del yugo de la superstición, disminuirá el poder sacerdotal, que en un país ignorante cubierto de tinieblas siempre carecerá de límites y será más fuerte que el de los reyes.

Pero la mayor parte de los soberanos temen que se ilustre a los hombres. Cómplices de los sacerdotes, se unen a éstos para aplastar la razón y perseguir a todo aquél que tiene el valor de proclamarla. Ciegos respecto a sus propios intereses y a los de sus naciones, sólo esperan controlar a esclavos, a quienes los sacerdotes arrebatarán la razón a su gusto. También vemos reinar

una vergonzosa ignorancia y una falta total de valor en los países donde el cristianismo domina de forma absoluta: los soberanos, aliados con sus sacerdotes, parecen conjurados para conseguir la ruina de la ciencia, las artes y la industria, que sólo pueden ser hijas de la libertad de pensamiento. Entre las naciones cristianas, las menos supersticiosas son las más libres, poderosas y felices. En los países donde el despotismo espiritual está aliado con el despotismo temporal, los pueblos se estancan en la inacción, la pereza y el letargo. Los pueblos de Europa que se jactan de poseer la fe más pura no son, desde luego, ni los más florecientes ni los más poderosos: los

soberanos, esclavos ellos mismos de la religión, dirigen sólo a otros esclavos, que no tienen la suficiente energía y valor para enriquecerse y trabajar por el bienestar del Estado. En este tipo de países sólo el clero es opulento, el resto languidece en la más profunda indigencia. Pero ¿qué le importan la fuerza y el bienestar de las naciones a una religión que quiere que sus seguidores no se ocupen de su felicidad en este mundo, considera dañinas las riquezas y predica un Dios pobre, recomienda la bajeza de alma y la mortificación de los sentidos? Es, sin duda, por haber obligado a los pueblos a practicar esas máximas por lo que los sacerdotes se han apoderado de la

mayor parte de las riquezas en varios Estados cristianos y viven espléndidamente, mientras el resto de los ciudadanos alcanza la salvación en la miseria[68].

Éstas son las ventajas que la religión cristiana procura a las sociedades civilizadas: forma un Estado independiente dentro del Estado, convierte a los pueblos en esclavos, favorece la tiranía de los soberanos que son complacientes con ella y hace a sus súbditos rebeldes y fanáticos cuando estos soberanos no la complacen. Cuando se lleva bien con la política, aplasta, envilece y empobrece a las naciones privándolas de ciencia e industria. Cuando se aparta

de ella, convierte a los ciudadanos en insociables, tumultuosos, intolerantes y rebeldes.

Si examinamos en detalle los preceptos de esta religión y las máximas que se derivan de sus principios, veremos que prohíbe todo aquello que puede hacer florecer un Estado. Hemos visto ya las ideas de imperfección que el cristiano asocia al matrimonio y la estima en que tiene al celibato: estas ideas no están hechas para favorecer a la población, que es, sin lugar a dudas, la primera fuente de poder de un Estado.

El comercio no es menos contrario a las miras de una religión cuyo fundador pronuncia el anatema contra los ricos y

los excluye del reino de los cielos. La industria está igualmente prohibida a los cristianos perfectos, que llevan una vida provisional en la tierra y jamás deben ocuparse del mañana[69].

¿No es preciso que un cristiano sea tan temerario como inconsecuente cuando consiente en servir en el ejército? Un hombre que nunca puede suponer que es grato a su Dios o que se halla *en estado de gracia*, ¿no es un extravagante al exponerse a la condenación eterna? Un cristiano, caritativo con su prójimo y que debe amar a sus enemigos, ¿no se hace culpable del mayor de los crímenes cuando da muerte a un hombre cuya situación ignora y al que puede precipitar

al infierno de un solo golpe[70]? Un soldado es un monstruo para el cristianismo, a menos que combata por la causa de Dios. Si muere entonces, pasa a ser un mártir.

El cristianismo declaró siempre la guerra a las ciencias y a los conocimientos humanos, y éstos fueron contemplados como un obstáculo para la salvación: *la ciencia envanece*, dijo un apóstol. A los hombres, que deben someter su razón al yugo de la fe, no les hace falta ni razón ni estudio. Según el testimonio de los cristianos, los fundadores de su religión fueron hombres toscos e ignorantes: sus discípulos no deben ser más preclaros que

ellos para admitir las fábulas y fantasías que les han transmitido esos ignorantes reverenciados. Se ha señalado siempre que los hombres más ilustrados sólo son, por lo común, malos cristianos. Además de que la ciencia puede socavar la fe, desvía al cristiano de *la obra de salvación*, la única verdaderamente necesaria. Si la ciencia es útil para la sociedad civilizada, la ignorancia lo es mucho más para la religión y sus ministros. Los siglos desprovistos de ciencia e industria fueron *siglos de oro* para la Iglesia de Jesucristo. Fue entonces cuando los reyes fueron más sumisos, y los ministros de la Iglesia coparon todas las riquezas de la sociedad. Los sacerdotes de una secta muy

numerosa quieren que los hombres que les son sumisos ignoren incluso los libros santos que contienen las reglas que deben seguir. Su conducta es, sin duda, muy sabia: la lectura de la Biblia es la más propicia para desengañar a un cristiano de su respeto por la Biblia [71]

En resumen, ninguna sociedad civilizada podría existir si siguiera rigurosamente las máximas del cristianismo. Si se pone en duda esta afirmación, escúchese lo que dicen los primeros doctores de la Iglesia: se comprobará que su moral es totalmente incompatible con la conservación y el poder de un Estado. Se verá que, según Lactancio, ningún hombre puede ser

soldado; según san Justino, ningún hombre debe casarse; según Tertuliano, ningún hombre puede ser magistrado; según san Juan Crisóstomo, ningún hombre debe comerciar; según muchos de ellos, ningún hombre debe estudiar. En fin, uniendo estas máximas a las del Salvador del mundo, resultará que un cristiano que persiga su perfección, de acuerdo con su deber, será el miembro más inútil a su país, su familia y todos los que lo rodean: un contemplador ocioso que no piensa más que en la otra vida, no tiene nada en común con los intereses de este mundo, y sólo quiere salir de él cuanto antes[72].

Escuchemos a Eusebio de Cesarea y

veamos si el cristiano no es un verdadero fanático del que la sociedad no puede sacar ningún provecho: "El género de vida de la Iglesia cristiana va más allá de nuestra naturaleza presente y de la vida común de los hombres. No buscamos en ella bodas, niños o riquezas; es totalmente extraña al modo de vivir humano, sólo se vincula al culto divino y sólo se entrega al inmenso amor de las cosas celestiales. Quienes la siguen de este modo, casi desvinculados de la vida mortal y no teniendo más que sus cuerpos sobre la tierra, están en espíritu en el cielo, lo habitan ya como las inteligencias puras y celestes, y desprecian la vida de los demás hombres"[73]. Un hombre totalmente

convencido de las verdades del cristianismo no puede, desde luego, ligarse a nada de aquí abajo: para él todo es una ocasión de caída o, al menos, una distracción de la tarea de pensar en su salvación. Si los cristianos no fueran, por fortuna, inconsecuentes, no se desviaran continuamente de sus sublimes especulaciones y no renunciaran a su fanática perfección, ninguna sociedad cristiana podría subsistir, y las naciones, iluminadas por el Evangelio, regresarían al estado salvaje. Sólo veríamos a seres feroces para quienes el vínculo social estaría enteramente roto, dedicados exclusivamente a rezar y gemir en este valle de lágrimas y ocupados en tratar de

hacerse infelices a sí mismos y a los demás a fin de merecer el cielo.

En definitiva, una religión cuyas máximas tienden a hacer a los hombres intolerantes, a los soberanos perseguidores y a los súbditos esclavos o rebeldes, una religión cuyos dogmas oscuros son eternos motivos de disputa, y cuyos principios descorazonan a los hombres y les impiden ocuparse de sus verdaderos intereses, una religión semejante, digo, es destructiva para cualquier sociedad.

15

Sobre la Iglesia o el clero de los cristianos

Siempre ha habido hombres que han sabido sacar provecho de los errores de la tierra. Los sacerdotes de todas las religiones han encontrado el medio de cimentar su propio poder, sus riquezas y

su grandeza en los miedos del vulgo, pero ninguna religión ha tenido tantas razones como el cristianismo para esclavizar los pueblos al clero. Los primeros predicadores del Evangelio, los apóstoles, los primeros sacerdotes de los cristianos, son descritos como hombres divinos; inspirados por el espíritu de Dios, con el que comparten su omnipotencia. Aunque no todos sus sucesores gozan de las mismas prerrogativas, el cuerpo de sus sacerdotes, o Iglesia, es continuamente iluminada, en opinión los cristianos, por el Espíritu Santo, que jamás lo abandona. Goza colectivamente de infalibilidad y, por consiguiente, sus decisiones resultan

tan sagradas como las de la propia divinidad o son fruto de una revelación continua.

Según estas ideas tan importantes que nos da el cristianismo acerca del clero, éste debe dirigir las naciones en virtud de los derechos que emanan del mismo Jesucristo, no ha de encontrar ningún obstáculo a sus caprichos y ha de doblegar a los reyes a su autoridad. No nos sorprendamos, por tanto, del inmenso poder ejercido en el mundo por los sacerdotes cristianos durante tanto tiempo. Debía ser ilimitado, pues se fundaba en la autoridad del Todopoderoso; debía ser despótico, ya que los hombres no tienen el derecho de

restringir el poder divino; y debía degenerar en abuso, porque los sacerdotes que lo ejercieron fueron hombres embriagados y corrompidos por la impunidad.

En el origen del cristianismo, los apóstoles predicaron el Evangelio a judíos y gentiles en virtud de la misión de Jesucristo. Como hemos visto, la novedad de su doctrina les proporcionó, numerosos seguidores entre el pueblo. Los nuevos cristianos, llenos de fervor por estas nuevas opiniones, formaron en cada ciudad congregaciones que fueron gobernadas por hombres elegidos por los apóstoles, que, habiendo recibido la fe de primera mano, conservaron siempre el

derecho de inspección sobre las diversas sociedades cristianas que habían formado. Éste parece ser el origen de los *obispos* o *inspectores* que se han perpetuado en la Iglesia hasta nuestro días, origen del que se vanaglorian los príncipes de los sacerdotes del cristianismo moderno[74]. Es sabido que, al nacer esta secta, sus asociados ponían sus bienes en común. Parece que fue una obligación exigida rigurosamente, pues dos de los nuevos cristianos cayeron muertos por orden de san Pedro por haberse guardado algunos bienes. Los fondos de la comunidad estaban a disposición de los apóstoles y, después de éstos, de los *inspectores* u *obispos* o *sacerdotes* que los reemplazaron.

Y como es necesario que el sacerdote *viva del altar*, es verosímil que estos obispos se retribuyeran a sí mismos del erario público por sus enseñanzas. Quienes intentaron nuevas conquistas espirituales estuvieron obligados, seguramente, a contentarse con las aportaciones voluntarias de quienes convertían. En cualquier caso, los tesoros amasados por la crédula piedad de los fieles se convirtieron en objeto de la codicia de los sacerdotes e introdujeron la discordia entre ellos: todos quisieron gobernar y disponer de los fondos de la comunidad, y de ahí las intrigas y facciones que vemos originarse en la Iglesia de Dios[75]. Los sacerdotes fueron los primeros que

abandonaron el fervor religioso; la ambición y avaricia debieron desengañarlos pronto de las máximas desinteresadas que predicaban a los demás.

Mientras el cristianismo permaneció en la indigencia y fue perseguido, los obispos y sacerdotes en discordia combatieron sordamente y sus querellas no salieron de su entorno. Pero cuando Constantino quiso consolidarse con la ayuda de una facción muy numerosa, extendida gracias a su clandestinidad, todo cambió en la Iglesia. Los jefes de los cristianos, seducidos por la autoridad y convertidos en cortesanos, se combatieron abiertamente.

Comprometieron a los soberanos en sus querellas, persiguieron a sus rivales y, poco a poco, colmados de honores y riquezas, ya no se reconocía en ellos a los sucesores de los pobres apóstoles o *mensajeros* que Jesús había enviado a predicar su doctrina. Se convirtieron en príncipes que, sostenidos por las armas de la opinión, estaban en disposición de dictar la ley a los mismos soberanos e incendiar el mundo.

Por una fastidiosa imprudencia, el pontificado había sido separado del Imperio por Constantino, y los emperadores tuvieron razones para arrepentirse. El obispo de Roma, ciudad antaño señora del mundo, cuyo sólo

nombre seguía imponiendo respeto al resto de las naciones, supo sacar provecho de los problemas del Imperio, las invasiones de los bárbaros y las debilidades de los emperadores, demasiado alejados para vigilar su conducta. Así, a fuerza de manejos e intrigas, el pontífice romano llegó a sentarse en el trono de los césares. Para él combatieron Emilios y Escipiones. En Occidente fue considerado el monarca de la Iglesia, el obispo universal, el vicario de Jesucristo en la tierra, en suma, el órgano infalible de la divinidad[76].

Aunque estos títulos altivos fueron rechazados en Oriente, el pontífice de los romanos reinó sin competencia sobre la

mayor parte del mundo cristiano. Fue un Dios en la tierra, y por la estupidez de los soberanos se convirtió en árbitro de sus destinos. Fundó una *teocracia*, o gobierno divino, del que fue jefe, y los reyes fueron sus lugartenientes. Los destronó y sublevó a los pueblos contra ellos cuando tuvieron la audacia de desafiarlo. En definitiva, sus armas espirituales fueron más fuertes, durante largos siglos, que las temporales: estuvo en disposición de distribuir las coronas, siempre fue obedecido por las naciones embrutecidas, dividió a los príncipes a fin de reinar sobre ellos y su imperio duraría todavía hasta hoy si el progreso de las luces, de las que los soberanos parecen,

sin embargo, tan enemigos, no los hubiera frenado poco a poco, o si los soberanos, inconsecuentes con los principios de su religión, no hubieran atendido a su ambición más que a su deber[77]. Efectivamente, si los ministros de la Iglesia han recibido su poder del mismo Jesucristo, oponerse a sus representantes es rebelarse contra éste. Los reyes, al igual que los súbditos, no pueden sustraerse a la autoridad de Dios sin cometer un crimen: la autoridad espiritual, que proviene del monarca celestial, debe estar por encima de la temporal, que proviene de los hombres. Un príncipe realmente cristiano debe ser un servidor de la Iglesia o el primer

esclavo de los sacerdotes.

No nos sorprendamos, pues, si, en los siglos de ignorancia, los sacerdotes tuvieron más poder que los reyes y fueron obedecidos siempre con preferencia por los pueblos, más ligados a los intereses del cielo que a los de la tierra[78]. En las naciones supersticiosas, la voz del Altísimo y sus intérpretes debe ser más escuchada que la del deber, la justicia y la razón. Un buen cristiano sumiso a la Iglesia debe ser ciego e irracional cuando la Iglesia lo ordene, pues ésta tiene el derecho de volvernos absurdos y ordenarnos crímenes.

Por otro lado, los hombres cuyo poder en la tierra proviene de Dios

mismo no pueden depender de ningún otro poder: de este modo, la independencia de los cristianos respecto al clero está fundada sobre los principios de su religión, y supo siempre valerse de ellos. No hay que sorprenderse si los sacerdotes del cristianismo, enriquecidos y dotados por la generosidad de reyes y pueblos, no reconocieron la verdadera fuente de su opulencia y privilegios. Los hombres pueden quitar lo que han dado por imprevisión o temor. Las naciones, tras abandonar el error de sus prejuicios, podrían un día reclamar contra esas donaciones arrancadas mediante el miedo, o sorprendidos por la impostura. Los sacerdotes sintieron todos esos

inconvenientes y pretendieron, por tanto, que vivían de Dios y no de lo que los hombres les habían otorgado y, por un sorprendente milagro, se les creyó[79].

Así, los intereses del clero fueron separados de los de la sociedad. Los hombres consagrados a Dios y elegidos para ser sus ministros dejaron de ser ciudadanos y no se confundieron con los súbditos profanos; las leyes y los tribunales civiles no tuvieron ningún poder sobre ellos y sólo fueron juzgados por hombres de su propia corporación. Por esta razón, los mayores excesos permanecieron a menudo impunes, y su persona, sometida sólo a Dios, resultó inviolable y sagrada[80]. Los soberanos

fueron obligados a defender las posesiones de los sacerdotes y protegerlas sin que éstos contribuyeran al erario público, o únicamente en la medida en que convino a sus intereses. En definitiva, esos hombres reverenciados fueron impunemente dañinos y malvados y vivieron en las sociedades sólo para devorarlas, con el pretexto de alimentarlas con sus enseñanzas y rezar por ellas.

¿Qué fruto han extraído las naciones de sus enseñanzas desde hace 18 siglos? ¿Han podido esos hombres infalibles ponerse de acuerdo entre ellos sobre los puntos más esenciales de una religión revelada por la divinidad? ¿Qué extraña

revelación es la que tiene necesidad de comentarios e interpretaciones continuas? ¿Qué pensar de esas divinas Escrituras que cada secta entiende de manera tan diversa? Los pueblos alimentados incesantemente con la enseñanza de tantos pastores e iluminados con las luces del Evangelio no son ni más virtuosos ni más instruidos sobre el asunto que más les importa. Se les dice que se sometan a la Iglesia, pero la Iglesia nunca está de acuerdo consigo misma. A lo largo de los siglos se ha ocupado de reformar, explicar, destruir y restablecer su celestial doctrina, y sus ministros crean a su conveniencia nuevos dogmas, desconocidos por los fundadores de la

Iglesia. Cada época ve nacer nuevos misterios, nuevas fórmulas y nuevos artículos de fe. A pesar de las inspiraciones del Espíritu Santo, el cristianismo jamás ha podido conseguir la claridad, simplicidad y solidez que son las pruebas indudables de un buen sistema. Ni los *concilios* ni los *cánones* ni esa infinidad de *decretos* y leyes que forman el código de la Iglesia han podido fijar hasta ahora los objetos de su creencia.

Si un pagano sensato quisiera abrazar el cristianismo, quedaría sumido desde el primer momento en la mayor perplejidad a la vista de las múltiples sectas, cada una de las cuales pretende conducir del modo más seguro a la salvación y ajustarse de la

forma más exacta a la palabra de Dios. ¿Por cual de esas sectas osará decantarse, al ver que se miran con horror y que algunas condenan despiadadamente a otras, que en lugar de tolerarse se atormentan y persiguen, y que las que tienen el poder hacen sentir a sus rivales las crueldades más refinadas y los furores más contrarios a la tranquilidad de las sociedades? Porque, no nos equivoquemos: el cristianismo, poco contento con violentar a los hombres para someterlos exteriormente a su culto, ha inventado el arte de tiranizar el pensamiento y atormentar las conciencias, arte desconocido para todas las supersticiones paganas. El celo de los

ministros de la Iglesia no se limita al exterior: penetran hasta las entrañas, violan insolentemente su santuario impenetrable, y justifican sus sacrilegios e ingeniosas crueldades por el gran interés que se toman en la salvación de las almas.

Éstos son los efectos que derivan necesariamente de los principios de una religión que cree que el error es un crimen digno de la cólera de su Dios. Como consecuencia de estas ideas, los sacerdotes, con el consentimiento de los soberanos, son en ciertos países los encargados de mantener la fe en toda su pureza. Jueces de su propia causa, condenan a las llamas a aquellos cuyas opiniones les parecen peligrosas[81].

Rodeados de delatores, espían las acciones y palabras de los ciudadanos y sacrifican a su seguridad a todos los que les hacen sombra. En estas máximas abominables se fundó la *Inquisición*: quiere encontrar culpables, y para serlo basta con resultarle sospechoso.

Estos son los principios de un tribunal sanguinario, que perpetúa la ignorancia y el letargo de los pueblos en los que la política errónea de los reyes permite vía libre a sus encarnizamientos. En los países que se consideran más ilustrados y libres vemos a obispos que no tienen vergüenza en hacer firmar *fórmulas* y *profesiones de fe* a quienes dependen de ellos y les hacen preguntas

capciosas. ¿Qué digo? Ni las mujeres se libran de sus pesquisas; un prelado quiere conocer qué piensan sobre sutilezas ininteligibles incluso para quienes las han inventado.

Las disputas entre los sacerdotes del cristianismo hicieron surgir animosidades, odios y herejías desde el mismo nacimiento de la Iglesia. Un sistema fundado en maravillas, fábulas y oráculos oscuros debe ser una fuente fecunda de disputas. En lugar de dedicarse a conocimientos útiles, los teólogos nunca se ocuparon de otra cosa que de sus dogmas; y en lugar de estudiar la verdadera moral y dar a conocer a los pueblos sus verdaderos deberes, se

esforzaron por conseguir partidarios. Los sacerdotes cristianos entretuvieron su ociosidad haciendo especulaciones inútiles de una ciencia bárbara y enigmática que, bajo el nombre de ciencia de Dios, o *teología*, se procuró el respeto del vulgo. Este sistema, de una ignorancia presuntuosa, tozudo y calculado, semejante al Dios de los cristianos, es tan incomprensible como él. Así, las disputas nacieron de disputas. A menudo, genios profundos y dignos de lástima se ocuparon plácidamente en sutilezas pueriles, cuestiones ociosas y opiniones arbitrarias que, lejos de ser útiles a la sociedad, sólo consiguieron turbarla. Los pueblos entraron en

querellas que jamás entendieron, y los príncipes defendieron a los sacerdotes a quienes quisieron favorecer. A golpes de espada decidieron la ortodoxia, y el partido que eligieron aplastó a los otros, ya que los soberanos se creían siempre obligados a inmiscuirse en las disputas teológicas. No se dieron cuenta de que, al hacerlo, les otorgaban importancia y peso; y los sacerdotes cristianos siempre pidieron ayuda humana para sostener opiniones cuya duración consideraban, no obstante, garantizada por Dios. Los héroes que encontramos en los anales de la Iglesia nos muestran sólo a fanáticos testarudos víctimas de sus locas ideas o a perseguidores furiosos que trataron a sus

enemigos con la mayor inhumanidad o a facciosos que perturbaron las naciones. El mundo de la época de nuestros padres se despobló por defender extravagancias que producen risa a una posteridad no menos insensata que ellos.

En casi todos los siglos se lamentaron abiertamente los abusos de la Iglesia y se habló de corregirlos. A pesar de esta supuesta reforma *en la cabeza y en los miembros de la Iglesia*, ésta siempre fue corrupta. Los sacerdotes, codiciosos, turbulentos y sediciosos, hicieron gemir a las naciones bajo el peso de sus vicios, y los príncipes fueron demasiado débiles para hacerlos entrar en razón. Sólo las divisiones y disputas de estos tiranos

disminuyeron la pesadez de su yugo sobre los pueblos y soberanos. El imperio del pontífice romano, tras haber durado muchos siglos, fue al fin quebrantado por irritados fervorosos, súbditos rebeldes que osaron examinar los derechos de ese temible déspota. Algunos príncipes, cansados de su esclavitud y pobreza, abrazaron las opiniones que les posibilitaron apoderarse de los despojos del clero. Así se rompió la unidad de la Iglesia, las sectas se multiplicaron y cada una de ellas combatió por defender su propio sistema.

Los fundadores de esta nueva secta, que el pontífice de Roma trató de *innovadores*, *herejes* e impíos,

renunciaron, a decir verdad, a algunas de sus antiguas opiniones. Pero, contentos con haber dado algunos pasos hacia la razón, nunca se atrevieron a sacudirse por entero el yugo de la superstición: continuaron respetando los libros sagrados de los cristianos, los consideraron como únicas guías de los fieles y pretendieron encontrar en ellos los principios de sus opiniones. En definitiva, pusieron esos libros oscuros, donde cualquiera puede hallar fácilmente todo lo que desee y en los que la divinidad habla con frecuencia en un lenguaje contradictorio, en manos de sus seguidores, quienes, extraviados rápidamente en este laberinto tortuoso,

hicieron surgir nuevas sectas.

De este modo, los jefes de las sectas, los supuestos reformadores de la Iglesia, no hicieron sino entrever la verdad o se aferraron sólo a minucias. Continuaron respetando los oráculos sagrados de los cristianos y reconociendo a su Dios cruel y caprichoso, admiraron su mitología extravagante y sus dogmas opuestos a la razón. Finalmente, adoptaron los misterios más incomprensibles poniendo otros, sin embargo, en entredicho[82]. No hay que extrañarse si, a pesar de las reformas, el fanatismo, las disputas, las persecuciones y las guerras se hicieron sentir en toda Europa. Las ensoñaciones de estos innovadores no hicieron sino

de estos innovadores no hicieron sino sumirla en nuevas desgracias, la sangre corrió por todas partes y los pueblos no fueron ni más razonables ni más felices. Los sacerdotes de todas las sectas siempre quisieron dominar y que sus decisiones se consideraran infalibles y sagradas. Siempre que tuvieron poder, persiguieron; las naciones se prestaron siempre a sus arrebatos y los Estados se tambalearon siempre a causa de sus fatales opiniones. La intolerancia y el espíritu de persecución son la esencia de toda secta que tenga al cristianismo como base: un Dios cruel, parcial, que se irrita por las opiniones de los hombres, no puede concordar con una religión dulce y humana.[83]

humana".

En resumen, en toda secta cristiana el sacerdote ejercerá siempre un poder que puede resultar funesto para el Estado: formará hombres enfervorizados, místicos y fanáticos que provocarán disturbios cada vez que se les haga creer que *la causa de Dios* los reclama, que *la Iglesia está en peligro* y que se trata de combatir por *la gloria* del Altísimo.

También vemos cómo en los países cristianos el poder temporal se halla servilmente sometido al clero, ocupado en ejecutar sus deseos, exterminar a sus enemigos, trabajar por su grandeza y mantener sus derechos, riquezas e inmunidades. En casi todas las naciones sumisas al Evangelio, los hombres más

ociosos, los más sediciosos, los más inútiles y los más peligrosos son los más honrados y mejor recompensados. La superstición del pueblo le induce a creer que nunca hace bastante por los ministros de su Dios. Estos sentimientos son los mismos en todas las sectas[84]. Los sacerdotes se imponen por doquier a los soberanos, fuerzan a la política a plegarse a la religión y se oponen a las instituciones más ventajosas para el Estado. En todas partes, son los instructores de la juventud, a la que llenan desde la infancia de sus tristes prejuicios.

Sin embargo, el clero gozó siempre del más alto grado de riqueza y poder.

del más alto grado de riqueza y poder, sobre todo en las regiones sometidas aún al pontífice romano. La credulidad hizo que se les sometieran los propios reyes; éstos fueron tan sólo los ejecutores de sus deseos, con frecuencia crueles, dispuestos a echar mano de la espada siempre que el sacerdote lo ordenara[85]. Los monarcas de la secta romana, más ciegos que el resto, tuvieron una confianza imprudente en los ministros de la Iglesia, que fue la causa de que se plegaran casi siempre a sus intereses. Esta secta borró a las demás por medio de su furor intolerante y sus atroces persecuciones. Su carácter turbulento y cruel la hizo justamente odiosa a las naciones más razonables, es decir, menos cristianas[86]

decir, menos cristianas.

No nos extrañe: la religión de Roma fue inventada unicamente para hacer al clero todopoderoso. Sus sacerdotes tuvieron el talento de identificarse con la divinidad, la causa de Dios fue siempre la suya, su gloria se convirtió en la gloria de Dios, y sus decisiones fueron oráculos divinos, sus bienes pertenecían al reino del cielo, y su orgullo, avaricia y crueldades fueron legitimadas por los intereses de su señor celestial. Más aún, en esta secta el sacerdote vio cómo el soberano se ponía a sus pies para hacerle una humilde confesión de sus faltas y pedirle reconciliarse con su Dios. Raramente vemos al sacerdote utilizar su

Raramente vemos al sacerdote utilizar su ministerio sagrado para el bienestar de los pueblos; no piensa en reprochar a los monarcas el abuso injusto de su poder, las miserias de sus súbditos o los llantos de los oprimidos. Demasiado tímido o demasiado buen cortesano para hacer tronar la verdad en sus oídos, no les habla de las múltiples vejaciones que sufren las naciones, de los impuestos onerosos que las oprimen, de las guerras inútiles que las destruyen y de las invasiones continuas de los derechos del ciudadano. Estas cosas no interesan a la Iglesia, que sería al menos de alguna utilidad si empleara su poder para poner freno a los excesos de los tiranos supersticiosos[87]. Los terrores del otro mundo serían mentiras perdonables

otro mundo serían mentiras perdonables si sirvieran para hacer temblar a los reyes.

Pero éste no ha sido jamás el objetivo de los ministros de la religión: casi nunca procuraron los intereses de los pueblos, incensaron la tiranía, fueron indulgentes con sus crímenes regios, les proporcionaron expiaciones fáciles y les prometieron el perdón del cielo si defendían sus causas con ardor. En la religión romana, el clero reinó sobre los reyes y, en consecuencia, se aseguró el reinado sobre sus súbditos. La superstición y el despotismo formaron una alianza eterna y unieron sus esfuerzos para convertir a los pueblos en esclavos desdichados. El sacerdote subyugó a los súbditos mediante terrores religiosos para

súbditos mediante terrores religiosos para que el soberano pudiera devorarlos; en recompensa, éste concedió al sacerdote licencia, opulencia y grandeza, y se comprometió a destruir a todos sus enemigos[88].

¿Y qué diremos de esos doctores que los cristianos llaman *casuistas*, esos supuestos moralistas que quisieron medir hasta dónde puede ofender la criatura a su creador sin arriesgar su salvación? Esos hombres profundos enriquecieron la moral cristiana con una ridícula tarifa de pecados: sabían el grado de cólera que provocaba cada pecado en la bilis del Ser supremo. La verdadera moral no tiene más que una medida para juzgar las faltas de los hombres: las más graves son las que

de los hombres: las más graves son las que más perjudican a la sociedad. La conducta que nos perjudica a nosotros mismos es imprudente e irracional, la que daña a otros es injusta y criminal.

Todo, incluso la ociosidad, es recompensado a los sacerdotes cristianos. Ridículas fundaciones mantienen en la holgura a una multitud de holgazanes que devoran a la sociedad sin prestarle ninguna ayuda. Los pueblos, ahogados ya por impuestos, son además atormentados por sanguijuelas que les obligan a comprar muy caras oraciones inútiles o hechas con negligencia. Mientras el hombre de talento, el investigador industrioso y el militar valiente languidecen en la indigencia o no poseen

languidecen en la indigencia o no poseen más que lo necesario, los monjes perezosos y los sacerdotes ociosos gozan de una abundancia vergonzosa para los Estados que la toleran[89].

En suma, el cristianismo hace a las sociedades cómplices de todos los males que les causan los ministros de la divinidad. Ni la inutilidad de sus oraciones, probada por la experiencia de tantos siglos, ni los efectos sangrientos de sus funestas disputas, ni siquiera sus excesos y desenfrenos han podido desengañar todavía a las naciones acerca de estos hombres divinos, de quienes, según creen ingenuamente, depende su salvación.

16 y último
Conclusión

Todo lo dicho anteriormente prueba de la forma más clara que la religión cristiana es contraria a la sana política y al bienestar de las naciones. Sólo puede resultar ventajosa para príncipes desprovistos de luces y virtudes que se

creen obligados a reinar sobre esclavos y que, para despojarlos y tiranizarlos impunemente, se unirán con el clero, cuya función fue siempre la de engañar en nombre del cielo. Pero estos príncipes imprudentes deben recordar que, para alcanzar sus proyectos, no pueden evitar ser a su vez esclavos de los sacerdotes, quienes dirigirán infaliblemente contra ellos sus ejércitos sagrados si no les fueran sumisos o si rechazaran obedecer sus deseos.

Hemos visto más atrás que la religión cristiana, debido a sus virtudes fanáticas, sus perfecciones insensatas y su celo, no es menos perjudicial para la sana moral, la recta razón, la felicidad de los individuos

recta razón, la felicidad de los individuos y la unión de las familias. Es fácil darse cuenta de que un cristiano que se propone como modelo un Dios lúgubre y sufriente debe estar continuamente afligido y ser desgraciado. Si este mundo no es más que un pasaje y esta vida un peregrinaje, sería insensato unirse a nada aquí abajo. Si el Dios de los cristianos se ha ofendido por actos u opiniones de sus semejantes, ellos deberán castigarlos con severidad, si tienen poder; si no lo hacen, les faltarán celo y afecto por su Dios. Un buen cristiano debe huir del mundo o convertirse en alguien incómodo para sí y para los demás.

Estas reflexiones pueden bastar para responder a quienes pretenden que el

responder a quienes pretenden que el cristianismo es útil a la política y la moral, y que sin la religión el hombre no puede tener virtudes ni ser un buen ciudadano. La proposición inversa es, sin duda, más verdadera. Puede asegurarse que un cristiano perfecto, que fuera consecuente con los principios de su religión, que quisiera imitar fielmente a los hombres divinos que ella le propone como modelos, que practicara la austeridad, viviera en la soledad y llevara su delirio, fanatismo y terquedad a la sociedad, un hombre semejante, digo, no poseería ninguna virtud real y sería un miembro inútil al Estado o un ciudadano incómodo y peligroso[90].

Si creemos a los partidarios del

Si creemos a los partidarios del cristianismo, parecería que los países donde esta religión no se ha establecido carecen de moral alguna. Una mirada superficial al mundo nos demuestra, sin embargo, que hay virtudes por todas partes; sin ellas ninguna sociedad civilizada puede subsistir. En las tierras de los chinos, indios y musulmanes hay indudablemente buenos padres, buenos maridos, niños dóciles y agradecidos y súbditos fieles a sus príncipes. Las gentes de bien, al igual que entre nosotros, serían más numerosas si estuvieran bien gobernadas y si una sabia política, en lugar de hacerles aprender desde la infancia religiones insensatas, les diera leyes equitativas, les enseñara una moral

leyes equitativas, les enseñara una moral pura y no la depravada por el fanatismo, las invitara a hacer el bien mediante recompensas y las alejara del crimen mediante castigos notables.

Efectivamente, lo repito, parece como si en todas partes la religión sólo hubiera sido inventada para ahorrar a los soberanos la molestia de ser justos, hacer buenas leyes y gobernar bien. La religión es el arte de embriagar a los hombres con fervor para impedirles que se ocupen de los males con los que sus gobernantes los oprimen aquí abajo. Con la ayuda de las fuerzas invisibles con que se les amenaza, se les fuerza a sufrir en silencio las miserias con que les afligen las fuerzas visibles, y se les da la esperanza de que si

visibles, y se les da la esperanza de que, si consienten en ser infelices en este mundo, serán más felices en otro.

Así la religión ha llegado a ser el recurso más importante de una política injusta y cobarde, que ha creído necesario engañar a los hombres para gobernarlos con mayor facilidad. Que los príncipes ilustrados y virtuosos se alejen de estos medios tan bajos; que conozcan sus verdaderos intereses; que sepan que están unidos a los de sus súbditos, y que no pueden ser realmente poderosos si no cuentan con ciudadanos valientes, activos, trabajadores y virtuosos, aliados a sus señores. Que estos señores sepan, en definitiva, que la alianza con sus súbditos sólo puede estar fundada en el bienestar

solo puede estar fundada en el bienestar que se les procura. Si los reyes estuvieran imbuidos de estas importantes verdades, no habrían tenido necesidad de religión ni de sacerdotes para gobernar las naciones. Que sean justos, equitativos y exactos a la hora de recompensar los talentos y las virtudes y desalentar la inutilidad, los vicios y el crimen, y sus Estados no tardarán en poblarse de ciudadanos útiles que sentirán que su propio interés les invita a servir a la patria, defenderla y querer al soberano, quien pasará a ser instrumento de su felicidad. De este modo, los ciudadanos no tendrán necesidad de revelaciones, misterios, paraísos o infiernos para cumplir con sus deberes.

cumplir con sus deberes.

La moral será siempre vana si no es apoyada por la autoridad suprema. El soberano es quien debe ser el soberano pontífice de su pueblo, sólo a él corresponde la tarea de enseñar la moral, invitar a la virtud, imponer la justicia, dar buenos ejemplos y reprimir los abusos y los vicios. El soberano debilita su poder desde el momento en que permite que se alce en sus Estados una fuerza cuyos intereses son diferentes de los suyos, cuya moral nada tiene en común con la que es necesaria para sus súbditos y cuyos principios contradicen plenamente los que son útiles a la sociedad. Al haber puesto la educación en manos de sacerdotes fervorosos y fanáticos los

sacerdotes fervorosos y fanáticos, los príncipes cristianos no tienen en sus Estados más que a supersticiosos cuya única virtud es la fe ciega, un celo fanático y una sumisión irracional a ceremonias pueriles. En suma, ideas extravagantes que no influyen en su conducta o no la mejoran.

A pesar de las favorables influencias que se atribuyen a la religión cristiana, ¿vemos más virtudes en quienes la profesan que en quienes la ignoran? Los hombres redimidos por la sangre del mismo Dios, ¿son más justos, ordenados y honestos que el resto? Entre esos cristianos tan convencidos de su religión, ¿no encontramos opresiones, rapiñas, fornicaciones y adulterios? Entre esos

fornicaciones y adulterios? Entre esos cortesanos llenos de fe, ¿no vemos intrigas ni perfidias ni calumnias? Entre esos sacerdotes que anuncian a los demás dogmas temibles y terribles castigos, ¿no hallaríamos injusticias, vicios y maldades? Para abreviar, los desdichados conducidos cada día al suplicio por sus excesos, ¿son incrédulos o *escépticos*? Todos esos hombres son cristianos para los que la religión no es un freno, que violan sin cesar los deberes más evidentes de la moral, que ofenden conscientemente a su Dios, al que saben que han irritado, y que, en el momento de su muerte, se jactan de poder aplacar mediante un arrepentimiento tardío al mismo cielo que han ultrajado durante toda su vida.

que han ultrajado durante toda su vida.

No negaremos, sin embargo, que la religión cristiana es algunas veces un freno para ciertas almas timoratas que no tienen el ímpetu ni la infausta energía que llevan a cometer grandes crímenes, ni la dureza que hace contraer el hábito del vicio. Pero estas almas tímidas habrían sido honradas incluso sin religión. El temor a volverse odioso a sus semejantes, exponerse a su desprecio y perder la reputación habrían refrenado igualmente a este tipo de hombres. Quienes son tan ciegos como para despreciar estas consideraciones, las despreciarán igualmente a pesar de todas las amenazas de la religión.

No puede negarse tampoco que el

No puede negarse tampoco que el temor a un Dios que ve los pensamientos más secretos de los hombres sea un freno para muchas personas, pero este freno, cuyo propósito es evitar todo lo que perjudique a la sociedad, nada puede contra las fuertes pasiones, cuya característica es cegarnos respecto a todo cuanto es dañino para la sociedad. Por otro lado, un hombre habitualmente honrado no tiene necesidad de ser vigilado para hacer el bien. Teme ser obligado a despreciarse, verse forzado a odiarse, sentir remordimientos, sentimientos terribles para cualquiera que no se haya endurecido con el crimen. Que no se nos diga que sin el temor de Dios el hombre no puede sentir

Dios el hombre no puede sentir remordimientos. Cualquier hombre que haya recibido una educación honesta experimenta forzosamente un sentimiento doloroso mezclado de vergüenza y temor cada vez que examina las acciones deshonestas con las que ha podido embrutecerse. A menudo se juzga con más severidad de lo que lo hacen los demás, teme las miradas de sus semejantes y desearía huir de sí mismo: en esto consiste el remordimiento.

En resumen, la religión no pone a las pasiones de los hombres un freno que la razón, la educación o la sana moral no puedan imponer con mayor eficacia. Si los malvados estuvieran seguros de ser

castigados cada vez que piensan cometer una fechoría, se verían obligados a desistir. En una sociedad bien constituida, el desprecio debería acompañar siempre al vicio, y los castigos al delito; la educación, guiada por el interés público, debería enseñar siempre a los hombres a amarse a sí mismos y temer el menosprecio ajeno y la infamia más que la muerte. Pero esta moral no puede ser del gusto de una religión que obliga a menospreciarse, odiarse, evitar la estima de los demás y complacer a un Dios de conducta inexplicable.

En fin, si la religión cristiana es, como se pretende, un freno para los crímenes inconfesables de los hombres y

ejerce efectos saludables sobre ciertos individuos, ¿son comparables estas ventajas tan extrañas, débiles y dudosas con los males visibles, seguros e inmensos que esta religión ha sembrado sobre la tierra? Algunos crímenes oscuros evitados, algunas conversiones inútiles para la sociedad, algunos arrepentimientos estériles y tardíos y algunas fútiles restituciones, ¿pueden decantar la balanza hacia el lado de la religión si los comparamos con las continuas disensiones, guerras sangrientas, terribles masacres, persecuciones e increíbles crueldades de las que la religión cristiana ha sido causa y pretexto desde su fundación? Esta religión arma a naciones

enteras para su destrucción recíproca, incendia el corazón de millones de fanáticos, lleva la confusión a familias y Estados y riega la tierra con lágrimas y sangre por oponerse a un pensamiento privado que procura ahogar. Después de todo esto, que el sentido común decida qué ventajas aporta a los cristianos la *buena nueva* que su Dios ha venido a anunciarles.

Muchas personas honradas y convencidas de los daños que el cristianismo causa a los hombres no dejan de contemplarlo como un mal necesario que no se puede tratar de arrancar sin peligro. Nos dicen que el hombre es supersticioso y tiene necesidad de

quimeras, y que se irrita cuando se le priva de ellas. Pero yo respondo que el hombre es únicamente supersticioso porque desde la infancia todo contribuye a ello; espera su bienestar de esas quimeras porque su gobierno le niega con demasiada frecuencia las realidades; jamás se irritará contra sus soberanos si le procuran el bien. Y entonces, éstos serán más fuertes que los sacerdotes y su Dios.

Sólo el soberano puede conducir a los pueblos a la razón. Obtendrá su confianza y amor haciéndoles el bien, los desengañará poco a poco de sus quimeras si él mismo se ha desengañado, e impedirá que la superstición haga daño despreciándola, no inmiscuyéndose jamás

en sus fútiles querellas, desuniéndola y autorizando la tolerancia con las diferentes sectas, que se pelearán unas con otras, se desenmascararán y se ridiculizarán mutuamente. En definitiva, la superstición caerá por su propio peso si el príncipe, devolviendo la libertad a las mentes, permite que la razón combata sus locuras. La verdadera tolerancia y la libertad de pensamiento son los auténticos antídotos contra el fanatismo religioso. Valiéndose de ellos, un príncipe será siempre el señor de sus Estados y no compartirá su poder con los sacerdotes sediciosos, que nada podrán contra un príncipe ilustrado, firme y virtuoso. La impostura es timorata y queda desarmada

ante la visión de un monarca que se atreve a menospreciarla y que está sostenido por el amor de sus pueblos y la fuerza de la verdad.

Si una política criminal e ignorante se ha valido casi siempre de la religión para esclavizar a los pueblos y hacerlos desgraciados, que una política virtuosa y más ilustrada la debilite y aniquile poco a poco para hacer felices a las naciones. Si hasta ahora la educación sólo ha servido para formar iluminados y fanáticos, que una educación más sensata forme buenos ciudadanos. Si una moral apoyada en lo maravilloso y fundada en el porvenir no ha sido capaz de poner freno a las pasiones de los hombres, que una moral

establecida sobre las necesidades reales y presentes de la especie humana les demuestre que, en una sociedad bien constituida, la felicidad es siempre recompensa de la virtud, y la vergüenza, el desprecio y el castigo, el coste del vicio y los compañeros del crimen.

Que no teman los soberanos ver a sus súbditos sacados del error de una superstición que los esclaviza y se opone a la felicidad de sus Estados desde hace tantos siglos. Si el error es un mal, que le opongan la verdad. Si el fervor es dañino, que lo combatan con las armas de la razón. Que releguen a Asia una religión alumbrada por la ardiente imaginación de los orientales, que nuestra Europa sea

razonable, feliz y libre, que se vea aquí reinar la moralidad, la actividad, la grandeza de alma, la industria, la sociabilidad y el reposo; que el soberano mande, el súbdito obedezca y ambos gocen de seguridad al amparo de las leyes. ¿No está permitida a la razón la esperanza de que ella difundirá algún día un poder usurpado durante tanto tiempo por el error, la ilusión y el prestigio? ¿No renunciarán jamás las naciones a las esperanzas quiméricas para velar por sus verdaderos intereses? ¿No se sacudirán nunca el yugo de esos altaneros sacerdotes, de esos tiranos sagrados interesados únicamente en los errores de la tierra? No evitemos creerlo: la verdad

debe acabar triunfando sobre la mentira; los príncipes y pueblos, cansados de su credulidad, recurrirán a ella; la razón romperá sus cadenas, y los grilletes de la superstición se quebrarán ante su voz soberana, hecha para ejercer un mando no compartido sobre seres inteligentes.

Amén.

Epílogo

Josep Lluís Teodoro

Holbach, o iluminar desde las sombras

A pesar de su escaso renombre, Paul Henri Thiry, barón de Holbach, es uno de los abanderados del ateísmo ilustrado

de los abanderados del ateísmo ilustrado. El relativo olvido que pesa sobre su persona no se debe al hecho de que su obra no tuviese una amplia difusión; al contrario, sus libros fueron repetidamente motivo de escándalo y censura pública, pero Holbach huyó siempre del protagonismo, escondiéndose detrás de un seudónimo o atribuyendo sus escritos a otros autores, y dando su nombre únicamente a obras científicas sin relación con el debate filosófico.

Holbach nació en 1723 en Edesheim, en el Palatinado, pero la muerte de su padre lo puso bajo la custodia de su tío Franz Adam, rico propietario ennoblecido por la corte de Viena y

residente en París. Tras unos años de estudio en Leiden, el joven Holbach se estableció en la capital francesa en 1749, y al cabo de un año contrajo matrimonio con la hija de una prima, también beneficiada por Franz Adam Holbach y ennoblecida recientemente, Basile-Geneviève d'Aîne. Fue un matrimonio por amor pero marcado por la desgracia, pues en 1754, a los pocos meses de dar a luz a su primer hijo, la joven Basile murió a los 25 años de edad. Alessandro Verri, en una de las cartas a su hermano, recoge el rumor de que fue precisamente este hecho lo que decidió al barón a dedicar sus esfuerzos a la lucha contra el fanatismo religioso:

> Me han dicho que el origen del sistema filosófico del barón y de su ardor por sostenerlo tiene su origen en la pérdida de su primera esposa […] entre los horrores de una eternidad de tormentos […]. Desde entonces, es un ateo furiosísimo.

Aunque un sistema filosófico no traduce necesariamente las vivencias subjetivas de su autor, cabe pensar que este golpe de la fortuna hizo que el joven Holbach reflexionara sobre la bondad divina y la intervención de la providencia en los asuntos humanos. Además, en 1754 murieron también su tío y su suegro, lo que puso en manos de Holbach una considerable fortuna y le

permitió dedicarse enteramente a las cuestiones intelectuales. Desde entonces, tanto su mansión de la rue Saint-Roch como su residencia campestre de Granval se convirtieron en el referente del pensamiento de su tiempo. Por los salones del barón —que se abrían con regularidad todos los jueves y domingos — pasó la crema de la Ilustración europea: Diderot, d'Alembert, Helvétius, Buffon, Marmontel, Raynal, Saint-Lambert, Naigeon o Boulanger se cruzaban con Melchior Grimm, Adam Smith, David Hume, Lawrence Sterne, Edward Gibbon, Benjamin Franklin, Cesare Beccaria, Ferdinando Galiani, etc. Las mentes más libres del momento

gozaban de la conversación más libre, y al mismo tiempo más instructiva y edificante: las agudezas y bromas de otro tenor estaban prohibidas, y era tanta la formalidad del dueño de la casa que un espíritu vivo como Diderot se refería a estas reuniones mundanas como *les dîners de la synagogue*. Naigeon, enciclopedista y agente literario del barón, describe su talante entusiasta:

> Cualquiera que fuera el tema sometido a discusión entre los amigos, [Holbach] infundía sin esforzarse tal entusiasmo en quienes le oían hablar de artes o ciencias que uno no podía separarse de él sin lamentar no haber cultivado esa particular rama del saber.

Codo con codo con la intelectualidad

Codo con codo con la intelectualidad europea, los nobles franceses y los embajadores de los países más importantes del continente —Inglaterra, Dinamarca, Sajonia, Würtenburg, Suecia — se disputaban las invitaciones a los cenas del barón, que gozaba de la consideración de ser en Francia *le premier maître d'hôtel de la philosophie*, en tanto que su mansión se convertía en el primer lugar que visitaban los más importantes personajes de la cultura del momento cuando llegaban a París. Con todo, Holbach no tenía un carácter fácil, y a menudo hacía pagar su malhumor o sus manías de enfermo de aprensión incluso a amigos y cómplices tan estrechos como

Diderot; quizá —como señala uno de sus mayores estudiosos europeos, Sebastiano Timpanaro—, la amargura del barón nacía "del desdén que sentía, al estudiar la historia humana, demasiado llena de dolores y equivocaciones, 'por la atrocidad del hombre y de la naturaleza'".

Entre tanta y tan rica vida social, la actividad subversiva del barón de Holbach permaneció siempre oculta; redactor de 376 artículos de la *Encyclopédie* —entre otros, *prêtres*, *représentant* y *théocratie*—, Holbach tradujo del alemán una treintena de tratados de química, mineralogía y metalurgia que le valieron ser admitido en las Academias de Berlín (1752),

Mannheim (1766) y San Petersburgo (1780). Ahora bien, bajo esta respetable fachada, la prohibición de la *Encyclopédie* a consecuencia del escándalo desatado por la publicación de la obra abiertamente antirreligiosa de Helvétius *De l'esprit*, le llevó a desarrollar entre los años 1760 y 1780 una intensa actividad como ensayista filosófico, redactando, traduciendo o editando las principales obras del pensamiento antirreligioso y ateo del momento, y convirtiéndose en el más importante divulgador del materialismo y el fatalismo filosófico del siglo ilustrado, junto con textos fuertemente críticos con la concepción absolutista del Estado, como *Éthocratie*,

ou le gouvernement fondé sur la morale, de 1776, que se publicará próximamente en esta colección.

Con la ayuda de Diderot y de los hermanos Naigeon, Holbach promovió y financió la aparición clandestina de aproximadamente treinta tratados antirreligiosos y teístas que por su radicalidad conmovieron la Francia del Antiguo Régimen. Entre las traducciones y adaptaciones del inglés encontramos *De l'imposture sacerdotale* de J. Davisson, *L'esprit du clergé*, de John Trenchard, y *Les prêtres démasqués*, de autor anónimo, aparecidas en 1767; a 1768 pertenecen el *Examen des prophéties qui servent de fondement à la religion chrétienne*, de A.

Collins, unas *Lettres philosophiques, sur l'origine des préjugés, du dogme de l'immortalité de l'âme, de l'idolâtrie et de la superstition; sur le système de Spinoza et sur l'origine du mouvement dans la matière*, de J. Toland y el tratado *De la cruauté religieuse*, de autor anónimo; de 1769 es el *Discours sur les miracles* de T. Woolston.

En Francia, la primera publicación que gozó de difusión fue *Le christianisme dévoilé* (*El cristianismo al descubierto*, 1761), seguido el mismo año por las *Recherches sur l'origine du despotisme oriental* y más tarde por *L'antiquité dévoilée par l'usage* (1766) de Boulanger; la *Lettre de Thrasybulle à Leucippe* (1765),

un *Examen critique des apologistes de la religion chrétienne* (1766) y la *Recherche sur les miracles* (1772) de Nicolas Fréret.

Los trabajos más personales del barón son —además de *Le christianisme dévoilé*, del que hablaremos a continuación— la *Théologie portative ou Dictionnaire abrégé de la religion chrétienne* (1768) y la obra que recoge el intento más completo y sistemático de exposición de su materialismo, el *Système de la Nature, ou des loix du monde physique et du monde moral*, atribuida a "M. Mirabaud, secrétaire perpétuel et l'un des quarante de l'Académie française" y aparecida en 1770.

Holbach sobrepasa en abundancia,

amplitud y sistematicidad la obra de otros pensadores materialistas de la época, como Fontenelle, La Mettrie o Fréret. Lo que estos habían esbozado a duras penas en cortos opúsculos, en la obra del barón

es materia de voluminosos tratados, en los que se esfuerza por dar unidad a su

pensamiento y sienta las bases de la explicación antropológica y psicológica del origen de la religión. Las fuentes de Holbach son numerosas y eclécticas;

encontramos algunos préstamos del estoicismo y el epicureísmo antiguos, cuyo teísmo rechaza; de la filosofía de Spinoza, Bayle y, sobre todo, Hobbes —

del que tradujo el tratado *De natura humana*— y, dentro de la filosofía de su

siglo, numerosas influencias del deísmo inglés: Shaftesbury, Toland y Hume y, en el análisis de los derechos del hombre, ideas tomadas de *Dei delitti e delle pene* de Cesare Beccaria. No olvidó tampoco la vertiente social de su crítica, y así dio a luz en 1773 el *Système social, ou principes naturels de la moral et de la politique, avec un examen de l'influence du governement sur les moeurs*, y pocos años después, en 1776, *Ethocratie*. En realidad —como comentaba Diderot en una carta de 1767—, de la *synagogue* de la rue Royale surgió una "nueva biblioteca anticristiana" que abrió nuevas perspectivas a la discusión filosófica, superando con mucho las posiciones de

algunos de los pensadores más importantes del momento.

La voluntad, siempre presente, del barón de ampliar el público receptor de su mensaje le llevó a experimentar con diversos géneros de la literatura filosófica, desde el ensayo teórico más o menos polémico —la presente obra es un buen ejemplo— a la novela epistolar dirigida a un público fundamentalmente femenino —como las *Lettres à Eugénie*, en las que la protagonista se libera poco a poco de las creencias religiosas— o incluso la literatura satírica o humorística, como es el caso de la *Théologie portative*, especie de diccionario en el que se "definen" conceptos religiosos de modo jocoso o

paradójico.

La reacción de las autoridades francesas —por más que desconocieran quién era el autor o promotor de estas ediciones— fue consonante con el ataque que recibían las instituciones, y un decreto del Parlamento de París del 18 de agosto de 1770 condenó los siguientes títulos patrocinados por Holbach: *La contagion sacrée*, *Discours sur les miracles*, *Examen des apologistes*, *Examen impartial des principales religions du monde*, *Le christianisme dévoilé* y *Système de la Nature*, que fueron quemados por el verdugo en una ceremonia pública.

La obra filosófica de Holbach suscita generalmente dos críticas, la primera

concerniente al estilo; la segunda, a su contenido. El barón —decían algunos de sus contemporáneos— escribía incorrectamente; su lengua era árida, duras las construcciones, pesado y reiterativo su estilo. En su *Dictionnaire philosophique*, Voltaire ironizaba sobre la redacción del *Système de la Nature*, cuyo autor desconocía:

> La profusión de palabras es el gran vicio de estilo de casi todos nuestros filósofos y antifilósofos modernos. El *Système de la Nature* es un buen ejemplo. Hay en este libro confuso cuatro veces más palabras de las necesarias.

El delicado *bon goût* volteriano sufría

ante el estilo del barón, que aún habría sido peor sin las continuas correcciones de Naigeon, Lagrange y Diderot, que denominaba a esta actividad *laver le linge sale du baron*. Sin embargo, no conviene exagerar; si bien la pluma del barón no es muy elegante, su redacción es limpia, su estilo incisivo, y expone con precisión y riqueza de vocabulario técnico las ideas que pretende transmitir, aunque no tenga mucho cuidado con las repeticiones de palabras y las construcciones sintácticas.

La segunda crítica, la del contenido, es más importante. Al contrario que Rousseau, Montesquieu o Diderot, el barón de Holbach no es un filósofo mayor de la Ilustración; su pensamiento

no destaca por su originalidad, más bien se limita a combinar ideas tomadas de diversas fuentes, pero con unas características que dan valor a su obra: el radicalismo y la sistematicidad. Holbach es un auténtico operador cultural, un dinamizador del pensamiento que sintetiza, aclara, prepara y difunde incansablemente una certidumbre filosófica: la idea de que la religión no sólo no mejora la vida, sino que pone trabas a nuestra felicidad individual y a nuestro desempeño social como ciudadanos.

Después de enunciar una física determinista basada en la causa y el efecto necesario, Holbach deriva de esta

concepción del mundo natural una ética, en la que destaca una explicación de la naturaleza humana basada en leyes psicológicas que impulsan al hombre a buscar su felicidad por su propio interés.

La ignorancia de los verdaderos intereses del ser humano no sólo es la causa de la infelicidad, sino también de la aparición de conceptos absurdos y nocivos tales como las ideas religiosas. En el análisis de Holbach, la ignorancia más peligrosa es la que atañe a las leyes naturales: "El desconocimiento de las causas naturales —afirma en el *Sistema de la Naturaleza* — ha creado a Dios, y la impostura lo ha hecho terrible. El hombre vive infeliz porque está convencido de que Dios lo

ha condenado a la desgracia".

Le christianisme dévoilé y la herencia de Boulanger

La publicación de *Le christianisme dévoilé* está ligada a la figura de Nicolas-Antoine Boulanger y a su obra *L'antiquité dévoilée par les usages, ou examen critique des principales opinions, cérémonies et institutions religieuses et politiques des différents peuples de la terre*, publicada por Holbach en Amsterdam en 1766. Esta obra, basada en un manuscrito original de Boulanger, apareció con una excelente "carta al editor" sobre la vida y obras de este autor,

escrita por Diderot.

Nicolas-Antoine Boulanger nació en 1722 y cursó estudios de humanidades en el colegio de los jesuitas de Beauvais. En aquel tiempo mostraba pocas aptitudes para las letras, y más tarde sus maestros de infancia se sorprendieron de la penetración e inteligencia a las que había llegado. "Estos ejemplos —afirma Diderot, criticando la pedagogía jesuítica — de niños que se vuelven ineptos entre las manos de unos pedantes que los embrutecen a despecho de la más fértil de las naturalezas, no son infrecuentes, pero siempre sorprenden". Boulanger estudió matemáticas y arquitectura, y ganó una plaza de ingeniero responsable de la

construcción y mantenimiento de caminos y puentes en las regiones de Champaña, Lorena y Borgoña, y más tarde en la de Orleans. Durante este período, compaginó los trabajos al aire libre con estudios de historia, filosofía y lenguas antiguas y modernas. La observación de los estratos del suelo y de los restos fósiles despertó en él la curiosidad por conocer la influencia de estos enormes cataclismos en la formación de las diferentes mitologías y religiones del mundo, y mediante un estudio constante llegó a ser un experto en este campo (redactó significativamente para la *Encyclopédie* los artículos *diluvio*, *impuesto* y *sociedad*). El método de

Boulanger resultó revolucionario. El propio Diderot escribió:

> Si la filosofía ha encontrado tantos tropiezos entre nosotros, es porque hemos comenzado
>
> por donde tocaba acabar, por las máximas abstractas, por razonamientos generales, por reflexiones sutiles que han sublevado por su extrañeza y su atrevimiento, y que habríamos admitido sin dificultad si hubiesen estado precedidas por la historia de los hechos.

Este vínculo que Boulanger establece entre las revoluciones físicas del planeta, sus cambios orográficos y climáticos, los establecimientos de las primeras

civilizaciones y la aparición de los primeros conceptos culturales

proporcionó a Holbach el método necesario para la crítica de las ideas religiosas. Por esta razón —y también por una elemental prudencia—, tras haber impreso unos pocos ejemplares de *Le christianisme dévoilé* en Nancy en 1761, Holbach encargó en 1767 una segunda edición en Amsterdam, de mayor tirada, atribuida al "difunto señor Boulanger" y con Londres como lugar de publicación. La adjudicación a un autor reconocido y ya muerto contribuyó a desviar las sospechas sobre el verdadero redactor y contribuyó a su difusión. Circulaban copias manuscritas de la primera edición de Nancy, pero el éxito de la obra fue tan rotundo que poco

después de la aparición de la segunda edición los ejemplares clandestinos se vendían a diez escudos y eran introducidos en Francia *sous le manteau* a costa de verdaderos riesgos. En una carta a Sophie Volland de 8 de octubre de 1768, Diderot relata un caso escalofriante:

> Un aprendiz recibió, como pago o por otro motivo, de un vendedor ambulante llamado Lécuyer dos ejemplares de *Le christianisme dévoilé* y vendió uno a su maestro. Este lo llevó al teniente de policía. El vendedor, su mujer y el aprendiz fueron arrestados y puestos en la picota, azotados y marcados; el aprendiz fue condenado a nueve años de galeras, el vendedor a cinco y la mujer a un asilo para toda la vida.

La crítica contemporánea no fue unánimemente favorable con la primera obra personal del barón. Voltaire comenta a Mme. de Saint-Julien en diciembre de 1766:

> Me hacéis saber que en vuestro círculo se me atribuye *Le christianisme dévoilé* del difunto señor Boulanger, pero os aseguro que la gente que está bien enterada no me lo atribuye en absoluto. Le confieso que en la obra hay claridad, calor y algunas veces elocuencia, pero está llena de repeticiones, negligencias y faltas contra la lengua, y estaría muy disgustado de haberla escrito, no solamente como académico sino como filósofo y aún más como ciudadano. […] Es completamente opuesta a mis principios.

> Este libro conduce a un ateísmo que detesto. Siempre he visto el ateísmo como la mayor desviación de la razón, porque es tan ridículo decir que el orden del mundo no prueba [la existencia de] un supremo artista, como lo sería decir que un reloj no prueba la de un relojero.

Voltaire añadía que había escrito en los márgenes de su ejemplar de *Le christianisme dévoilé* gran número de notas que demostraban que "el autor se había equivocado sobre los hechos más esenciales". Las críticas de Voltaire alcanzaban también a las consecuencias políticas de las teorías de Holbach, y opinaba que esas ideas eran esencialmente anarquistas y peligrosas para la sociedad.

Pero Voltaire no hacía un análisis cuidadoso del texto, más bien lo despacha en unas pocas líneas.

Encontramos una crítica más meditada del opúsculo de Holbach en la *Correspondencia literaria* de Grimm, quien en agosto del 1763 comentaba lo siguiente:

> Hay un libro titulado *Le christianisme dévoilé* […], de M. Boulanger. Se ve en seguida que le han dado este título para hacer pareja con el de la *Antiquité dévoilée*, pero no hay que ser muy experto para darse cuenta de que estas dos obras no han salido de la misma pluma. […] ¿De donde viene, pues? Por Dios que me enojaría saberlo, y creo que el autor ha hecho bien en no participar a nadie su secreto. Es el libro más

participar a nadie su secreto. Es el libro más atrevido y terrible que haya aparecido nunca. El prólogo consiste en una carta donde el autor examina si la religión es realmente necesaria o sólo útil para el mantenimiento o el orden de los imperios, y si conviene respetarla bajo este punto de vista. Como concluye que no, emprende en consecuencia la tarea de probar en su obra el absurdo y la incoherencia del dogma cristiano y la mitología resultante, y la influencia de este absurdo en las cabezas y las almas.

Grimm divide la obra de Holbach en tres partes: la primera trata de demostrar la inutilidad de la religión y el absurdo del dogma cristiano; la segunda consiste en probar que la moral cristiana no tiene ninguna superioridad sobre el resto de religiones del mundo, y que sólo es

adecuada para exaltados que no cumplen sus deberes cívicos con la sociedad; y la tercera pretende demostrar que la religión cristiana ha tenido los más funestos efectos políticos y que el género humano le debe todas las desgracias que ha soportado en los últimos dieciocho siglos.

Si esta división de Grimm es muy justa, también la crítica al estilo del autor es bastante ecuánime:

> Este libro está escrito con más vehemencia que verdadera elocuencia; arrastra. Su estilo es justo y correcto, aunque algo duro y seco; su tono es grave y sostenido. No se aprende nada nuevo, y sin embargo absorbe e interesa. Pese a su increíble temeridad, no se

puede negar al autor la cualidad de hombre de bien, hondamente interesado en la felicidad de su especie y la prosperidad de las sociedades; pero creo que las buenas intenciones serían una salvaguardia muy endeble contra los mandamientos y las requisitorias.

No todos los lectores de *Le christianisme dévoilé* tenían una opinión tan moderada. La Iglesia reaccionó con rapidez ante un ataque que consideraba peligroso. Además de promover una investigación en el Parlamento de París para averiguar quién era el autor de la obra, el abate Bergier, conocido polemista que se oponía a la filosofía ilustrada, se encargó de redactar una

contestación formal: *Apologie de la religion chrétienne contre l'auteur du Christianisme dévoilé*, que apareció en París en 1769 y tuvo una segunda edición en 1771. Este largo trabajo —más de 800 páginas en dos volúmenes— repasa de manera exhaustiva los capítulos de la obra de Holbach y se esfuerza en desactivar las opiniones del autor, sin dejar de atacar a todo el conjunto de pensadores promotores de aquellas luces que, a juicio del abate Bergier, habían hecho de su siglo el más tenebroso de la historia. El capítulo XVI de la *Apologie*, último de la obra, concluye con una profecía que no tardaría en verse desmentida por los hechos:

> Tenemos garantías seguras de nuestras esperanzas: en tanto la augusta sangre de san Luis se siente en el trono, no habrá que temer ninguna revolución, ni en la religión ni en la política. La religión cristiana fundada sobre la palabra de Dios […] triunfará sobre los nuevos filósofos. Dios, que vela por su obra, no tiene necesidad de nuestras endebles manos para sostenerla.

La revolución de 1789 —que Holbach no llegó a ver consolidada, pues murió en enero de aquel mismo año— extendió por toda Europa los ideales de libertad individual, tolerancia y respeto que los filósofos del siglo XVIII se habían esforzado en enunciar. Pero la tarea no era nada fácil. Aún hoy, las "luces" de la

era nada fácil. Aún hoy, las "luces" de la razón no han llegado a todos los rincones y en muchos casos luchan reñidamente con prejuicios y creencias que a veces parecen reavivarse con intensidad.

La revitalización de las actitudes religiosas en las sociedades actuales no significa que los contenidos doctrinales de las viejas confesiones hayan recuperado fuerza y validez; al contrario, las propuestas de la fe y los planteamientos seculares cada vez parecen más separados. ¿A qué es debido, pues, este relativo renacimiento del fanatismo religioso que vemos en personas de confesiones y pueblos diversos? Este renacimiento sólo encuentra explicación

en términos de psicología individual y social, en función de la profunda deslegitimación de las estructuras de poder tradicionales, que ha alterado la estabilidad de los marcadores económicos, sociales y culturales que delimitan los canales de la actividad cotidiana de las personas.

Del mismo modo que la secularización progresiva de las sociedades industriales comportó la deslegitimación de las estructuras tradicionales de poder —que descansaban sobre sanciones religiosas y monarquías divinas— y las sustituyó por la representación democrática, actualmente la insatisfacción continua de las esperanzas

de una distribución más equitativa de la riqueza y una extensión de los derechos humanos han conducido a la invalidación del consenso existente sobre la capacidad del sistema democrático para organizar la sociedad y dotar de sentido a las instituciones. Lo vemos sobre todo en las sociedades poscoloniales, pero también entre los más desfavorecidos de la vieja Europa y EE UU. En esta situación de indefinición, "regresar a Dios" es una vía rápida para intentar restaurar de alguna manera la estabilidad social y generar sentimientos de seguridad y solidaridad. No es sorprendente, por tanto, que esta nueva religiosidad esté en muchos casos muy separada de las respectivas doctrinas.

El pensamiento científico ha desautorizado buena parte de las premisas religiosas, de manera que hoy son mayoría quienes —aun considerándose creyentes— sólo participan de manera emocional, alejándose instintivamente de unos dogmas que el avance de las ciencias y el pensamiento racional han hecho inverosímiles, y de unos contenidos morales que la sociedad ha superado hace tiempo.

En este contexto, el pensamiento de Holbach encuentra su lugar y vigencia en tanto ataca la causa psicológica del mantenimiento de las ideas religiosas: el temor y la inseguridad. Para Holbach, lo que ha creado las supersticiones y las ideas

religiosas es la existencia del mal. El mal —el dolor, la muerte, la enfermedad, es decir, el mal como impedimento tangible de la felicidad— existe, pero tiene una función necesaria, pues impulsa a la humanidad a transformarse y progresar. La religión es un tropiezo en el progreso porque oculta las verdaderas causas naturales del mal y mantiene al hombre en un temor continuo a la muerte. Sólo el estudio y la educación permiten al hombre alcanzar el objetivo final propuesto por la naturaleza: la felicidad en este mundo. La virtud y la moral nacen forzosamente de la vida en sociedad, que no es sino la aceptación de un pacto de convivencia y mutua ayuda,

no en base a unos premios que veremos en la otra vida sino gracias a las necesidades de autoconservación de las personas cuerdas.

Un hecho que sorprende en la obra de Holbach, y que comparte con casi la totalidad de los escritores ilustrados, es su feroz antisemitismo. Holbach, partidario de la emancipación de las minorías, que había saludado la independencia de los EE UU de América y hablaba de la esclavitud como de una mancha para la especia humana, llena, sin embargo, numerosas páginas de su obra con descalificaciones generales del pueblo judío, al que caracteriza como "el más ignorante, el más estúpido, el más

abyecto”, “ciegamente atado a sus supersticiones”. El sentido de este menosprecio es difícil de entender, ya que tiene diversas fuentes. Por un lado, la lucha contra el poder de la Iglesia y su influencia en las conciencias. Los hombres de la Ilustración, conscientes de todo lo que el cristianismo debe al udaísmo, ven en éste el origen de la situación presente. Descalificar al pueblo udío significa, por tanto, descalificar las bases del cristianismo. Por otro lado, encontramos la influencia del antisemitismo antiguo: la animosidad de los autores romanos contra los judíos —único pueblo que no se plegó a su poder — se centraba sobre todo en el rechazo

de los judíos a aceptar el sistema religioso y los valores del mundo grecorromano; los calificativos de *supersticiosos, bárbaros* y *peligrosos*, aparecen en casi todos los autores que escriben sobre ellos.

Los pensadores ilustrados, penetrados de cultura antigua, a la que adjudicaban más valor que a la tradición cristiana, heredaron de modo natural esta visión del pueblo judío, que se convirtió en sus obras en paradigma de la ignorancia, la superstición y el obcecamiento, es decir, en lo más contrario posible al espíritu de las Luces. El antisemitismo de Holbach tiene más bien un componente de actitud que racial. La crítica del comportamiento de los judíos se extiende también con los

mismos calificativos al fanatismo de los cristianos, a sus mártires, a las guerras de religión modernas. Con todo, este rasgo del pensamiento de Holbach, compartido con la mayoría de los grandes personajes de la Ilustración, es el origen de un cierto antisemitismo "de izquierdas" que aún hoy aparece en el análisis del conflicto arabo-israelí por parte de algunos representantes del pensamiento progresista.

En definitiva, Holbach, en *El cristianismo al descubierto*, debate cuestiones tan actuales como el valor cívico de la educación laica, la responsabilidad del Estado en la educación para la ciudadanía, la

necesidad de la tolerancia religiosa o la separación del sentimiento religioso de la práctica política, opuesta a la tradicional unión del trono y el altar. Sus opiniones, expresadas con valentía, simplicidad y sincera fogosidad, no han perdido nada de su vigencia.

Bibliografía recomendada

Blom, Philipp, *Encyclopédie, el triunfo de la razón en tiempos irracionales*, Anagrama, Barcelona, 2007.

Kors, Alan, *D'Holbach's Coterie*, Princeton University Press,

Princeton, 1976.

Ladd, Everett C., Jr., "Helvetius and d'Holbach", *Journal of the History of Ideas*, 23, 2, 1962, págs. 221-238.

Pearson Cushing, M., *Baron d'Holbach: A Study of Eigtheenth Century Radicalism in France*, www.blackmask.com, 2002.

Sandrier, Alain, *Le style philosophique du baron d'Holbach; conditions et contraintes du proselytisme athée en France*, Champion, París, 2004.

Timpanaro, Sebastiano, *Sul materialismo*, Unicopli, Milán, 1997.

Vercruysse, J., *Bibliographie descriptive des écrits du baron d'Holbach*, Les lettres Modernes, París, 1971.

lettres Modernes, Paris, 1974.

Este texto es una adaptación a la introducción a la edición catalana de *Le christianisme devoilé* (*El cristianisme sense vels*, Publications de la Universitat de València, Valencia, 2006).

Sobre el autor

Paul Heinrich Dietrich (o Paul-Henri Thiry, en su versión francesa), barón de Holbach, nació en 1723 en Edesheim, Palatinado, territorio alemán fronterizo con Francia. Tras la muerte de su madre, su tío Franz, quien a finales del XVII había emigrado a París consiguiendo amasar

emigrado a París consiguiendo amasar una gran fortuna y el título de barón, se encargó de su educación. Holbach estudió en la Universidad de Leiden, el centro europeo más avanzado en el estudio de las ciencias de la naturaleza y un foco de pensamiento ilustrado y laico en una Holanda relativamente tolerante.

En 1749 volvió a París y se instaló en una gran mansión de la calle Saint-Roch. Holbach colaboró con casi 400 artículos en la *Enciclopedia* de Diderot —en particular sobre física y química—, a la que apoyó económicamente en momentos difíciles, y convirtió sus comidas y tertulias en el salón de Madame d'Holbach («la sinagoga») en un gran centro intelectual frecuentado por

gran centro intelectual frecuentado por Diderot, Voltaire, D’Alembert, Rousseau, Buffon y muchos extranjeros de paso por París (David Hume, Benjamin Franklin, Laurence Sterne, etc.). Holbach se convirtió en el gran promotor y difusor de las ideas ateas en la Europa ilustrada. De todos sus libros, el más importante es *Sistema de la naturaleza*, una de las obras fundamentales del movimiento ilustrado y la cultura europea, que en el momento de su publicación provocó una conmoción como pocas obras filosóficas lo han hecho. Holbach murió en París en 1789, en vísperas de la revolución.

Sobre el autor del epílogo

Josep Lluís Teodoro es doctor en Filología clásica y profesor de secundaria. Ha traducido y editado textos de los siglos XVI al XVIII, con especial interés por los autores de la Ilustración. Actualmente

se dedica a la recuperación de textos latinos clandestinos de carácter filosófico y político del Barroco y la Ilustración. Desde 2003 es profesor asociado de la Universidad de Valencia.

Sobre el director de la colección "Los ilustrados"

José Manuel Bermudo es catedrático de
José Manuel Bermudo es catedrático de
Filosofía Política en la Facultad de

Filosofía de la Universidad de Barcelona. Desde 1971 su actividad docente se centró en la filosofía moderna; el resultado de la misma son buena parte de sus publicaciones. Libros como *Diderot*, *La Filosofía moderna y sus proyecciones contemporáneas* o *Filósofos ilustrados. Helvétius y D'Holbach*. Ha traducido y editado importantes textos clásicos escritos en aquel período por Holbach, Helvétius, Diderot, Rousseau y Condillac. Actualmente dirige el grupo de investigación Crisis de la razón práctica, que trabaja en un programa amplio centrado en la crisis contemporánea de la razón política, y coordina el Seminario de Filosofía

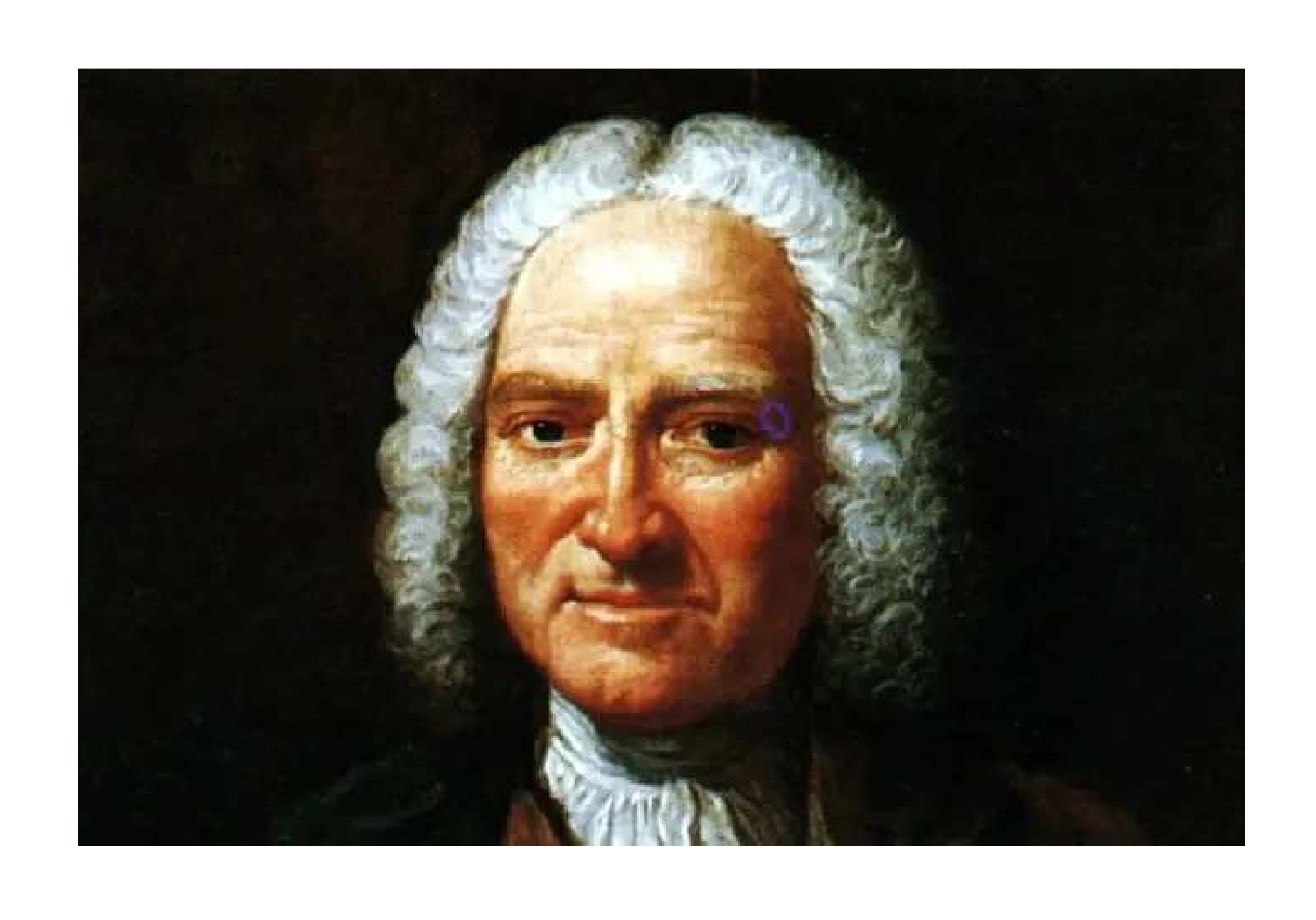
coordina el Seminario de Filosofía Política, constituido por profesores, graduados y doctorandos.

Sobre los traductores

Joaquín Fortanet es licenciado en Filosofía por la Universidad de Barcelona y miembro del consejo de dirección de la revista electrónica de filosofía *Astrolabio*. En 2004 obtuvo el premio de pensamiento Ramon Lull en la categoría de doctorado

de doctorado.

Rosa Martínez González es diplomada en teoría de la literatura por la Universidad de Zaragoza y licenciada en Filosofía por la Universidad de Barcelona. Realiza su tesis doctoral sobre Maurice Blanchot.



BARÓN DE HOLBACH. Paul Henri

Thiry, nacido como Paul Heinrich Dietrich von Holbach (Edesheim, 8 de diciembre de 1723 - París, 21 de enero de 1789) fue un escritor franco-alemán, filósofo, enciclopedista y figura prominente en la Ilustración francesa.

Nació en Edesheim, cerca de Landau, en el Palatinado Renano, pero vivió y trabajó principalmente en París, donde mantuvo un salón. Es mejor conocido por su ateísmo y por sus voluminosos escritos contra la religión; el más famoso de ellos es el *Sistema de la naturaleza* (1770).

OBRAS

- *Lettre à une dame d'un certain âge* (1752).
- *Le christianisme dévoilé, ou Examen des principes et des effets de la religion chrétienne*, (Nancy, 1761).
- *La Contagion sacrée, ou Histoire naturelle de la superstition* (Londres, 1768).
- *Lettres à Eugénie, ou Préservatif contre les préjugés*, (1768).
- *Théologie Portative, ou Dictionnaire abrégé de la religion chrétienne* (1768).
- *Essai sur les préjugés, ou De*

l'influence des opinions sur les mœurs & le bonheur des hommes (1770).

- *Système de la nature ou des loix du monde physique & du monde moral* (1770).
- *Histoire critique de Jésus-Christ, ou Analyse raisonnée des évangiles* (1770).
- *Tableau des Saints, ou Examen de l'esprit, de la conduite, des maximes & du mérite des personnages que le christiannisme révère & propose pour modèles* (1770).
- *Le Bon Sens, ou Idées naturelles*

opposées aux idées surnaturelles (Londres, 1772).

- *Politique Naturelle, ou Discours sur les vrais principes du Gouvernement* (1773).

- *Système Social, ou Principes naturels de la morale et de la Politique, avec un examen de l'influence du gouvernement sur les mœurs* (1773).
- *Ethocratie, ou Le gouvernement fondé sur la morale* (Ámsterdan, 1776).
- *La Morale Universelle, ou Les devoirs de l'homme fondés sur la Nature* (1776).

- *Eléments de morale universelle, ou Catéchisme de la Nature* (1790).
- *Essai sur l'art de ramper, à l'usage des courtisans, facétie philosophique tirée des manuscrits de feu M. le baron d'Holbach et insérée dans la Correspondance de Grimm* (París, 1790).

Notas

[1] He puesto al día esta verdad en mis *Recherches sur l'origine du despotisme oriental*. <<

[2] Cuando nos quejamos de los desórdenes de los sacerdotes, se nos cierra la boca diciendo que *hay que hacer lo que ellos dicen y no lo que ellos hacen*. ¿Qué confianza podemos tener en esos médicos que, cuando tienen los mismos males que nosotros, no quieren servirse jamás de los remedios que prescriben? <<

[3] Quintiliano dijo: *Quidquid principes faciunt, praecipere videntur* ("Cualquier cosa que hacen los príncipes es como si lo ordenaran"). <<

[4]

Algunos han creído que, en ciertas ocasiones, el clero podría servir de barrera al despotismo, pero la experiencia es suficiente para probar que el clero nunca se ha preocupado más que de sí mismo. El interés de las naciones y de los buenos soberanos conviene en que esta corporación no es buena para nadie. <<

[5]

Manetón y Queremón, historiadores egipcios cuyos testimonios nos ha transmitido el judío Josefo, nos enseñan que, en otro tiempo, una multitud de leprosos fue expulsada de Egipto por el rey Amenofis y que estos bandidos eligieron como su jefe a un sacerdote de Heliópolis llamado *Moisés*, quien les ofreció una religión y unas leyes (véase Josefo, *Contra Apiano*, libro 1, caps. 9,

11 y 12). Diodoro Sículo informa de la historia de Moisés (tomo 7 de la traducción del abate Terrasson). En cualquier caso, según el testimonio mismo de la Biblia, Moisés comenzó

asesinando a un egipcio que tenía una querella con un hebreo. Después huyó a Arabia, donde se casó con la hija de un sacerdote idólatra quien le reprochó a menudo su crueldad. Desde allí, este hombre santo volvió a Egipto para sublevar a su nación descontenta con su rey. Reinó tiránicamente: el ejemplo de Coré, Datán y Abirón prueba que los incrédulos no lo tenían fácil con él. Desapareció, como Rómulo, sin que

nadie haya sabido encontrar su cuerpo ni el lugar de su sepultura. <<

[6]

Éste era el nombre inefable del Dios de los judíos, que no osaban pronunciar. Su nombre vulgar era *Adonai*, que se parece enormemente al Adonis de los fenicios (véanse mis *Recherches sur le despotisme oriental*). <<

[7]

Para hacerse una idea de la ferocidad judía, véase la conducta de Moisés y Josué, y las órdenes que el Dios de los ejércitos dio a Samuel en el primer Libro de los Reyes, cap. XV, v. 23 y 24, donde este Dios ordena exterminarlo todo, sin exceptuar a mujeres y niños. Saúl fue rechazado por haber respetado la sangre del rey de los amalecitas. David secundó los furores de su Dios y

tuvo hacia los amonitas una conducta indignante (véase el Libro de los Reyes, XII, v. 31). No obstante, este David todavía se propone como modelo de reyes. A pesar de su rebelión contra Saúl, sus fechorías, sus adulterios y su cruel perfidia hacia Urías, es llamado *el hombre según el corazón de Dios*. Véase el *Diccionario* de Bayle, voz "David". <<

[8]

Los judíos dicen que Jesús era hijo de un soldado llamado *Pandira* o *Panter*, que sedujo a *María*, una peluquera casada con un tal *Yojanán*.

Según otros, Pandira gozó varias veces con María mientras ésta creía tener relaciones con su marido; de este modo quedó embarazada, y su triste marido se retiró a Babilonia. Otros pretenden que Jesús aprendió magia en Egipto y desde

Jesús aprendió magia en Egipto y desde allí vino a ejercer su arte a Galilea, donde se le dio muerte. Véase Pleisser, *Theol. judaïca et mahomedica, et principia*..., Leipzig, 1687. Otros aseguran que Jesús fue un bandolero que se convirtió en jefe de ladrones. Véase el *Talmud*. <<

[9]

Orígenes dice que Celso reprochaba a Jesucristo haber tomado varias de sus máximas de Platón: véase Orígenes, *Contra Celso*, 1, 6. San Agustín confiesa que halló en Platón el comienzo del Evangelio de san Juan: véase san Agustín, *Confesiones*, libro VII, caps. 9, 10, 20. Las ideas del Verbo están claramente extraídas de Platón: desde entonces, la Iglesia ha sabido sacar gran

entonces, la Iglesia ha sabido sacar gran partido de este filósofo, como veremos a continuación. <<

[10] Los ebionitas o primeros cristianos consideraban a san Pablo apóstata y hereje porque se alejaba totalmente de la ley de Moisés, que los otros apóstoles querían sólo reformar. <<

[11] Los primeros cristianos fueron llamados, despectivamente, *ebionitas*, que significa *mendigos, pordioseros:* véase Orígenes, *Contra Celso*, II, y Eusebio, *Historia eclesiástica*, libro III, cap. 37. *Ebion* en hebreo significa *pobre*. Desde entonces, se ha querido personificar la palabra *ebion* y se ha hecho de ella un hereje, un jefe de secta. En cualquier caso, la religión cristiana

En cualquier caso, la religión cristiana debió de complacer sobre todo a los esclavos, quienes eran excluidos de los asuntos sagrados y apenas considerados seres humanos. El cristianismo les convenció de que algún día llegaría su oportunidad y de que en la otra vida serían más felices que sus señores. <<

[12] Véase Tillemont, *Vie de Constantin*, tomo IV, art. 32, pág. 148. <<

[13]

Los antiguos filósofos contemplaban como un axioma que *nada surge de la nada*. La creación, tal como los cristianos la admiten hoy en día, es decir, el surgimiento de la nada, es una invención teológica bastante moderna. La palabra *barah*, de la que se sirve el Génesis, significa *hacer, modificar, disponer una materia ya existente*. <<

[14]

Se nos muestra la muerte del hijo de Dios como una prueba indudable de su bondad. ¿No es más bien una prueba indudable de su ferocidad, su venganza implacable, y su crueldad? Un buen cristiano dijo en el momento de morir que jamás había podido concebir que un Dios bueno hubiera hecho morir a un Dios inocente para aplacar a un Dios justo. <<

justo. <<

[15] En las Escrituras y los Padres de la Iglesia, Dios es representado siempre como un seductor. Permite que Eva sea seducida por la serpiente y endurece el corazón del faraón. Jesucristo es un *escollo*. Estos son los puntos de vista bajo los que se nos presenta la divinidad. <<

[16]

Un hecho sobrenatural, para ser creído, exige testimonios más poderosos que un hecho que no contradice en nada la verosimilitud. Es fácil creer que Apolonio de Tiana existió. En este caso confío en Filóstrato, porque su existencia no tiene nada que vaya contra la razón, pero tampoco creo a Filóstrato cuando me dice que Apolonio hacía milagros. Creo en el hecho de que

milagros. Creo en el hecho de que Jesucristo está muerto, pero no creo que haya resucitado. <<

[17] Los basilidianos y cerintianos, herejes que vivían en la época del nacimiento del cristianismo, sostenían que Jesús estaba muerto y que en su lugar fue crucificado Simón de Cirene. Véase san Epifanio, *Hær.*, cap. 28. He ahí, en la cuna de la Iglesia, a hombres que ponen en duda la muerte y, por tanto, la resurrección de Jesucristo, ¡y se quiere que nos la creamos hoy! <<

quiere que nos la creamos hoy? <<

[18] Los Hechos de los Apóstoles prueban con toda evidencia que los judíos estaban dispersos antes de Jesucristo. Acudieron a Jerusalén, a la festividad de Pentecostés, de Grecia, Persia, Arabia, etc. Véase Hechos, cap. 2, v. 8. Así pues, después de Jesús, sólo los habitantes de Judea fueron dispersados por los romanos. <<

[19]

San Jerónimo supone que los saduceos no aceptaban a los profetas y se contentaban con admitir los cinco libros de Moisés. Dodwell, *De jure laicorum*, dice que los profetas se preparaban para profetizar bebiendo vino. Véase pág. 259. Parece ser que eran juglares, bailarines, poetas y músicos que aprendían su oficio. <<

[20]

El profeta Samuel, descontento con Saúl, que rechazó prestarse a sus crueldades, lo declaró desposeído de la corona y le procuró un rival en la persona de David. Elías no parece haber sido más que un rebelde que tuvo desde el principio conflictos con sus soberanos y se vio obligado a eludir justos castigos. Jeremías nos da a entender que era un traidor y que se

entender que era un traidor y que se entendía con los asirios en contra de su sitiada patria: su única ocupación parece haber consistido en quitar a sus conciudadanos el valor y la voluntad de defenderse. Compra un campo a sus padres al mismo tiempo que anuncia a sus compatriotas que van a ser dispersados y puestos en cautividad. El rey asirio recomienda a este profeta a su general Nabuzardán y le dice que tenga con él grandes atenciones. Véase Jeremías. <<

[21]

Es cómodo contemplarlo todo en la Biblia como lo hizo san Agustín, que vio todo el Nuevo Testamento en el Antiguo. Según él, el sacrificio de Abel es la imagen del de Jesucristo, las dos mujeres de Abrahám son la Sinagoga y la Iglesia, un pedazo de seda roja expuesto por una mujer de vida alegre que traicionó a Jericó significa la sangre de Jesucristo, el cordero, el chivo y el

de Jesucristo, el cordero, el chivo y el león son figuras de Jesucristo, la serpiente de bronce representa el sacrificio de la cruz, los propios misterios del cristianismo son anunciados en el Antiguo Testamento, el maná anuncia la eucaristía, etc. Véase san Agustín, *Sermón* 78, y *Epístola* 157. ¿Cómo puede un hombre sensato ver en el Emmanuel, anunciado por Isaías, al Mesías cuyo nombre es Jesús? Véase *Isaías*, cap. 7, v. 14. ¿Cómo descubrir en un judío oscuro y asesinado a *un jefe que gobernará el pueblo de Israel*? ¿Cómo ver a un rey liberador, a un restaurador de los judíos, en un hombre que, lejos de liberar a sus

conciudadanos, vino para destruir la ley de los judíos, y tras cuya venida su pequeña región fue asolada por los romanos? Hace falta una profunda ceguera para hallar al Mesías en estas predicciones. Jesús mismo no parece

haber sido el más claro ni certero en sus profecías. En el Evangelio de san Lucas,

cap. 21, anuncia evidentemente el juicio final y habla de ángeles que, al son de trompetas, reunirán a los hombres para comparecer ante él. Y añade: *En verdad os digo que no pasará esta generación sin que estas predicciones se cumplan*. Sin embargo, el mundo todavía dura, y los cristianos esperan el juicio final desde hace 18 siglos. <<

[22]

En las religiones paganas, se revelaba los misterios á los iniciados; en tal caso se les enseñaba algo que no sabían. En la religión cristiana se les revela que deben creer. en trinidades, encarnaciones, resurrecciones, etc., etc., etc., es decir, cosas que no comprenden, como si no se les hubiera revelado nada, o que los sumen en una ignorancia mayor que antes.

que antes. <<

[23]

El dogma de la Trinidad ha sido tomado, evidentemente, de las fantasías de Platón, o tal vez de las alegorías bajo las que intentaba esconder su doctrina ese filósofo novelesco. Parece ser que el cristianismo le debe a él la mayor parte de sus dogmas. Platón admitía tres *hipóstasis* o formas de ser de la divinidad. El *Dios supremo* constituye la primera; la segunda el *Logos*, el

la primera; la segunda el *Logos*, el verbo, la inteligencia divina, engendrada por el primer Dios; la tercera es la *mente* o alma del mundo. Los primeros doctores del cristianismo parecen haber sido platónicos: su fervor hallaba en

Platón una doctrina análoga, sin duda, a su religión. Si hubieran sido agradecidos, le habrían hecho profeta o Padre de la Iglesia. Los misioneros jesuitas han encontrado en el Tibet una divinidad casi semejante a la de nuestros países. Entre los tártaros, Dios recibe el nombre de *Kon-cio-cik*, Dios único, y *Kon-cio-fum*, Dios triple. En sus oraciones, dicen *om, ha, hum*: inteligencia, brazo o fuerza, o palabra,

corazón, amor. Estas tres palabras son uno de los nombres de la divinidad. Véase *Lettres édif.*, tomo 15. El número *tres* fue siempre reverenciado por los antiguos; porque en las lenguas orientales, *salom*, que significa *tres*, significa también *salvación*. <<

[24] Al parecer, fueron los egipcios los primeros que pretendieron que sus dioses habían tomado cuerpo. *Foé,* el dios del pueblo chino, nació de una virgen fecundada por un rayo de sol. En el Indostán, nadie duda de las encarnaciones de *Vishnú*. Parece ser que los teólogos de todas las naciones, desesperados por no poder elevarse hasta Dios, lo han forzado a descender

hasta Dios, lo han forzado a descender hasta ellos. <<

[25] Un Padre de la Iglesia dijo: *Tunc Deum maxime cognoscimus, cum ignorare eum cognoscimus* [Tenemos el máximo conocimiento de Dios cuando sabemos que lo desconocemos]. <<

[26]

Los teólogos cristianos jamás se han puesto de acuerdo sobre las pruebas de la existencia de Dios. Se tratan unos a otros de ateos porque sus demostraciones nunca son las mismas. Entre los cristianos hay muy poca gente que haya escrito sobre la existencia de Dios sin acabar siendo acusada de ateísmo. Descartes, Clarke, Pascal, Arnauld, Nicole han sido considerados

Arnauld, Nicole, han sido considerados *ateos*. La razón es bien simple: es totalmente imposible demostrar la existencia de un ser tan extraño como el que el cristianismo ha hecho suyo. Se nos dirá, seguramente, que los hombres carecen de medidas para juzgar a la divinidad y que su espíritu es demasiado limitado para formarse una idea. Pero, si es así, ¿por qué razonar sobre ella sin cesar? ¿Por qué asignarle cualidades que se destruyen unas a otras? ¿Por qué contar fábulas? ¿Por qué pelearse y degollarse sobre el modo de entender las fantasías que se le atribuyen? <<

[27] El dogma de la predestinación gratuita constituye la base de la religión judaica. En los escritos de Moisés se ve a un Dios parcial con el pueblo que ha elegido e injusto con el resto de naciones. La teología y la historia de los griegos nos muestran por doquier a hombres castigados por los dioses debido a crímenes necesarios y

predichos por los oráculos. Tenemos ejemplos en Orestes, Edipo, Áyax, etc. Desde siempre, los hombres han hecho de Dios el más injusto de los seres. Entre nosotros, según los jansenistas, Dios otorga su gracia sólo a quien le place, sin tener en cuenta su mérito, lo que es más conforme al fatalismo judío, cristiano y pagano que la doctrina de los molinistas, que pretenden que Dios otorga su gracia a todos los que la merecen y solicitan. Es cierto que los cristianos consecuentes son verdaderos *fatalistas*. Ellos se defienden diciendo que los caminos de Dios son misterios; pero, si son misterios, ¿por qué razonan constantemente sobre ellos? <<

[28]

El autor del Eclesiastés (cap. 3, v. 19) compara la muerte del hombre a la de los animales y parece, al menos, cuestionar el dogma de la inmortalidad del alma. No vemos en los Evangelios que Jesucristo considere delito la negación de la resurrección por los saduceos. Este asunto merecería, sin embargo, algunas consideraciones por

parte de un Dios que acababa de enseñar a los hombres cosas tan singulares y que, además, debía resucitar él mismo.

Es cierto que Jesús dice en los Evangelios que Dios no es el *Dios de los muertos*, pero eso no probaría la resurrección sino más bien que Abraham, Isaac y Jacob no están muertos, ya que esos patriarcas no han resucitado todavía; al menos las Escrituras no nos lo dicen. <<

[29]

Es evidente que los católicos romanos deben su *purgatorio* a Platón. Este filósofo exaltado dividió las almas de los hombres en *puras, curables e incurables*. Las primeras, que habían pertenecido a los justos, retornarían por refusión al alma universal del mundo, es decir, a la divinidad de la que habían emanado. Las segundas irían a los

infiernos, donde todos los años serían examinadas ante los jueces de ese imperio tenebroso, quienes dejarían volver a la luz a las que hubiesen expiado suficientemente sus faltas. Finalmente, las almas incurables permanecerían en el Tártaro, donde serían sometidas a tormentos eternos. Platón, al igual que los casuistas cristianos, indica los crímenes o faltas que merecerían estos diferentes grados de castigo.

Los doctores protestantes, celosos sin duda de las riquezas del clero católico, cometieron la imprudencia de rechazar el dogma del purgatorio, por lo que menguaron mucho su propio crédito. Tal

menguaron mucho su propio crédito. Tal vez habría sido más inteligente rechazar el dogma del infierno, del que no pueden sacarse las almas, que el del purgatorio, mucho menos indignante y del que los sacerdotes tienen la facultad de hacer salir a cambio de dinero. <<

[30]

Al igual que los doctores cristianos, Mahoma sintió la necesidad de aterrorizar a los hombres para tener poder sobre ellos. Se dice en el *Corán* que "los que no crean serán revestidos con un hábito de fuego, se les verterá agua hirviendo sobre sus cabezas, sus entrañas y pieles serán disueltas y se les golpeará con mazas de acero. Cada vez

que intenten escapar del infierno para evitar sus tormentos, se les arrastrará allí de nuevo y los demonios les susurrarán: *Saboread el dolor de ser quemados*”. Véase *Corán*, cap. 8. <<

[31]

La teurgia es una especie de magia realizada con la ayuda de espíritus benignos. <<

[32]

En la ceremonia del bautismo que se practicaba en los misterios de Mitra, los iniciados eran regenerados por ella. Este Mitra era también un mediador.

Aunque los doctores cristianos consideran el bautismo necesario para la salvación, sabemos, sin embargo, que san Pablo no quiso hacer bautizar a los corintios. Se sabe también que hizo

circuncidar a Timoteo. <<

[33] Los brahmanes del Indostán distribuyen arroz en sus pagodas y esta distribución se llama *prajadam* o eucaristía. Los mexicanos creían en una suerte de transubstanciación. El padre Acosta hace mención de ella en el libro V, cap. 24, de sus *Viajes*. Por tanto, los católicos romanos no son los únicos que han dado en esta extravagancia.

Cicerón creía que el espíritu humano era incapaz de llevar el delirio hasta comer a su Dios. Véase *De divinatione*, libro II. Los protestantes han tenido bastante valor al rechazar este misterio, aunque tal vez sea el más formalmente

establecido por Jesucristo, quien dice claramente: *Tomad y comed, porque éste es mi cuerpo*. Averroes decía: *Anima mea sit cum Philosophis, non vero cum Christianis, gente stolidissima, qui Deum faciunt et comedunt* [Esté mi alma con los filósofos, no con los cristianos, gente estupidísima que hace a Dios y se lo come]. Los peruanos tenían una pascua en la que se inmolaba un cordero cuya

sangre se mezclaba con harina para repartirla entre el pueblo. Veáse *Almetanæ quæst*., libro II, cap 20, 5. <<

[34]

Para los católicos romanos, los sacramentos son siete: número cabalístico, mágico y misterioso. <<

[35] San Agustín confiesa que no hay forma de conservar el verdadero sentido de los tres primeros capítulos del Génesis sin dañar la piedad o sin atribuir a Dios cosas indignas de él, y que es necesario recurrir a la alegoría. Véase san Agustín, *De Genesi, contra Manichæos*, libro I, cap. 2. Orígenes reconoce también que, si se toma al pie

de la letra, la historia de la creación resulta absurda y contradictoria. Véase *Filos*., pág. 12. <<

[36]

Teofilacto dice que la mejor prueba de la buena fe de los Evangelios es que no concuerdan en todos los puntos, ya que, de otro modo, dice, "podríamos sospechar que los escribieron poniéndose de acuerdo". Véase Teofilacto, *Præmium in Matthæum*. El propio san Jerónimo afirma que las citas de san Mateo no concuerdan con la

versión griega de la Biblia: *Quanta sit inter Mathæum et Septuaginta verborum ordinisque discordia sic admiraberis, si Hebraicum videas, sensusque contrarius est*… [Si consultas el texto hebreo te sorprenderán

las grandes divergencias existentes entre Mateo y los Setenta en las palabras y el orden; también su sentido es contrario…]. Véase *De opt. gen. interpret.* Erasmo se ve obligado a reconocer que el espíritu divino permitía a los apóstoles equivocarse. *Spiritus ille divinus, mentium apostolicarum moderator, passus est suos ignorare quædam, et labi*, etc. [Aquel espíritu divino, que guiaba las

mentes de los apóstoles, consintió que los suyos ignoraran ciertas cosas y se equivocaran, etc.] (*In Matthæum*, libro 2, cap. 6). En general, si la lectura de san Jerónimo no fuera suficiente, hace falta una fe bien robusta para no desengañarse de las sagradas Escrituras.

<<

[37] San Pablo nos dice que fue transportado al tercer cielo. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Y qué aprendió allí? *Cosas inefables que el hombre no puede comprender*. ¿Para qué podía servir entonces su viaje maravilloso? ¿Pero cómo dar crédito a san Pablo, que en los Hechos de los Apóstoles se hace culpable de engaño cuando asegura, ante

el gran sacerdote, que se le persigue *porque es fariseo y a causa de la resurrección de los muertos*? Esto encierra dos falsedades: 1.º, porque san Pablo en ese tiempo era el apóstol más celoso del cristianismo y, en consecuencia, era cristiano; y 2.º, porque no se le acusaba en absoluto de creer en la resurrección. Véase Hechos de los Apóstoles, cap. 23. v. 6. Si los apóstoles mienten, ¿cómo fiarse de sus discursos? Por otro lado, vemos a ese gran apóstol cambiar a cada instante de opinión y conducta. En el Concilio de Jerusalén se opone a san Pedro, cuya opinión favorecía el judaísmo, mientras que, acto seguido, se acomoda a los

que, acto seguido, se acomoda a los ritos de los judíos. En fin, san Pablo se adapta continuamente a las circunstancias y se casa con todos. Parece haber dado ejemplo a los jesuitas cuando se les reprocha cómo se comportaron en las Indias con los idólatras, fusionando su culto con el de Jesucristo. <<

[38]. El buen rey san Luis decía a su amigo Joinville que "cuando un laico oía hablar mal de la religión cristiana, debía defenderla no solamente con palabras sino *con una espada bien afilada*, golpeando a los maledicentes y a los descreídos e hincándosela en el cuerpo tan profundamente como pudiera entrar". Véase el *Joinville* publicado

por Ducange, pág. 2. <<

[39] No hay cristiano que. no haya aprendido desde la infancia que *es mejor obedecer a Dios que a los hombres*. Pero obedecer a Dios nunca es otra cosa que obedecer a los sacerdotes. Dios no habla ya por sí mismo, es la Iglesia la que habla por él, y la Iglesia es un cuerpo de sacerdotes que encuentra a menudo en la Biblia que los

encuentra a menudo en la Biblia que los soberanos se han equivocado, que las leyes son criminales, que las instituciones más sensatas son impías y que la tolerancia es un crimen. <<

[40] Los enemigos de los jesuitas los han acusado de teorizar que el asesinato de un tirano era una acción loable y legítima: un poco de reflexión basta para ver que, si Aod hizo bien, Jacques Clément no fue un criminal y Ravaillac siguió sólo los dictados de su conciencia. Santo Tomás de Aquino ha predicado formalmente el regicidio,

Véase *Los golpes de Estado*, tomo II, pág. 33. Los príncipes cristianos deberían echarse a temblar si reflexionaran sobre las consecuencias de los principios de su religión. <<

[41] Séneca dice, con razón, que un hombre sensato no puede temer a los dioses, ya que nadie puede amar lo que teme. *Deos nemo sanus timet, furor enim est metuere salutaria, nec quisquam amat quos timet* (*De benef.*, 4). La Biblia nos dice: *Initium sapientiæ, timor Domini* [El principio de la sabiduría es temer al Señor]. ¿No

de la sabiduría es temer al Señor]. ¿No sería más bien el comienzo de la locura?

<<

[42] A pesar de los elogios de los cristianos a los preceptos de su divino maestro, observamos que éstos son totalmente contrarios a la equidad y la recta razón. Cuando Jesús dice: *Haced amigos en el cielo con las riquezas adquiridas injustamente*, ¿no insinúa ostensiblemente que debemos robar para dar limosna a los pobres? Los

dar limosna a los pobres? Los intérpretes nos dirán, sin duda, que habla en parábola, pero es fácil captar el sentido. Por lo demás, los cristianos practican muy frecuentemente el consejo de su Dios: a lo largo de toda su vida, muchos de ellos roban para tener el placer de hacer donaciones en el momento de su muerte a monasterios y hospitales. En otro lugar, el Mesías trata muy mal a su madre, que lo buscaba. Ordena a sus discípulos que se apoderen de un asno, ahoga a una piara de cerdos, etc. Realmente, estas cosas no concuerdan con una buena moral. <<

[43] San Pablo dijo: *Fides ex auditu*, lo que significa que sólo se cree en *cosas oídas*. La fe jamás es otra cosa que la adhesión a las opiniones de los sacerdotes. La fe viva es una piadosa obsesión que hace que no podamos imaginar que estos sacerdotes puedan engañarse a sí mismos ni quieran engañar a otros. La fe sólo se puede

engañar a otros. La fe sólo se puede fundar en la buena opinión que tenemos de las luces de los sacerdotes. <<

[44] Varios teólogos han sostenido que la fe sin obras era suficiente para la salvación. En general, es la virtud a la que los sacerdotes prestan mayor atención. Sin duda, es la más necesaria para su existencia. No puede sorprender, por tanto, que hayan tratado de implantarla a sangre y fuego. El mantenenimiento de la fe es la razón de

mantenimiento de la fe es la razón de que la Inquisición queme a herejes y judíos; para implantar la fe, los reyes y sacerdotes llevan a cabo persecuciones; para convencer a quienes no tienen fe, los cristianos los exterminan. ¡Maravillosa virtud digna de un Dios de bondad! Sus ministros castigan a los hombres cuando les niega sus gracias.

<<

[45] . El temperamento ardiente y sentimental produce la devoción mística. Las mujeres histéricas son, en general, quienes aman a Dios con mayor intensidad; lo aman arrebatadamente, como amarían a un hombre. Las santas Teresas, las Magdalenas de Pazzi, las Marías Alacoque y casi todas las religiosas muy devotas son ejemplo de

religiosas muy devotas son ejemplo de ello. Su imaginación se extravía, y dan a su Dios, a quien pintan con rasgos encantadores, la ternura que no les está permitido dar a seres de nuestra especie. Se necesita imaginación para enamorarse de un objeto desconocido. Y más aún para amar un objeto que no tiene nada de amable. Se necesita locura para amar un objeto odioso. <<

[46] En los países más cristianos, los devotos son contemplados ordinariamente como la peste de las sociedades. La buena sociedad los teme como a enemigos de la alegría y seres molestos. Una mujer devota raramente tiene el talento de conciliar el amor de su marido, sus hijos y las personas de su entorno. Una religión lúgubre y

entorno. Una religión lúgubre y melancólica no puede tener seguidores amables. Bajo un Dios triste, hay que ser triste como él. Los doctores cristianos han observado, muy juiciosamente, que *Jesucristo lloró, pero jamás rió*. <<

[47] El concilio ecuménico de Constanza hizo quemar a Juan Hus y a Jerónimo de Praga, a pesar del salvoconducto del emperador. Algunos cristianos enseñaron que no se debía mantener la lealtad con los herejes. Los papas eximieron cien veces de juramentos y promesas hechas a los heterodoxos. La historia de las guerras de religión entre

historia de las guerras de religión entre los cristianos nos muestra traiciones, crueldades y perfidias de las que no hay ejemplos en otras guerras. Todo está justificado cuando se combate por Dios. En estas guerras no vemos más que a niños aplastados contra las murallas, a mujeres embarazadas desventradas y a niñas violadas y masacradas. El celo religioso siempre hace a los hombres ingeniosos en su barbarie. <<

[48] Camhi, emperador de China, preguntó a los misioneros jesuitas en Pekín: *¿Qué diríais si yo enviara misioneros a vuestro país?* Son conocidas las revueltas que los jesuitas promovieron en Japón y Etiopía, donde consiguieron que el cristianismo fuera desterrado por completo. Un santo misionero decía que *los misioneros sin*

misionero decía que *los misioneros sin mosquetes no eran apropiados para hacer prosélitos*. <<

[49] San Agustín enseña que *todo pertenece a los justos por derecho divino*, máxima fundada en un pasaje de los Salmos que dice que *los justos comerán el fruto del trabajo de los impíos*. Véase san Agustín, epístola 93. Es sabido que el papa, por medio de una bula promulgada en favor de los reyes de Castilla, Aragón y Portugal, fijó la

de Castilla, Aragón y Portugal, fijó la línea de *demarcación* que regulaba las conquistas de cada uno de ellos sobre los infieles. De acuerdo con tales principios, ¿no es el universo la presa de la rapiña de los cristianos? <<

[50] Las funestas ideas que los hombres han tenido siempre sobre la divinidad, unidas al deseo de distinguirse de los otros mediante acciones extraordinarias, son las verdaderas fuentes de las penitencias que vemos practicar en todo el mundo. Nada más sorprendente que las penitencias de los *yoguis* indios, con las que las cristianas no se pueden ni

las que las cristianas no se pueden ni comparar. Los sacerdotes de Astarté en Siria y de Cibeles en Frigia se hacían eunucos, los pitagóricos fueron enemigos de los placeres y los romanos tuvieron vestales parecidas a nuestras religiosas. Puede que la idea de la

necesidad de hacer penitencia para aplacar a la divinidad derive de las que, en otros tiempos, persuadían de que Dios quería sangre humana. Éste es, si duda, el fundamento del sacrificio de Jesucristo, que fue, propiamente hablando, un *suicidio*. La religió cristiana, al admitir a semejante Dios como modelo, anuncia a sus seguidores que deben destruirse a sí mismos para salir pronto de este mundo perverso. La

salir pronto de este mundo perverso. La mayoría de los mártires fueron verdaderos suicidas. Los monjes de la Trapa o de Septfonds se hicieron igualmente culpables de ello. <<

[51] Aristóteles y Epicteto recomendaron en sus escritos la *pureza*. Menandro dijo que el hombre de bien no puede consentir en corromper vírgenes ni cometer adulterio. Tibulo dice: *casta placent superis* [las cosas castas agradan a los dioses]. Marco Antonio da las gracias a los dioses por haber conservado su castidad durante su

conservado su castidad durante s juventud. Los romanos tenían leyes contra el adulterio. El padre Tachard dice que los habitantes de Siam poseen una moral que les prohíbe no sólo las acciones deshonestas sino incluso los pensamientos y deseos impuros. Por tanto, vemos que la castidad y pureza de costumbres fueron estimadas incluso antes del cristianismo por naciones que jamás habían oído hablar de él. <<

[52] Es evidente que en la religión cristiana el matrimonio es visto como un estado de imperfección. Esto quizá provenga de que Jesucristo pertenecía a la secta de los esenios que, de modo semejante a los monjes modernos, renunciaban al matrimonio y se consagraban al celibato. Probablemente estas ideas fueron adoptadas por los

estas ideas fueron adoptadas por los primeros cristianos, quienes al esperar, de acuerdo con las profecías de Cristo, el inminente fin del mundo, consideraban inútil tener hijos y multiplicar los lazos que les unían con un mundo a punto de perecer. En

cualquier caso, san Pablo dijo que *vale más casarse que arder*. Jesús se había referido elogiosamente a quienes *se hacen eunucos por el reino de los cielos*. Orígenes tomó al pie de la letra este consejo o precepto. San Justino mártir dijo que Dios *quiso nacer de una virgen con el fin de abolir la generación ordinaria, que es fruto de un deseo ilegítimo*. La perfección que el cristianismo atribuyó al celibato fue una

cristianismo atribuye al celibato fue una de las principales causas de que fuera prohibido en China. San Eduardo el confesor se abstuvo de su mujer durante toda la vida. La idea de perfección vinculada a la castidad fue la causa de la extinción sucesiva de todas las familias reales de los sajones en Inglaterra. El monje san Agustín, apóstol de los ingleses, consultó al papa san Gregorio para saber *cuánto tiempo hace falta para que un hombre que ha tenido comercio carnal con su mujer pueda entrar en la iglesia y ser admitido en la comunión de los fieles*. <<

[53] El celibato prescrito a los sacerdotes de la Iglesia romana parece ser consecuencia de la política refinada de los pontífices que los sometieron a esta ley. En principio, debía aumentar la veneración de los pueblos, que creyeron que sus sacerdotes no eran hombres de carne y hueso como el resto. En segundo lugar, al prohibir el matrimonio a los

lugar, al prohibir el matrimonio a los sacerdotes, se rompieron los lazos que los unían a las familias y al Estado para vincularlos únicamente a la Iglesia, cuyos bienes no fueron, por tanto, compartidos y siguieron íntegros. Los sacerdotes de la Iglesia romana llegaron a ser tan poderosos y tan malos ciudadanos debido al celibato. El celibato les hace de alguna manera independientes: no están ya obligados a preocuparse por su posteridad. Un hombre con familia tiene necesidades desconocidas para un soltero, quien ve que todo acaba con él. Los papas más ambiciosos han sido los mayores promotores del celibato de los

sacerdotes. Gregorio VII fue quien más trabajó para establecerlo. Si los sacerdotes pudieran casarse, los reyes y los príncipes se harían rápidamente sacerdotes y el soberano pontífice no hallaría en ellos súbditos tan dóciles. Parece ser que la dureza, inhumanidad, obstinación y espíritu inquieto que siempre se le ha reprochado al clero católico se deben al celibato. <<

[54] La naturaleza jamás pierde sus derechos: los célibes sienten las mismas necesidades que los demás hombres y sólo encuentran recurso en la prostitución, el adulterio o en medios que la decencia no permite nombrar. En España, Portugal e Italia, los monjes y sacerdotes son monstruos de lujuria. El desenfreno, la pederastia y los

desenfreno, la pederastia y los adulterios son tan comunes en estos países a causa de los célibes. Los vicios de los laicos serían más raros si el matrimonio no fuera indisoluble. <<

[55] Los soberanos pontífices de Roma deben de reír bastante cuando ven que los reyes les suplican dispensas de matrimonio. Es evidente que, en sus orígenes, los matrimonios entre parientes fueron prohibidos por la ley civil. Sólo los príncipes y emperadores, incluso cristianos, defendieron y permitieron en los comienzos estos tipos

permitieron en los comienzos estos tipos de matrimonios. Véase el *Código de Teodoro*, tit. 12, ley 3, y el *Código*, ley 5, tit. 8, cap. 10, y tit. 8, 9 y 37. Los reyes de Francia ejercieron el mismo derecho. M. de Marca dijo formalmente: *Pars illa juris tunc erat penes*

Principes, sine ulla controversia [Entonces esta parte del derecho estaba en poder de los príncipes, sin discusión]. Véase su libro *De concordia sacerdotis et imperii*. Poco a poco, la Iglesia usurpó, sin embargo, este derecho a los príncipes, y los papas se transformaron en los amos de la unión conyugal hasta tal punto que hubo un tiempo en el que era imposible saber si

uno estaba bien o mal casado: la Iglesia prohibía los matrimonios hasta donde ya no se podía reconocer parentesco. La *afinidad* se convirtió en un impedimento, se inventaron las *afinidades espirituales*, los padrinos y madrinas no podían ya casarse y el papa se convirtió en árbitro de la suerte de reyes y súbditos. Bajo el pretexto de los *matrimonios incestuosos* perturbó cien veces el orden de los Estados, condenó a la excomunión a soberanos, declaró a sus hijos ilegítimos y decidió el orden de sucesión a las coronas. Pero, según la Biblia, los hijos de Adán debieron desposar a sus hermanas. Los teólogos han proscrito los matrimonios entre

parientes por una razón digna de ellos. Estos matrimonios, dicen, son delictivos porque podría ocurrir que el amor de los esposos fuera demasiado grande si a la unión existente entre parientes se une la ternura conyugal. <<

[56] Sabemos que san Cirilo, con la ayuda de una tropa de monjes, intentó matar a Orestes, gobernador de Alejandría, y consiguió asesinar del modo más bárbaro a la bella, sabia y virtuosa Hipatia. Todos los santos reverenciados por la Iglesia romana han sido rebeldes que han acrecentado su

autoridad o fanáticos que han combatido a causa de su ambición o imbéciles que la han enriquecido o locos o visionarios que se han destruido ellos mismos. <<

[57] Un emperador (Justiniano, si no me equivoco) pedía perdón a Dios y se lamentaba por el tiempo que otorgaba a la administración del Estado y negaba a sus plegarias. <<

[58] En el año 321, el emperador Constantino ordenó que el domingo cesaran las funciones de la justicia, los oficios y las ocupaciones ordinarias de la ciudad. Las del campo y la agricultura fueron exentas de esa ley. Estas disposiciones eran, al menos, más razonables que las que subsisten hoy

día, sobre todo entre los católicos romanos. En la actualidad, el papa y los obispos prescriben las fiestas que obligan al pueblo a permanecer ocioso. Véase Tillement, *Vie de Constantin*, 15, pág. 180. <<

[59] Los griegos y cristianos orientales observan varias cuaresmas y ayunan con rigor. En España y Portugal se compra el permiso de comer carne los días prohibidos: se está obligado a pagar la tasa o *bula de la cruzada*, incluso cuando uno actúa conforme a las órdenes de la Iglesia. Sin eso, no hay

absolución. La costumbre de ayunar y abstenerse de ciertos alimentos pasó de los egipcios a los judíos, y de éstos a los cristianos y musulmanes. Los países que los católicos romanos consideran herejes son casi los únicos que aprovechan la abstinencia de carne: los

ingleses les venden bacalao y los holandeses arenques. ¿No es curioso que los cristianos se abstengan de carne, abstinencia que no está ordenada en ninguna parte del Nuevo Testamento, mientras no se abstienen de sangre, de morcilla o de carne de animales sacrificados sin verter su sangre, absolutamente prohibidos por los apóstoles tan severamente como la

fornicación? Véase los Hechos de los Apóstoles, cap. 15, v. 8. <<

[60] La educación de los hombres es confiada en casi todo el mundo a los sacerdotes. No hay que sorprenderse, por tanto, de que la ignorancia, la superstición y el fanatismo se eternicen. Entre los protestantes, al igual que entre los católicos, las universidades son instituciones puramente sacerdotales.

Parece como si los europeos solo quisieran formar monjes. <<

[61] Por poco que se lea la historia, se verá que los sacerdotes cristianos han querido inmiscuirse en todo; la Iglesia, como buena madre, se ha entrometido en el peinado, la vestimenta y el calzado de sus hijos. En el siglo XV se irritó contra los zapatos puntiagudos que se llevaban entonces con el nombre de *zapatos de*

Polaina. En su época, san Pablo ya había denigrado las sortijas. <<

[62] Nada más bárbaro que los usos de la Iglesia romana relativos a los moribundos. Los sacramentos hacen morir a más gente que las enfermedades y los médicos: el pavor sólo puede causar daños enojosos en un cuerpo debilitado. Sin embargo, la política está de acuerdo con la religión en mantener

estos crueles usos. En París, cuando un médico ha visitado tres veces a un enfermo, las ordenanzas disponen que se le administren los sacramentos. <<

[63] Con la ayuda del dogma del purgatorio, y la eficacia de los sacerdotes de la Iglesia para hacer salir de éste, la Iglesia romana ha llegado a menudo a despojar a las familias de sus más preciadas herencias. A menudo, los buenos cristianos desheredan a sus parientes para dárselo todo a la Iglesia:

a eso se llama *hacer su alma heredera*. En el Concilio de Basilea, en 1443, los franciscanos intentaron convertir en dogma esta proposición: *Beatus Franciscus, ex divino privilegio, quotannis in Purgatorium descendit, suosque omnes in cœlum deducit* [El

bienaventurado Francisco desciende cada año al purgatorio por un privilegio divino y lleva al cielo a todos los suyos]. Pero este dogma, demasiado favorable para los franciscanos, fue rechazado por los obispos. La opinión de la Iglesia católica es que las oraciones por los fallecidos son *puestas en común*. En este caso, como es lógico, los más ricos hacen el gasto. <<

[64] Es sabido que el *daishi* o papa de los japoneses posee, igual que el de Roma, el derecho a canonizar o santificar. Estos santos se llaman en Japón *camis*. <<

[65] La primera vez que los apóstoles se reunieron en el Concilio de Jesuralén, vemos a san Pablo en conflicto con san Pedro por saber si había que observar los ritos judíos o renunciar a ellos. Los hombres que recibieron la fe de primera mano no pudieron ponerse de acuerdo: no lo han estado desde entonces. <<

[66] Un hombre ingenioso decía que, en cada Estado, la religión ortodoxa era la del verdugo. En efecto, si observamos con atención, se convendrá en que los reyes y soldados son quienes han establecido los dogmas de la religión cristiana. De haber vivido Luis XIV, la constitución *Unigenitus* habría sido para

nosotros artículo de fe. <<

[67] Como es sabido, tras la revocación del Edicto de Nantes, Luis XIV hizo torturar a los *hugonotes* y al mismo tiempo les prohibió salir de Francia.

Esta conducta parece tan sensata como la de los niños que torturan a los pájaros que tienen encerrados en una jaula y lloran cuando los han matado. <<

[68] Sin necesidad de muchos cálculos, se verá que en Italia, España, Portugal y Alemania, las rentas eclesiásticas deben de superar no sólo a las de los soberanos sino incluso a las de los demás ciudadanos. Se cree que España cuenta con más de 500 000 sacerdotes, que poseen inmensas rentas.

Seguramente, el rey de España no cuenta siquiera con la sexta parte de esas rentas para defender el Estado. Si los monjes y sacerdotes son necesarios para un país, hay que reconocer que el cielo le hace pagar muy caras las oraciones. La expulsión de los moros arruinó a

España: sólo la extinción de los monjes puede hacer que se recupere. Pero esta operación requiere gran cautela. Un rey que lo intentara demasiado bruscamente sería destronado, sin duda, por unos pueblos que no percibirían el bien que querría hacerles. Antes de nada, es necesario que España sea instruida y el pueblo esté contento con su señor. <<

[69] San Juan Crisóstomo dice que *un comerciante jamás puede complacer a su Dios, un cristiano no puede ser comerciante y hay que expulsarlo de la Iglesia*. Esto se basa en un pasaje del salmo 70: *no he conocido el negocio*. Si este principio es cierto, toda la calle Saint Honoré está condenada. <<

[70] Lactancio dice que *un cristiano no puede ser ni soldado ni fiscal*. Véase tomo I, pág. 137. Los cuáqueros y los menonitas nunca son soldados, son más consecuentes que el resto de los cristianos. <<

[71] El papa san Gregorio hizo destruir muchos libros paganos. Desde el comienzo del cristianismo, vemos que san Pablo hizo acopio de libros para hacerlos quemar, método practicado desde entonces por la Iglesia. Los fundadores del cristianismo deberían haber prohibido aprender a leer bajo

pena de condenación. La Iglesia romana, muy sabiamente, sustrajo los libros sagrados de manos del vulgo. Desde que se comenzó a leerlos, en el siglo XVI, se multiplicaron las herejías y rebeliones contra los sacerdotes. ¡Felices tiempos para la Iglesia, aquellos en los que solamente los monjes sabían leer y escribir y en los que ellos confeccionaban los títulos de propiedad! Si se dudase del odio o desprecio de los Padres de la Iglesia por las ciencias, se encontrarán las pruebas en los pasajes siguientes. San Jerónimo dice: *Geometria, arithmetica, musica, habent in sua scientia veritatem, sed non ex*

scientia illa, scientia pietatis. Scientia pietatis est noscere scripturas, et intelligere prophetas, evangelia credere, prophetas non ignorare [La geometría, la aritmética y la música tienen verdad en su ciencia, pero una verdad que no proviene de la ciencia de la piedad. La ciencia de la piedad consiste en conocer las escrituras, comprender a los profetas, creer en los evangelios, no ignorar a los profetas] (véase Hier., *Ep. ad Titum*). San Ambrosio dijo: *Quid tam absurdum quam de astronomia et geometria tractare, et profunda æris spatia metiri, relinquere causas salutis, errores quærere* [¿Hay algo tan absurdo como

dedicarse a la astronomía y la geometría y medir los desmesurados espacios del aire, abandonar las causas de la salvación e ir en pos de los errores?] (véase san Ambrosio, *De Officiis*, libro I). San Agustín dice: *Astrologia et geometria, et alia ejusmodi, ideo despecta sunt a nostris quia nihil ad salutem pertinent* [Los maestros desdeñan la astrología, la geometría y otras cosas semejantes porque no tienen nada que ver con la salvación] (véase san Agustín, *De ordinis disciplina*). La geometría debería ser defendida en todo Estado cristiano por la precisión que otorga al espíritu. <<

[72] Tertuliano dice: *Nihil nostra refert in hoc ævo, nisi de eo celeriter recedere* [Lo único que nos importa en esta vida es abandonarla deprisa]. Lactancio hace ver que la idea del fin próximo del mundo fue una de las principales causas de la propagación del cristianismo. <<

[73] Ver Eusebio, *Demostración evangélica*, tomo II, pág. 29. <<

[74] San Jerónimo desaprobó abiertamente la distinción entre obispos y sacerdotes o párrocos. Pretende que *sacerdote y obispo* son, según san Pablo, la misma cosa, *antes*, dice, *de que, por instigación de Satanás, aparecieran divisiones en la religión*. Hoy, los obispos, que no sirven para

nada, gozan de altos ingresos, y muchos párrocos, que sí trabajan, se mueren de hambre. <<

[75] A menudo corría la sangre durante las elecciones de obispos. Pretextato decía: *Que me hagan obispo de Roma, y me haré cristiano*. <<

[76] Es sabido que la preeminencia de los papas, discutida siempre por los patriarcas de Alejandría, Constantinopla y Jerusalén, está fundada en un equívoco que se encuentra en el Nuevo Testamento. El papa pretende ser el sucesor de san Pedro, a quien Jesús dijo: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra*

edificaré mi Iglesia. Pero los mejores críticos niegan que san Pedro haya estado jamás en Roma. Respecto a la infalibilidad del papa, por más que muchos cristianos han tenido la fuerza de espíritu para negarla en voz baja, es una verdad indiscutible para españoles,

italianos, portugueses, alemanes, flamencos e, incluso, para la mayor parte de los franceses. Bellarmino asegura que el papa tiene derecho a cometer injusticias: *Jure potest contra jus decernere*. <<

[77] La ambición y el deseo de usurpar las posesiones de otros fue lo que dio a los papas una ascendencia tan grande en Europa. Los soberanos, en lugar de unirse contra ellos, como hubieran debido hacer, sólo intentaron ponerlos de su parte y conseguir de ellos los títulos para apoderarse de los bienes

que excitaban sus deseos. <<

[78] Es evidente que, en tiempos de ignorancia, los cristianos hacían más caso a los sacerdotes que a sus reyes. En Inglaterra, bajo el gobierno de los sajones, la sanción que se pagaba o que fijaba la ley por herir al arzobispo de Canterbury era más alta que la que se debía pagar por la vida del monarca. <<

[79] Los derechos divinos de los sacerdotes o las inmunidades eclesiásticas datan de muy antiguo. La diosa Isis dio a los sacerdotes de Egipto un tercio de su reino para incitarlos a rendir honores divinos a Osiris, su esposo, tras la muerte de éste. Véase Diodoro Sículo, libro II, cap. 1. Los

sacerdotes egipcios al menos gozaron siempre de diezmos y se les eximió de pagar cualquier impuesto. Moisés, que era egipcio y de la tribu de Leví, así como el Dios de los judíos no parecen ocuparse de otra cosa que de hacer subsistir a los sacerdotes con los

sacrificios y diezmos que les asignan. Los sacerdotes cristianos han adoptado indudablemente los derechos de los sacerdotes judíos, de lo que se deduce que sería un gran pecado no pagar los diezmos a la Iglesia y un gran delito querer someterlos a los impuestos ordinarios. En el Génesis, cap. 47, v. 26, vemos que *la tierra de los sacerdotes*

no pagaba nada al rey. Según el Levítico, cap. 27, v. 21 y 28, *los bienes de los sacerdotes no podían comprarse*. Los sacerdotes de los cristianos se atienen, como puede observarse, a la ley judía en lo relativo a sus bienes. <<

[80] La causa de los altercados de Enrique II, rey de Inglaterra, con el santo arzobispo de Canterbury (Thomas Becket) consistió en que el monarca quiso castigar a los eclesiásticos por los asesinatos y crímenes cometidos. Recientemente, el rey de Portugal fue obligado a solicitar en vano permiso

para juzgar a los jesuitas acusados de haber estado implicados en el crimen de lesa majestad cometido contra su persona… La Iglesia no soporta de buena gana que se castigue a sus ministros: es entonces cuando *aborrece la sangre*. Cuando se trata de derramar la de los demás, no le resulta tan difícil.

<<

[81] Los tribunales civiles, cuando son justos, tienen por norma buscar todo lo que pueda beneficiar a la defensa del acusado; el tribunal de la Inquisición hace exactamente lo contrario. Jamás se comunica al acusado la causa de su detención ni se le confronta con testigos. Aunque ignore su crimen, tiene, sin

embargo, que confesarlo: éstas son las máximas de los sacerdotes cristianos. Es cierto que la Inquisición no condena a nadie, ya que los sacerdotes no pueden derramar sangre. Esta función está reservada al *brazo secular*, y esos bellacos hacen como si intercedieran en favor del culpable, seguros de no ser escuchados. ¿Qué digo? Montarían seguramente un escándalo si el magistrado les tomase la palabra. Conducta bien digna de estos hombres, en los que el interés ahoga la humanidad, la sinceridad y el pudor. <<

[82] ¿Con qué derecho los protestantes, que admiten la Trinidad, la encarnación, el bautismo, etc., rechazan el misterio de la transubstanciación? Cuando se rechaza un absurdo, ¿por qué detenerse ahí? <<

[83] Calvino hizo quemar a Servet en Ginebra. Aunque los pastores protestantes conceden a sus seguidores el derecho de interpretación, los castigan cuando el resultado de su interpretación no es el mismo que el suyo. Las Iglesias protestantes no se jactan de ser infalibles, pero quieren que

se sigan sus decisiones como si lo fueran. Carlos I perdió la cabeza a causa de las luchas de religión y la falta de tolerancia. Aunque las naciones protestantes se vanaglorian de ser tolerantes, la diferencia de religión establece en ellas grandes desigualdades

entre los ciudadanos: el calvinista, el luterano y el anglicano odian al papista y lo desprecian igual que éste los condena. En todas partes, la secta dominante hace sentir cruelmente su superioridad sobre las demás. <<

[84] A excepción de los cuáqueros, que tienen la sensatez de no querer sacerdotes en su secta. <<

[85] *Ad nutum sacerdotis* [por indicación del sacerdote], como dijo el dulce san Bernardo. <<

[86] Dios rechaza a los tibios. Todo cristiano ha de demostrar celo, pues debe amar intensamente a su Dios. Un rey muy cristiano debe exterminarlo todo antes que consentir que sus súbditos ofendan a su Dios. Felipe II y Luis XIV fueron reyes verdaderamente cristianos. Los ingleses y holandeses son

cristianos tibios y laxos que prefieren la prosperidad del Estado y el comercio a los intereses de la religión. En el cristianismo, tolerancia e indiferencia por la religión se han convertido en sinónimos. ¿Cómo puede abrazar la tolerancia una religión cuyo fundador

dijo: *Quien no está conmigo está contra mí*? <<

[87] El Mariscal de D** decía a Luis XIV: *Comprendo que Su Majestad encuentre un confesor que, para tener crédito, le dé la absolución, pero no entiendo cómo el padre Le Tellier encuentra a alguien que lo absuelva a él*. <<

[88] Las naciones católicas son las más ignorantes y esclavas de Europa: la esclavitud religiosa entraña esclavitud política. Al parecer, los sacerdotes de la Iglesia romana hacen a los soberanos la misma proposición que el diablo le hizo a Jesucristo cuando le tentó en el desierto: *Haec omnia tibi dabo, si*

cadens adoraveris me [Te daré todo esto si, postrándote, me adoras]. Te libraremos de las ataduras de pies y manos si te sometes a nuestras fantasías.
<<

[89] La sátira más feroz jamás realizada contra los sacerdotes cristianos se halla contenida en san Mateo, cap. 23. Todo lo que Cristo dice allí de los escribas y fariseos se ajusta perfectamente a nuestros sacerdotes. En la parábola del samaritano, Jesucristo nos hace comprender que los sacerdotes son los

menos humanos de todos los hombres. Entre nosotros, es raro que los mendigos se dirijan a un eclesiástico. <<

[90] Nuestros sacerdotes no cesan de clamar contra los incrédulos y filósofos, a quienes tratan de *sujetos peligrosos*. Sin embargo, si echamos una ojeada a la historia, jamás encontraremos que los filósofos hayan sido causa de las revoluciones en los Estados. En contrapartida, tampoco vemos ninguna

revolución en la que no hayan participado los hombres de la Iglesia. El dominico que envenenó al emperador Enrique VI con una hostia, Jaques Clément o Ravaillac no eran incrédulos. No eran filósofos, sino cristianos fanáticos, quienes llevaron a Carlos I al cadalso. Fue el ministro Gómara, y no Spinoza, quien asoló Holanda, etc., etc., etc. <<